

A close-up photograph of a man and a woman embracing. The man is on the left, wearing a white shirt, and the woman is on the right, with her arms around his neck. The background is softly blurred, suggesting an indoor setting. The overall tone is intimate and romantic.

Encuentros en una agencia matrimonial

SONSOLES FUENTES

RELATOS BASADOS EN
HISTORIAS REALES

D.J.57

Encuentros en una agencia matrimonial

SONSOLES FUENTES

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su incorporación a un medio informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

Edición en formato digital: Octubre de 2019.

©Sonsoles Fuentes, 2002, 2019

BLOG:

<http://www.sonsolesfuentes.com/>

FACEBOOK:

<https://www.facebook.com/escritora.sonsolesfuentes/>

TWITTER:

[@FuentesSonsoles](https://twitter.com/FuentesSonsoles)

INSTAGRAM:

<https://www.instagram.com/sonsolesfuentes/>

Índice

[Nota preliminar](#)

[EL DIARIO DE SARA](#)

[RICOS Y FAMOSOS](#)

[CARIBE MIX](#)

[CARTA A UNA AMIGA TRISTE](#)

[EL RITMO DEL CORTEJO](#)

[LO QUIERO ALTO](#)

[UN COCHE PARA LA CRIATURA](#)

[CONFIDENCIAS EN EL FORO](#)

[EL HOMBRE DE LAS MONTAÑAS](#)

[LA CASA AMARILLA](#)

[A POR ELLA](#)

[DÍAS DE RADIO](#)

[La agencia Samsara](#)

[Otras obras de la autora](#)

Nota preliminar

Estos relatos son las historias personales, a veces un poco cambiadas para respetar el anonimato, de algunas de las parejas que se han conocido a través de nuestra agencia Samsara.

Tanto Sonsoles como yo queremos agradecer muy sinceramente a estos protagonistas, anónimos algunos, pero reales todos, el tiempo que nos han dedicado, su sinceridad y que hayan querido compartir con nosotras y con ustedes la historia de su relación.

Espero que le guste y que le aporte una nueva perspectiva sobre esta forma diferente de relacionarse.

Maria del Carme Banús,

Directora de Samsara

(Al final de este ebook podrá encontrar la dirección de la agencia)

EL DIARIO DE SARA

Domingo, 2 de enero de 2000

Todo el mundo se lamenta de que estas fiestas hayan caído en fin de semana. Todo el mundo menos yo.

Mamá me ha llamado esta mañana. Si no llega a ser por ella, me hubiera quedado allí, acurrucada bajo la nórdica, en espera de que pase el año entero. Me gustaría ser oso para hibernar.

Mamá ha puesto su habitual tono de misterio:

—No te quise decir nada delante de la familia, pero el jueves fui a visitar a la maga Purificación.

Silencio.

Sé muy bien por qué fue a ver a su dichosa bruja. Mi madre espera que vuelva con él. Quiere que le perdone. Según ella, eso de tener amantes es común a todos los hombres y hay que hacerse la loca, ponerse una venda en los ojos y continuar como si nada.

Mi madre no puso el grito en el cielo cuando supo que Arturo tenía un amorío con otra, sino cuando le dije que había pedido la separación.

—¡Estás loca! ¿A dónde vas a ir a tus treinta y cinco años? Si al menos me hubieras dado nietos.

Y se echó a llorar.

Creo que lo único bueno que mi madre veía en mí era mi marido. Por lo demás siempre ha criticado cuanto he hecho.

Mañana de vuelta al trabajo. Qué bien. Tendré la mente entretenida. Estas han sido las peores navidades de mi vida. A los treinta pensaba que no podían ser tan espantosas, cuando tía Francisca me preguntaba siempre por el «guayabo» y los demás esperaban expectantes mi respuesta. Pero estas fiestas mi ruptura ha sido asunto tabú.

Definitivamente, soy el garbanzo negro de la familia. La última en casarse y la primera en separarse. En el trabajo, en cambio, la mitad de la plantilla está divorciada.

Después de la llamada de mi madre me he dado un baño de espuma. Suerte que me llevé el inalámbrico, porque, como era de esperar, el teléfono sonó de

nuevo. Era Cristina.

—¿Cómo lo llevas?

—Esta noche he conseguido dormir. Pero creo que ha sido gracias a las bebidas. Con la mezcla, ya se sabe.

—¿Quieres que vayamos al cine?

—Si hay alguna comedia que valga la pena, vale.

Cristina está muy preocupada. Gracias a ella supe lo de Arturo. Lo vio en la puerta del hotel con la otra cuando supuestamente estaba de viaje.

—He visto a tu marido.

—¿Que lo has visto? ¿Dónde?

—Por la Gran Vía. Bueno, iba a pie, con una chica. Yo iba en coche. Me pareció raro que no estuviera contigo hoy sábado.

—Pero si está de viaje. Tenía un congreso en Sevilla.

—Ah —fue lo único que Cristina se atrevió a decir.

La cartelera cinematográfica es de pena. No hay donde elegir ante tanta película infantil. Leonora ha llamado después para pedirnos un favor, que vayamos a su casa a terminar con sus turrónes.

No faltaba más. Para eso estamos las amigas.

Domingo, 9 de enero de 2000

He intentado escribir cada día, como me aconsejó la psicóloga, pero me cuesta un horror.

Muchas veces cierro este diario al poco de abrirlo sin escribir una línea. Entre la hoja y yo se interponen los pensamientos que intento apartar de mi mente para no caer en el bajón de nuevo. Pensamientos tristes y oscuros que me atraen aunque sé de sobras cuánto dolor van a causarme si permito que me arrastren.

Hay algo morboso en ello, en dejar que todo a mi alrededor se tiña de negro, como si encontrase una gratificación extraña en sentirme desgraciada, en recordar los momentos con Arturo. Los buenos y los malos. No sabría decir cuáles me hacen más daño al recordarlos.

Cuando me pongo así no soporto que nadie venga a distraerme o que me llamen por teléfono, es como si me separaran otra vez de él. ¿Cómo voy a entregar al olvido los años más felices de mi vida?

¡Cómo!

Y, sin embargo, los fragmentos que reproduzco en esas ensoñaciones una y otra vez son los peores, los más dolorosos.

Yo era de las personas que creían que el alma no existía, que era un invento religioso, hasta que comenzó a dolerme de este modo tan intenso.

Quiero quedarme con mi pena, dejarme aplastar por ella. ¿Acaso no tengo derecho a sentirme triste?

Lunes, 10 de enero de 2000

Petra ha regresado hoy de vacaciones. Aunque es la jefa del departamento comercial, su principal función en la empresa es vigilar a los que cobran más que ella. Pero no es el nivel económico lo único que le causa envidia.

Se ha acercado a nuestro departamento para hablar con mi jefe y ha aprovechado la ocasión para mostrarse atenta conmigo:

—Sara, por favor, deja ya de adelgazar que nos tienes muy preocupados a todos.

¡Qué falsa es, la pobre! Ha sido un ataque de celos, porque por la mañana, junto a la máquina del café, escuchó a Nicolás, el de informática, y a Damián, uno de sus subordinados, tirándome los tejos.

Dicen que las mujeres recién separadas ligan mucho, pero yo creo que ellos solo intentan animarme. Son buenos chicos. Aunque también dicen que si ligamos más es porque nos toman por facilonas, porque nos encontramos en una situación emocional de mucha vulnerabilidad y nos echamos en los brazos del primero que nos hace un poco de caso.

Me parece una teoría estúpida. Yo no podría soportar que un tío me tocara en estos momentos. Aunque no sé quién podría fijarse en mí. Es lo que pienso cada mañana, cuando salgo de la ducha y me miro al espejo.

—Me gustaría saber cuál es el origen de una estima tan baja —me decía Leonora, que ha pasado la tarde en casa.

—¿No conoces a mi madre?

—Tu madre dirá todas las tonterías que quiera, el problema es que tú la escuchas demasiado. ¿Crees que Arturo se hubiera casado contigo si valieras tan poco como tú crees? Pero si has sido la envidia de todo nuestro círculo de amistades, mejor dicho, conocidas, porque a esas no se las puede llamar amigas.

—Claro, y como valgo tantísimo, me dejó por otra.

—Él no te dejó —dijo mi amiga—, fuiste tú.

¡Cómo no iba a dejarle! Me dijo que sentía por ella una pasión superior a sus fuerzas. Pero según Leonora, Cristina y mi hermana Patricia, eso no significa nada. Lo importante es que me dijo que seguía queriéndome. Que eso de la pasión es muy relativo y apenas dura.

¿Qué tenía que hacer entonces? ¿Permitir que continuara con su doble vida?

Le quería demasiado para soportarlo. ¿Le quería? Pues claro que le quería, ¡cómo puedo ponerlo en duda! ¿Le quiero aún?

Creo que dejaré esta terapia de escribir por hoy. La psicóloga me la

recomendó para desahogarme. Va bien, porque una se convierte en un plomazo para los demás, se vuelve monotemática y acaban por huir cuando te ven llegar. Pero no sé si es bueno recrearse en estos pensamientos.

No sé. No sé si hice bien dejándole.

Viernes, 21 de enero de 2000

Hoy me ha llamado Laura, la ex mujer de mi ex cuñado. Me ha contado que Arturo vive solo, que no comparte piso con la otra. Es raro, porque la otra no estaba con nadie. Que yo sepa, es separada.

—Será que no le interesa demasiado —me decía Laura.

He leído en un libro de autoayuda que no hay que estar pendiente de la vida del ex si una quiere superar el divorcio, que es mejor no prestar atención a quienes quieren informarnos, aunque lo hagan con la mejor de las intenciones. La de Laura, desde luego, no era maliciosa. Ella sólo pretende animarme. Y yo no necesito que nadie me hable de él. Es el pensamiento que me acompaña a todas horas, como si fuera un paso de Semana Santa y yo la única que lo carga.

En este estado no puedo vivir sin los ansiolíticos. A Laura le asustan. Dice que esta clase de medicación que mandan los psiquiatras puede ser peor que la depresión. Creo que tiene miedo a que me enganche o algo así. Me ha hablado de terapias naturales, sin efectos secundarios. Pero ni la valeriana ni la tila me harán dormir. Ya las he probado. La acupuntura no la descarto. Conozco a mucha gente que la ha practicado, pero son agujas, y me dan un no se qué.

Últimamente no veo más que imágenes de cuchillos, tijeras y otros objetos cortantes. Pasan por mi mente como fotogramas de películas cuando estoy haciendo cualquier cosa, en el trabajo, en la parada del autobús...

Cuchillos y Arturo. Esos son los protagonistas de mis películas mentales.

Miércoles, 9 de febrero de 2000

¡Aleluya! Hoy, al despertarme, no he pensado en Arturo. Es más, adormilada aún, he dado un repaso a todo lo que tengo en el armario para escoger qué ponerme. De repente, me preocupo por mi imagen. Hasta ahora he tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para arreglarme.

En el trabajo nos hemos reído mucho a costa de la pobre Petra. Mis colegas y yo estábamos sentados ante el mostrador de La Madriguera, el bar donde desayunamos, cuando se ha acercado ella para pagar lo suyo.

—Paco, ¿qué te doy? —le preguntó al dueño.

A lo que Paco, con esa flema suya, le contestó sin compasión:

—Asco.

Fue difícil ahogar las risas. Ella no se alteró.

—Ay, Paco, hijo, qué cosas tienes —fue todo lo que dijo, y se marchó tranquila.

Hemos sido portadores de la anécdota para toda la compañía. Hasta en el laboratorio han tenido que dejar con esmero los tubos de ensayo, con miedo a que se cayeran a causa de las carcajadas.

Después me he sentido culpable. No sé si es por haber crecido en un colegio de monjas o porque mi conciencia me dice que, asuntos religiosos aparte, no es ético reírse de los demás.

A media mañana ha vuelto a llamarme Laura. Quería que la acompañara al cibercafé y quedamos después de comer. Se ha empeñado. Creo que quiere que se me quite el miedo al ligoteo, especialmente vía Internet, que es el que ella practica.

¡No veas cómo domina la técnica! Me ha enseñado el modo de distinguir a un fantasma del que no lo es. Después, según lo que hayan escrito, nace cierto interés por conocerles o no.

Laura salió muy quemada de su relación con mi ex cuñado, y no quiere más historias estables. Por eso le va bien esto de Internet. A ella le pasa lo que a mí, que no sabe estar en una discoteca, no se divierte. Aguantar a moscones es deprimente. En cambio, en Internet hace una selección y queda con aquellos que no desean algo duradero.

Pero yo no estoy para rollos rápidos. ¡Con lo que tardé en conocer a un hombre que valiera la pena!

¡Dios mío! Pasarán cien años antes de tropezar con otro como Arturo.

¡¿Y por qué tiene que ser como Arturo?! Puede que mi instinto selectivo no

fuera tan exquisito como yo imaginaba. Pero no puedo dejar de pensar que fui yo la que fallé. ¿Se habría encaprichado de otra si yo hubiera estado a la altura?

Bueno, ciñámonos al presente como me dice siempre mi psicóloga. El panorama es el siguiente: mujer de treinta y cinco años, recientemente separada, que necesita un hombre con quien mantener una relación estable y, muy especialmente, tener un hijo. Porque a eso nos íbamos a dedicar Arturo y yo antes de descubrir el engaño y, como no me dé prisa, se me acaba el tiempo.

Justo ahora pasan por la tele el anuncio ese de compresas, el que dice: «Me gusta ser mujer». Ajjj.

Sábado, 19 de febrero de 2000

Leonora ha montado una cena en su casa.

¡Qué apañada es! Nos ha puesto un montón de canapés cantidad de originales y ensaladas de varios tipos. Después, un plato de pescado que estaba para morirse de bueno.

Yo me ponía muy nerviosa cuando Arturo quería que invitáramos a cenar a alguien. Sobre todo, cuando eran compañeros suyos. Llegaban a casa con aquellos cochazos y, cuando veía a sus mujeres bajando de ellos, envueltas en pieles, se me cerraba la boca para todo. Ni comía ni hablaba.

Arturo era muy comprensivo. Me decía que no tenía que preocuparme, que encargara la cena a una empresa de catering. Pero no era lo mismo. Me hubiera gustado presumir de ser una buena cocinera y animada conversadora. Pero yo era siempre la más sosa.

Esta noche, en cambio, hablaba por los codos. Quizá, porque estaba entre personas con las que me sentía bien. Aunque un colega de Leonora, a quien no había visto en mi vida, se ha puesto muy plasta. El vino de la cena le había hecho efecto y ha intentado hincarme el diente. Como he vuelto a hablar de mi monotema, el tipo se ha pensado que era presa fácil.

—Lo que tienes que hacer es olvidarte del tío ese y venirte conmigo —me decía sin apartar sus manazas de mis caderas, mi barriga, mi culo...

Leonora estaba enfurecida.

—A este gilipollas no lo invito más. Siempre tiene que montar un número.

Y me pedía disculpas, como si fuera ella quien me había metido mano.

Después, en casa, me he enganchado a una película que daban en la tele. Una de las protagonistas se había apuntado a una agencia matrimonial. La verdad es que aquellos hombres no estaban mal. Te podían gustar o no, pero no eran raros.

Al menos en una agencia la gente acude para tener una relación formal, y no un lío de cuatro días o una noche.

Pero, no sé, me parece algo un tanto casposo.

Domingo, 20 de febrero de 2000

Me he pasado la noche soñando con lo de la agencia, y no han sido pesadillas, precisamente.

¿Será algo premonitorio?

¿Qué puedo perder por intentarlo?

Me he comprado el diario y he echado un vistazo a los anuncios. Aparecen unas cuantas.

Si tengo valor llamaré mañana.

De repente, he tenido todo tipo de fantasías sobre los hombres que podría conocer. Hombres más guapos, más altos, con más dinero, y mejor vestidos que Arturo.

Y todos morenazos.

Siempre me gustaron los morenos, ¿por qué me enamoré de alguien con el pelo color paja?

Sí, decididamente llamaré mañana. Y, si me dan hora, me presento en la agencia por la tarde.

Supongo que tendré que dar buena impresión. Cuanto mejor sea mi aspecto, mejor selección harán para mí, ¿no?

¡Mierda! ¿Por qué no habré ido a la peluquería? Ya se ven las raíces oscuras. Puede que lo arregle con uno de esos sombreros que me regaló Arturo. Nunca me atreví a llevarlos, porque no me sé ver con ellos, pero tengo que reconocer que una queda muy elegante y sofisticada con un sombrero. El rojo oscuro, como mi abrigo de piel, quedará de muerte.

Arturo siempre decía que el rojo me sentaba bien, mejor que cualquier otro color.

Lunes, 21 de febrero de 2000

Mañana:

¡Lo he hecho! He llamado desde el despacho, con la puerta cerrada para que nadie me oyera. He pedido una entrevista para la tarde, pero lo tenían todo ocupado. ¿Se apuntará tanta gente o se tratará de una estrategia comercial?

Bueno, me han dado hora para mañana.

Después en el desayuno, la pesada de Petra ha vuelto a meterse con el pobre Damián. Él es quien trabaja de verdad en el departamento comercial, mientras ella se dedica a controlar todos sus pasos. Se pasa la jornada pendiente de cuánto tiempo habla por teléfono y de cuántos compañeros le hacemos visitas.

—Tienes que tener cuidado, hijo —le ha dicho—. En la empresa controlan las llamadas. Vamos, yo lo digo por ti.

—¿Qué quieres decir con que controlan las llamadas? —le he preguntado yo, asustada.

—Pues eso, que vigilan el tiempo que estamos al teléfono.

—Pero ¿escuchan nuestras charlas?

—Podrían hacerlo —ha contestado ella, enigmática.

No creo ni una palabra suya. Pero ¿y si es verdad? No podría soportar que se enteraran aquí de lo de la agencia. No quiero que lo sepa nadie. Se reirían a mi costa.

Al final de la mañana me han llamado de la agencia. Alguien había anulado una cita y me daban hora para la tarde. Les he dado las gracias, pero también les he pedido que no vuelvan a llamarme al trabajo, por si acaso.

Voy a concentrarme en la faena para aplacar mis nervios.

Tarde:

La vecina del segundo piso me ha mirado un poco rara cuando me ha visto salir con mi sombrero y la cabeza tan alta.

¿O me lo ha parecido a mí?

En la agencia me he sentido muy bien. Las oficinas son muy elegantes.

Me han dicho que, con mi edad, la cifra de hombres interesados en conocerme será muy alta. Da gusto oírlo, porque a los treinta y cinco y en mi situación parece que hayas perdido todos los trenes. Basta con leer los anuncios de demanda laboral para sentirte vieja y rechazada.

Cuando me han preguntado por las cualidades de mi hombre ideal no he sabido qué decir. Creo que he perdido todas las pistas.

—Un hombre que sepa lo que quiere —eso he dicho, por fin.

Y que lo que quiera sea a mí por encima de todo, he pensado de inmediato.
Me han dado unas cuantas fichas de clientes. Pero no voy a llamar.
Esperaré a que lo hagan ellos.

Miércoles, 23 de febrero de 2000

¡Primera llamada!

Es un chico muy simpático. Se llama Óscar y tiene dos años más que yo. Me ha invitado a cenar, y dice que después podemos tomar una copa en su pub.

Tiene un local, nada grande ni ruidoso, me ha dicho, donde la gente puede sentarse tranquilamente a beber y escuchar un poco de música en directo. Él también toca. Le gusta la música celta. Pero no es lo único que suena allí. Actúan otro tipo de grupos, y también canta una chica brasileña con una voz preciosa.

Un artista. Genial. Dice que la música es todo su mundo.

Nada más colgar me he puesto a fantasear. Me he visto a mí misma con uno de esos vestidos vaporosos, de algodón, con florecillas, tocando junto a él esa especie de pandereta que llevan las irlandesas en los grupos celtas. Tendría que dejarme melena y rizármela. También podría hacerme trencitas, como las que llevaba Bo Derek en *La mujer 10*.

Hemos quedado el viernes por la noche, en un bar de tapas.

Viernes, 25 de febrero de 2000

Tarde:

No tenía que haber dejado la depilación para hoy. Se me nota mucho la irritación. Las rojeces de las piernas se transparentan hasta con las medias negras.

Además, he incumplido una regla de oro: nunca hay que depilarse para la primera cita. Así te evitas caer en la tentación, arrastrada por la pasión cuando la voluntad se debilita. Pero es lógico que cometa errores, después de estar tanto tiempo fuera de circulación.

Mi peluquera me proponía un cambio de *look*. Pero no me atrevo a hacer experimentos ahora. Este corte me gusta y me siento más segura con él.

Al final voy a decidirme por los pantalones de color camel. Los de piel. No tengo un solo tejano decente. Están todos hechos un asco y pasados de moda. Desde que me casé con Arturo, mi armario se ha convertido en el de una pija.

Voy a tener que usar maquillaje, porque la última regla ha dejado su impronta regalándome un par de granos. Lo malo es que me lo tengo que quitar después, antes de acostarme, y pelearme con la crema desmaquilladora y el jabón especial para el cutis. Cuando me seco la cara, la toalla se queda tan guarra como si no me hubiera desmaquillado.

Justo cuando estaba liada con la operación más dificultosa, la aplicación del rimel, me llama mamá. Dice que está bulímica desde que me separé. Me he sorprendido a mí misma con la respuesta:

—Perdona, mamá, pero ahora estoy muy ocupada. Me estoy maquillando. Cuando quieras te paso el teléfono de mi psicóloga y pides hora de consulta.

Me estaba poniendo las botas de tacón alto y grueso cuando ha vuelto a llamar.

—Creo que sí —me ha dicho con tono de mando—, hablaré con esa psicóloga muy seriamente. Estoy segura de que estará de acuerdo conmigo sobre lo que te conviene.

—Mamá, te decía que pidieras hora para ti. Por tu bulimia. Ella no te dirá nada sobre mí. No es mi tutora del cole, ¿entiendes? Ya soy adulta. Mis asuntos quedan entre ella y yo.

—Yo soy tu madre y te conozco mejor que nadie.

—Muy bien. Haz lo que quieras. Llámala.

Si quiere hacer el ridículo, allá ella.

Noche:

Después de dar varias vueltas por las manzanas cercanas al bar, he conseguido llegar con cinco minutos de retraso.

Me he quedado unos segundos allí, en la entrada, mirando a los que estaban en la barra. Es un bar muy pequeño y estrecho. Había tres tipos con chaqueta de piel negra, como la que Óscar describió. Pero ninguno de ellos se ha acercado a preguntarme. Aunque me han dado un buen repaso ocular, como si estuviera muy buena.

Acababa de pedir una cerveza cuando llegó Óscar. Parecía asfixiado. Había dejado el coche mal aparcado para llegar a tiempo.

—¿Te importa que nos vayamos ya? Temo que se lo lleve la grúa.

—Pero ¿no nos quedamos aquí?

—¿Aquí? No, por supuesto que no. He reservado mesa en un restaurante. Está cerca. Pero dejaré el coche en el aparcamiento.

Óscar era algo más alto que yo y no le faltaba atractivo. Pero comencé a decepcionarme.

La primera causa del desencanto fue su coche: un BMW.

Pero ¿no tocaba en un pub? ¿Qué hace un bohemio con un cochazo como el de mi Arturo?

El restaurante fue el segundo chasco. También había estado en él con mi ex. Si me lo encuentro, me muero.

Óscar era muy divertido. Me dijo que era el director de una sucursal bancaria y que había montado el pub con un amigo. Que el banco le cubría sus necesidades y que gastaba lo que ganaba en aquello que de verdad le gustaba.

Me parece muy bien. Pero eso no justificaba lo del coche, ni el restaurante, ni tampoco ese chaleco que llevaba sobre la camisa blanca. En el fondo era un *yuppie*. ¿O pertenecerá a una de esas tribus nuevas? Lo leí en el *Woman*: los *bobos*.

En la coctelería a la que fuimos después de la cena, me dio un beso. Pero no pasó el test. No sentí gusanillos en el estómago. Y esa es la prueba implacable de que la historia no funciona. No quería que se ilusionara y le dije que me gustaría conocer a otras personas de la agencia.

De modo que me dejó en casa después de anotarme su teléfono.

—Eres la mujer más atractiva y cálida de cuantas he conocido —me dijo—. Espero que me llames algún día.

¿La más atractiva? ¿Cómo serán las otras de la agencia?

Me disgusta lastimar a la gente, pero tengo que reconocer que me siento muy bien. Esta noche me he desnudado ante el espejo contemplando mi cuerpo. No

estoy tan mal. Como estoy animada me he desmaquillado a conciencia y me he puesto una pomada especial para los granitos. Creo que están prácticamente secos.

Sábado, 26 de febrero de 2000

El teléfono.

Espero que no sea mi madre. Tiene la virtud de despertarme cuando tengo resaca. Solo tomé un gin-tonic. Pero ya no soy la de antes.

—¿Dónde te metiste ayer? Anoche llamé a todo el mundo. Este tío me ha dejado colgada.

Es Leonora. Tiene una de esas relaciones que se llaman «libres» desde hace un año. En ese tiempo, él ha puesto en práctica lo de la libertad, mientras que ella esperaba su llamada cuando dejara a su último ligue.

Supongo que ya ha llegado la hora de poner el hombro a una amiga que lo necesita. Ella ha hecho ídem durante mi depre posruptura matrimonial. Pero no sé que me pasa. Desde ayer soy otra. Mi dulzura se ha diluido.

—¡Joder, tía! No entiendo por qué lo aguantas. Si no te gusta que se tire a otras, ¿para qué has aceptado una relación de ese tipo? Si al menos aprovecharas la ocasión para pegarte algún revolcón con otro y lo disfrutaras, en lugar de quedarte pegada al teléfono...

Silencio.

Oigo la respiración de Leonora. Creo que está llorando.

—Chica, lo siento. Debe de ser la resaca. No sé. Oye, vente a casa y comemos juntas, ¿vale?

—No —dice ella sollozando—. Si tienes razón, si soy una imbécil.

—No mujer, no. Todas hemos pasado por eso.

—Que va. No es lo mismo. Yo le he dado permiso para que se ría de mí, para que haga lo que le dé la gana.

—No creo que se ría. Él es sincero. Pero me parece que las mujeres como tú y como yo no estamos preparadas para aceptar ciertas fórmulas de pareja. Anda, vente a casa.

—¿Por qué no vamos al puerto y pedimos una paella?

—Buena idea. La verdad es que no tengo mucho en la nevera.

—Oye —me pregunta antes de colgar—, ¿y con quién pillaste la resaca?

Y ahora qué digo. No me apetece confesar la verdad.

—Quedé con unos colegas del trabajo. Estoy recuperando amistades.

—Ese es otro error. En cuanto salimos con alguien nos olvidamos de los amigos.

—Sí, claro.

Aún no me he preparado el café cuando vuelve a sonar el teléfono.

—¿Sara?

Una voz masculina que derrite.

—Hola, la agencia me ha enviado tu ficha. Quería saber si nos podíamos ver esta tarde.

No se me ocurría ninguna excusa para despedirme de Leonora después de zamparnos la paella, así que hemos aplazado la cita para mañana.

¡Qué voz! El caso es que me resulta familiar.

Domingo, 27 de febrero de 2000

¡Y tanto que me resultaba familiar! La voz de Eduardo me acompañaba todas las noches en plena edad del pavo. Yo tenía trece años, él veinte. Pero a mí me parecía mucho mayor e inalcanzable. Escuchaba su programa de radio después de cenar. Ponía la música de mis grupos y cantantes favoritos y, a menudo, les entrevistaba. También recibía llamadas de nosotras, las oyentes, que le pedíamos canciones y votábamos cada semana por nuestro tema favorito.

En fin, lo de siempre.

La verdad es que Eduardo era menos agraciado que su voz. Algo que no hubiera tenido tanta importancia si una no se ilusionara al escuchar aquella sensualidad que brotaba de sus cuerdas vocales, para decepcionarse luego, al verle.

—Es la historia de mi vida —me explicó él—. No sé qué esperaban encontrar las chicas cuando venían a la emisora. Pero está claro que no era a mí.

No puedo decir que fuera un tipo feo, pero recuerdo que mis fantasías le habían regalado un rostro y un cuerpazo de *sex-symbol*. Supongo que las demás oyentes habían hecho lo mismo.

Me explicó que continuaba poniendo discos durante una franja horaria, que ahora había cambiado los temas de Los Pecos por los de Alejandro Sanz, y que el resto de la jornada ejercía de técnico de control de sonido para un par de programas. En uno de ellos entrevistaron a unas parejas que se habían conocido en una agencia matrimonial, y se animó.

—Ya sabía yo que podría encontrarme con alguna ex oyente a quien decepcionar —me dijo.

Y yo no lo negué. No sabía por dónde salir, pero es que no me atraía lo más mínimo. Era buen tío y me caía bien, pero no tenía nada que ver conmigo. Yo pertenezco a otra galaxia.

Puede que ese sea mi problema, que vengo de otro planeta, diferente al de todos los hombres. Por eso no encajo con ninguno.

Sábado, 11 de marzo de 2000

Ya no sé qué hacer para despistar a mis colegas, a mi madre y a todo el mundo. Me niego a confesar lo de la agencia. Me he convertido en una mentirosa compulsiva. Si me sale un novio espectacular, voy a presumir de lo lindo.

Aunque tampoco entiendo qué me ocurre. La mayoría de los hombres con los que he quedado valían la pena. Merecían una oportunidad. El último, especialmente, lo tenía todo: más guapo que Arturo, con más dinero que Arturo, más elegante que Arturo y, yo diría, que hasta más inteligente que él. Se notaba por su sentido del humor. No paré de reír durante toda la noche. Arturo era tan serio...

¿Por qué, entonces, me he negado a verle de nuevo?

He dicho que no a todos. ¡Yo! Sí, señor, esta vez he sido yo, Sara, quien ha dicho «no quiero».

Óscar me llamó ayer. Me preguntaba si aceptaría una segunda cita, porque había visto a otras chicas, pero no podía olvidarse de mí. Nunca me habían dicho nada parecido, y me siento un poco cruel al rechazarle, la verdad, después de sufrir un desengaño amoroso tan amargo como el que he sufrido. Ya sé que no se pueden razonar los sentimientos, que estos surgen de manera espontánea y sin forzarlos, pero estaría bien, estaría muy bien que con un chasquido de los dedos una se enamorara de alguien que expresa lo que siente de forma tan genuina y sincera como este chico. Es una pena que no exista esa magia. Me he hecho la huidiza y la situación me ha dejado una sensación absurda, ha logrado que me sienta impotente y... eso, cruel. ¿Y qué le voy a hacer si no se produce esa conexión, esa a la que llamamos «química»? Por algo le ponemos nombre, digo yo.

Espero mantener mis pies pegados al suelo. Aunque de eso ya se encarga mi madre, que no para de meterse con lo que me hago en el pelo, y con lo mal que me sienta la ropa que me compro. Ella estaría encantada de que lo intentase con un hombre como Óscar, con cualquiera con un trabajo estable y que estuviese de buen ver solo por conveniencia social. A ella lo de la química le parecerá una memez de las mujeres de mi generación.

Me ha dado por estrenar algo cada vez que quedo con uno, y ya he gastado toda la paga de Navidad en las rebajas. ¡Con lo contenta que estaba yo de haber conseguido ahorrar por primera vez en mi vida!

Además, he vuelto al gimnasio. Cristina, la directora de Recursos Humanos

me ha pedido que le pase la fórmula, porque parece que haya encontrado el elixir de la juventud. No entiendo por qué me lo pide ella, precisamente, que perdió 30 kilos después de su separación, y está mucho mejor que antes. Por lo visto, hay maridos que nos hacen engordar.

Jueves, 16 de marzo de 2000

¡Dios mío, es de Arturo!

Como siempre, cuando llego al despacho, miro el correo electrónico. ¡Me ha enviado un mensaje!

¿Cómo estás?

Arturo

Y ya está. Tan escueto como siempre, el pobre.

¿Qué pretende? ¿Qué quiere? ¿Qué le pasa?

Me ha dado un ataque de ansiedad. Creo que en el desayuno se han dado cuenta, porque me he zampado un bocadillo de beicon con queso, una Coca-Cola *light*, un cruasán y un pastel de frutos secos. Y antes de entrar he sacado una chocolatina de la máquina.

Después he llamado a Cristina:

—Ten cuidado, ¿qué le has contestado?

—Nada. Me he quedado sin cerebro. En blanco.

—No me extraña. No se ha preocupado por ti en todo este tiempo.

—Tampoco es verdad. Me consta que ha preguntado por mí.

—Bueno, bueno. Yo mantendría la calma. ¿No te habrá visto con el del videoclub? Igual se ha enterado de que sales con hombres, en lugar de quedarte encerrada en casa, sollozando. Vanidad masculina.

—¿El del videoclub?

—¿No tenía un videoclub? ¡El tipo con el que quedaste el fin de semana!

—Ah, sí. Fui a comprar una peli y me tiró los tejos.

—¿Qué pasa? ¿Tanto ligas últimamente que te olvidas de los hombres con los sales?

—Ya te he dicho que me he quedado sin cerebro desde que he visto su mensaje.

—Bueno, esta tarde te descargarás en el gimnasio. Te paso a buscar.

Pero el consejo de Cristina no ha sido muy efectivo. La pregunta de Arturo no me deja en paz mientras corro en la cinta. De todos modos, he insistido y me he metido en clase de aerobio.

Cuando estaba bajo la ducha he recordado que tenía otra cita. He quedado a las siete con uno de Sant Sadurní d'Anoia. Creo que tiene viñedos.

Viernes, 17 de marzo de 2000

Tengo que contestarle. No puedo quedarme así.

Me parece que el hombre de ayer estaba disgustado.

Le expliqué lo que me había pasado con mi ex y me dijo que no entendía para qué me había apuntado en una agencia para encontrar pareja si aún no he superado mi separación.

Puede que tenga razón. Por eso no me gusta ninguno.

Bueno, gustarme sí. Alguno me ha gustado. Pero ni siquiera intento dar otro paso y quedar de nuevo.

Tengo que ser escueta, como él, para no meter la pata. Abro el correo y escribo su dirección.

No, mejor hago un «responder».

He escrito y, posteriormente, borrado varios mensajes. En este orden:

Bien.

Sara

Muy bien.

Sara

Estupendamente.

Sara

Feliz.

Sara

¿Por qué lo preguntas?

Sara

Finalmente, he cerrado el programa de correo sin enviar nada.

En el desayuno he vuelto a dejar anonadados a mis colegas: unas croquetas, un trozo de tortilla de patatas, un montadito de pimientos y anchoa y una Coca-

Cola.

—¿Estás preñada? —me ha preguntado Paco, el camarero, que no sabe lo de mi separación.

¡Ojalá! Aunque, me pregunto qué habría pasado si me hubiera enterado del engaño de Arturo con un embarazo. No, pobre crío. Ya es suficiente con que sufra yo. Seguro que una depresión como esa tiene que afectar al feto. Prefiero la inseminación artificial.

Maldito Arturo. Me escribe un mensaje estúpido y ya me asaltan pensamientos perturbadores. Lo mejor es que le llame y le exija que me deje tranquila, que se vaya al cuerno.

Pero ha vuelto a dejarme un mensaje:

¿Puedo llamarte?

Arturo

Sin dudarlo he contestado afirmativamente. Era lo que quería, ¿no? Tendré la oportunidad de poner los puntos sobre las íes. Que él haga su vida y yo la mía.

Tengo que ser sincera conmigo misma: ¡ya no vivo más que para recibir esa llamada! No quiero ir al gimnasio. Lo que quiero es irme a casa y esperar sentada junto al dichoso teléfono. Soy una estúpida, lo sé. He engañado a Cristina. Le he dicho que me encontraba mal del estómago y que no estaba para coger pesas, que me echaría en el sofá a ver culebrones.

Acababa de quitarme el abrigo cuando ha sonado el teléfono. ¿Habrá calculado la hora de mi llegada?

Efectivamente. ¡Era él!

Después del saludo se ha echado a llorar. Este no es mi Arturo. Me lo han cambiado. ¡Dice que está loco por mí! ¡Que no se había dado cuenta de cuánto me quería hasta que nos separamos! Que a las dos semanas no soportaba la presencia de otra mujer. Que ha pasado estos meses intentando averiguar qué demonios le ocurría. Hasta que se ha rendido ante la evidencia. Que no puede vivir sin mí.

Y todo esto entre sollozos.

—¿Arturo? —le pregunto yo— ¿Eres tú?

Y él, con su monólogo:

—Hace quince días que no voy a trabajar. Me han dado la baja. Es por depresión, pero le he dicho al director general que era un constipado mal curado

que se había complicado. No hago más que escuchar aquella canción que tanto te gustaba. *Groenlandia*, ¿te acuerdas? La busqué como un loco. Preguntaba por los discos de los Zombies, pero nada. Al final la encontré en una recopilación de canciones de los ochenta.

No sé dónde se había metido Arturo en los tiempos de la movida. Vale, es diez años mayor que yo. Pero los principales músicos de entonces tienen su edad.

—Sara —seguía él—, yo también me iría a buscarte a la isla de Pascua o a los anillos de Saturno, si hiciera falta.

Creo que no he engañado a Cristina. Mi estómago está destrozado.

Jueves, 23 de marzo de 2000

En la agencia se han quedado encantadas con mi historia. Y eso que pierden una cliente. Pero se han alegrado por mí.

—He disfrutado mucho en las citas —les dije—. Todos se portaron muy bien conmigo. Mi psicóloga dice que he ganado en seguridad, pero que mi nivel de autoestima no debería depender de los elogios masculinos, de si gusto o no a los demás.

—Y tiene razón. Lo importante es gustarse a una misma.

—Ya. Pero a una le gusta que le digan cosas bonitas de vez en cuando, sin necesidad de pasear en minifalda junto a un edificio en obras.

Ahora hago con Arturo lo que quiero. Dice «sí» a todas mis sugerencias, como un corderito. Me he dado cuenta de que en el tiempo en que estuvimos casados me había anulado por completo. No él. En realidad, lo hice yo misma, que me ponía pegas a todo. Siempre creí que no estaba a su altura. Sentía una presión que me ahogaba y no supe disfrutar de nuestra relación.

Ahora no hago otra cosa que pasármelo bien. Me visto como quiero, sin pensar en si pega con su estilo o no. Pido pizzas si no tengo ganas de preparar la cena o nos perdemos por los bares de tapas de la parte vieja de la ciudad.

Aún no le he dicho nada a mamá. No quiero que me caliente la cabeza con lo que debo o no debo hacer a partir de ahora para no perder de nuevo a mi marido.

Las que se han quedado pasmadas han sido mis amigas. Por cierto, que Laura está más que enganchada a uno de sus ligues internautas. Suerte que él también parece enamorado.

Miércoles, 5 de abril de 2000

Petra está destrozada. Su marido se ha largado con otra. Y lo peor es que le dijo de todo antes de marcharse: que era insoportable, que no entendía cómo había aguantado tanto tiempo, que lo único que sentía por ella era repulsión.

Pobre Petra. Nunca creí que llegaría a decir esto, pero lo siento de veras.

La he acompañado en el desayuno. Ella hablaba y lloraba mientras yo le pasaba kleenex. Después sentí náuseas y me fui al lavabo. Ha pensado que mis vómitos se debían a los últimos acontecimientos de su vida. Que tales revelaciones me traían malos recuerdos. No le he dicho que estoy embarazada.

¡Porque estoy embarazada!

Ni siquiera sabe que he vuelto con Arturo.

Quizá debería apuntarse en una agencia para encontrar pareja. Podría enviarle un mensaje anónimo o algo así con la dirección, para que encuentre un hombre que descienda por ella los glaciares, que la busque en Groenlandia, en las selvas de Borneo, en los cráteres de Marte, en los anillos de Saturno.

RICOS Y FAMOSOS

La fama es como un veneno. Yo bien lo sé. Un veneno corrosivo que acaba con lo mejor de ti. Ahora me doy cuenta, después de ocho años de terapia.

Cuando eres muy joven no lo notas, claro. Todo te deslumbra: el escenario, los focos, los rostros embobados de las chicas, los viajes... Y, después, la tele.

Ustedes me perdonarán, pero no les voy a confesar quién soy. Sepan tan solo que hubo una época en la que, con frecuencia casi semanal, podían vernos en sus televisores. Hemos escrito y cantado temas que todos ustedes conocen. Seguro. Y me parecería extraño que no los hubieran bailado en más de una noche de verano.

Hemos sido uno de los grupos más populares del país.

Cuando cruzamos el charco por primera vez, reclamados por el público de las Américas, apenas tenía veinticinco años cumplidos y ya había pasado por mi primer divorcio.

No me dolió mucho. Fue un amor de efervescencia juvenil, de los que casi no dejan huella. El malo fue el segundo.

Durante mucho tiempo pensé lo que muchos otros hombres en estos casos: que todas las mujeres son unas lobas. Sin incluir a mi hija, por supuesto, que me dio la mayor de las alegrías cuando decidió vivir conmigo tras la separación. Para mí, aquella fue la prueba definitiva de mi inocencia en todo lo sucedido.

Sinceramente, creo que no me lo merecía. Yo jamás la engañé. Y no por falta de oportunidades, que a los artistas nos sobran. Pero ella... Ella era reincidente. Sí. Ya me había engañado con anterioridad y la perdoné.

La quería demasiado.

La segunda, sin embargo, no pude. Percibí la malicia, el deseo de hacerme daño, de provocar la ruptura. Si al menos, hubiera sido con un desconocido. Pero tuvo que escoger a uno de mis mejores amigos, para que me sintiera más humillado, más hundido, acabado, para que la depresión a la que aquello me condujo no me permitiera defender absolutamente nada. Y se lo quedó todo. O yo dejé que se lo quedara. No sé. No podía con todo eso de los trámites y el papeleo. Los hechos se sucedieron con la rapidez de movimientos de un caballo desbocado. Y yo me sentía como si hubiera caído de él al primer envite y me escabullera, acurrucado en la tierra, para que no me aplastara con sus patas.

En mis intentos de reanudar la marcha de mi vida, que ahora se presentaba como una pendiente cuesta arriba, acudí al psicólogo. Me vio tan mal que me envió al psiquiatra:

—Necesitas algo de medicación —me dijo—. Tienes que dormir. Y, créeme Pablo, no todas las mujeres son malas.

En una de las visitas a su consulta, mi psiquiatra me invitó a una fiesta que celebraban aquella misma noche los expertos en salud mental, no recuerdo por qué motivo. Intenté rechazar su propuesta, le dije que ya tenía suficiente ajeteo social con mi propia vida profesional.

—Esto es diferente, hombre. Es otro ambiente. No tienes que presentarte como un artista. Podrás ser tú mismo.

—Pero, ¿qué pinto yo en una fiesta de psiquiatras?

—Lo mismo que los demás. En el fondo, cuando salimos de noche, todos vamos a lo mismo: a ligar.

No estaba para ligues, pero me presenté en el hotel donde se celebraba el cóctel.

Entre todos aquellos indagadores en el cerebro humano vestidos para la ocasión, encontré a mi psiquiatra. En torno a él formaban corro un grupito de jóvenes muchachas, muy pijas todas ellas. Eran alumnas universitarias.

Mi médico no era un hombre atractivo. Tampoco es que fuera feo. Pero había en su aspecto algo especialmente desagradable. No sabría explicar el qué. Pero de lo que estaba seguro era de que aquellas chicas no le reirían las gracias si no fuera porque él era uno de los catedráticos con más prestigio en la universidad, el hombre que podía abrirlas la primera puerta. Y yo me vi a mí mismo como protagonista de aquella escena, rodeado como él de jovencitas al final de un espectáculo. Me pareció tan triste que casi me echo a llorar allí mismo.

El doctor me vio antes de que se aflojara el lagrimal. Se acercó a mí acogiéndome con su brazo, lo puso sobre mi hombro y dirigió mis pasos hacia el grupo.

—Chicas, cuidado de mi amigo Pablo mientras voy en busca de una copa.

—¿Forma usted parte de su equipo? —me preguntó una de ellas.

—¿Cómo?

—Del equipo de investigación, el de la afasia.

—Ah, sí.

—Creo que participa gente de varias especialidades, ¿no? ¿También es usted psiquiatra? —apuntó otra con ojos azul intenso.

—No, yo soy uno de los pacientes.

Abrieron sus bocas estupefactas.

—Sí —continué animado—. Soy una cobaya, o un conejillo de Indias, como prefieran llamarlo. Me pagan muy bien por hacerlo. Hace muchos años que me dedico a esto, ¿saben? Participé, incluso, en las investigaciones sobre los efectos del electrochoque, allá en los setenta. De hecho, gracias a esa terapia me volví afásico. Fue una suerte, porque así puedo continuar con este empleo.

—Su cara me suena. ¿Ha venido alguna vez a la facultad? —volvió a preguntar «ojos azules».

—¡No! ¡Ya sé de qué le conocemos!— exclamó otra que vestía un traje rosa chicle—. Su foto ha salido en las revistas médicas.

—Buena memoria —afirmé sin remordimientos.

Antes de que salieran de su asombro, llegó mi psiquiatra.

—Lo siento, doctor, tengo que marcharme —le dije.

—Pero si acabas de llegar.

Acerqué mi boca a su oído para susurrarle.

—Tengo retortijones. Creo que algo me ha sentado mal.

—Bueno, bueno —me despidió con unas palmaditas en el brazo—, ya veo que quieres escabullirte.

—¿De verdad es un paciente? —escuché preguntar a las chicas mientras me alejaba.

—Ah, lo ha confesado —respondió el doctor—. Bueno, está en su derecho...

Antes de abandonar la sala me giré para verle de nuevo. Volvía a mostrarse risueño y parlanchín, aprovechaba ocasiones para tocar el pelo de una, acariciar el brazo de otra, y ellas le regalaban sus risas y atenciones.

De vuelta a casa pensé en mi hija, de la edad de esas muchachas. ¿Actuaría igual que ellas ante uno de sus profesores? Pensando tan solo en esa posibilidad creí hundirme.

Cinco años después de la separación comencé a sacar la cabeza. Del pozo de mi depresión, quiero decir. Lo noté por mis visitas constantes a Transilvania. Bueno, eso de Transilvania era un guiño entre mi hija y yo. Ella llamaba así a la cafetería donde íbamos a merendar, donde trabajaba una treintañera procedente de Rumania, de tez blanca y cabellos muy rubios, con la que me quedaba atontado. Supongo que fue su indiferencia la que me fascinaba. Ya, ya sé que no tengo la popularidad de antes. Pero, normalmente, las camareras más jóvenes caen en la cuenta de quién soy cuando oyen las alusiones que sobre mi persona hacen otros, y dicen como aquellas estudiantes de psiquiatría: «Ya me parecía a mí que su cara me sonaba de algo».

Pero ella no, la rumana era diferente. Iba a lo suyo, absorta en sus quehaceres, y mi hija se partía de risa viendo mis intentos por llamar su atención.

En aquel entonces ya tenía formulada una hipótesis que explicaba la razón de mi mala suerte en los asuntos sentimentales: ellas no se enamoraban de mí, de Pablo, sino del cantante. Y, después, cuando bajaba del escenario y buscaba un poco de refugio hogareño, era como si la carroza se transformara en calabaza, o, lo que es peor, el príncipe en sapo.

Quizá esperaban que unos focos mágicos me iluminaran allá donde fuera, y que la música decorara románticas escenas como sucedía en las películas. El caso es que, muy a su pesar, yo no me mostraba cual tenorio que recita versos para encandilarlas a ritmo de salsa o rumba, metido en la cama con la guitarra después de hacer el amor. Yo, como tantos otros, cambiaba el cante por el son de mis ronquidos que, al parecer, eran bastante monótonos.

Imagino, también, que yo no supe o no quise darme cuenta de todo esto. Mi vanidad no me lo permitió. Y no lo digo por sacar ahora un látigo con el que flagelarme tras entonar el *mea culpa*, no, sino porque, si me detengo a pensarlo, mis compañeros del grupo han pasado junto a mí todos estos años, han recorrido conmigo los mismos escenarios, los mismos platós de televisión, hemos grabado juntos todos nuestros discos, y ahí continúan los dos, felizmente casados con sus encantadoras mujeres. La semana pasada, sin ir más lejos, celebramos las bodas de plata de uno de ellos.

Quizá llamaba más la atención por ser el que siempre se colocaba en medio. No sé, pero a mí, como les decía, se me metió entre ceja y ceja que fama y amor estaban reñidos la una con el otro. La fama y también el dinero, porque de eso sí que estaba enamorada ella, del dinero. Llegué a tener bastante, y cuando llegaron las vacas flacas, se buscó un amante que tuviera más que yo. En parte, lo comprendo. Ella proviene de un país donde ha pasado muchas calamidades, y por eso, imagino, la situación económica tiene mucha importancia para quien se ha visto asediada por la pobreza. El caso es que yo quería rehacer mi vida junto a una mujer que me quisiera de verdad y para que eso fuera posible esta tendría que conocer a Pablo antes que al artista.

Cuando me cansé de imitar a los adolescentes en Transilvania, mi hija comenzó a idear todo tipo de estratagemas para lanzarme a la conquista de una dama:

—Podrías apuntarte a un curso de inglés, papá, ahora que está tan de moda lo latino allí, en los Estados Unidos, podrías escribir algunos temas para el mercado norteamericano, o traducir los estribillos de los éxitos antiguos.

A mí no me engañaba. Ella se sentía apurada cuando se marchaba con los amigos y me dejaba delante del televisor. Además, en casa se encerraba a estudiar. Tampoco aquí podía compartir mucho tiempo conmigo, aunque estuviéramos bajo el mismo techo.

Para colmo, su primo José Luis se alió con ella. Es un chaval estupendo. Yo no entiendo por qué se critica tanto a la juventud de ahora. Si mi sobrino y mi hija son una representación de los jóvenes actuales, la verdad, yo me llevo de maravilla con esta generación. Nos juntábamos los tres en la cocina a preparar nuevas recetas, e inspirados por los aromas de guisos y asados, me sugerían qué hacer para ligar, cómo vestirme, qué explicar a las mujeres para ocultar parte de mi identidad sin mentir... Ellos han sido, en definitiva, parte esencial en todo este proceso.

Y uno de esos días surgió lo de la agencia matrimonial. Al principio, la idea me causó cierta tristeza. Que un hombre como yo tuviera que recurrir a este tipo de lugares para encontrar pareja me tocaba mucho la moral. Pero después me dije a mí mismo que ya estaba otra vez la dichosa vanidad metiéndose donde nadie la llamaba. Me deshice de ella una mañana que regresaba de Valencia, después de cantar en unas fiestas. Volvía escuchando la radio, un programa en el que participaban unas parejas que se habían conocido en una agencia. Cuando llegué a casa, mi hija ya se había marchado a la facultad. Me preparé un café y llamé a información:

—Señorita, por favor, ¿me da el teléfono de una agencia matrimonial?

Sorprendentemente, no me contestó aquello de «por agencia no me sale nada», sino que me dio el nombre de unas cuantas. Lo de Samsara me sonó bien. Pensé que mi cuñada se llamaba Sara y que igual me daba buena suerte, así que tomé nota del número y lo marqué.

Me atendió la propietaria de la agencia, quien, por cierto, no me reconoció.

—Supongo que si oyera alguna canción, me acordaría —me dijo.

Y yo pidiendo que figurara en la ficha como «representante artístico» para ocultar mi celebridad. ¿Celebridad de qué? No vayan a pensar que me decepcionó. En el fondo, me hacía ilusión imaginar que ya no necesitaría máscaras para esconderme.

En fin, no hago más que volver al mismo asunto una y otra vez. Intentaré concentrarme en los hechos.

Allí, sentado en el despacho de la agencia, me sentí aliviado. Tenía la sospecha de que iba a ser analizado, diseccionado, que tendría que pasar el «examen» de acceso para formar parte de aquel elenco de hombres y mujeres

que acudían al encuentro del amor.

Pero no. Mis miedos se disiparon. Unos cuantos datos sobre mi físico, mi situación, si tenía hijos o no, mis gustos y aficiones, mis preferencias, y poco más.

Regresé a casa con un par de fichas y llamé a la que figuraba en la primera, sin detenerme a examinar detalles como la estatura, el peso o la edad.

Creo recordar que se llamaba Matilde. Me contestó con cortesía, pero muy distante. No parecía dispuesta a propiciar un encuentro. No sé para qué se apuntó. Puede que mi voz no le gustara. De fondo se escuchaban, además, algunas voces masculinas. Después, al fijarme en la ficha, vi que tenía cuatro hijos ya crecidos.

Antes de enfriarme, marqué el número de teléfono que figuraba en la segunda ficha. Era el de Rosa, la mujer con la que comparto ya tres años de mi vida.

Aquella primera conversación duró una hora. Cuando colgué me sentí dichoso. Ella había reído como una criatura ingenua sin que yo usara mis recursos habituales. No me había jactado de mis actuaciones ni de mis canciones, como había hecho en otros tiempos.

Me quedé allí sentado, en el sillón, junto al teléfono, con una sonrisa boba y la vista puesta en un horizonte imaginario. Papel interpretado por la puerta de entrada, situada frente a mí. Me desperté cuando la abrió mi hija:

—He quedado —le dije, sin darle tiempo a cerrarla.

—¿Con alguna de la agencia?

Se sentó a mi lado, dejando las carpetas sobre el sofá y sin quitarse el abrigo.

—Con ella —le dije mostrándole la ficha.

—¡Una cita a ciegas! Qué genial. A ver: Rosa, cuarenta y cinco años. No está mal, unos cuantos menos que tú.

—Pues claro, ¿quién te crees que es tu padre? ¿Uno de esos que se enrollan con chicas de tu edad?

—Ya lo sé, papá —y me dio un beso—. Qué más: es Tauro. Mmmm, Tauro con Cáncer.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada. Le gusta la música melódica, menos mal, ¿eh? Mira que si fuera forofa de la ópera y la clásica...

—Hemos charlado mucho, y sin conocernos de nada. Seguro que congeniamos.

Mi hija continuó concentrada en la lectura.

—Características que le gustan de la pareja ideal: extravertido, simpático, agradable, con ganas de superarse, atractivo. Lo que no le gusta: la gente apocada o triste. Lo que más le importa: la confianza, la sinceridad, la complicidad... Está claro, esta mujer busca a mi padre.

Con esa inyección de seguridad me presenté a la cita.

Rosa parecía mucho más joven. La encontré muy atractiva y, sobre todo, muy cálida. Cuando llegamos a la cafetería me decidí a confesárselo todo. Liberado ya de todos mis temores, me puse a hablar por los codos. Y, cuando eso me sucede, no sirvo para morderme la lengua y esconder esto y aquello otro.

Además, ella se extrañaba de que alguien tan abierto y comunicativo como yo recurriera a una agencia matrimonial. Y le expliqué todo lo que ustedes ya saben. Más otros muchos detalles de los que se fue enterando a lo largo de varios meses. Tuvo mucha paciencia. Pero podía entenderme, porque ella había pasado por una situación muy similar. Rosa no se había casado, pero tuvo una relación con otro hombre que duró dieciséis años, y, al igual que yo, descubrió que le era infiel.

Me alegré mucho de confesarle la verdad tan pronto, porque a la media hora de nuestra llegada al bar, una de las camareras ya me había reconocido.

Cuando volví a casa, me esperaban mi hija y su primo, con una caldeirada de pescado, receta descubierta en uno de los libros de Carvalho, y con enormes interrogantes en sus rostros. El mío les daba la respuesta esperada y, locos de contento, sacaron una botella de cava de la nevera.

—No creo que sea esto lo que Vázquez Montalbán recomiende para regar esta delicia. Por cierto, ¡cómo huele!

—Está bien —dijo mi sobrino—, lo dejaremos para el postre. ¿Te parece mejor un Ribeiro?

—Venga.

Después de la copa de cava, José Luis se marchó, y, ya solos, mi hija me hizo una confesión.

—¿Sabes papá? Creo que yo también he comenzado una relación.

El corazón me dio un vuelco.

—Es un chico del último curso. Lo conocí esta semana, en una asamblea. Hasta ahora nos hemos visto en el bar de la facultad, pero hemos quedado este sábado, para cenar. Ya sé que es muy pronto, pero siento que es algo muy distinto de lo que he sentido por otros chicos. Me da vergüenza explicarlo, porque todo lo que me viene a la mente parece salido de las novelas rosa. Y ya sabes que no las soporto.

—¿Cómo puedes sentir vergüenza de esos sentimientos? A que ahora me voy a enterar de que mis canciones te parecen cursis.

Ella rio.

—Le gusta la música electrónica, suave, pero electrónica. No creo que le vaya mucho la rumba, ni la salsa.

—Vaya por Dios. Esto me lo veía venir.

Se puso seria de nuevo.

—¿Tú crees que eso se sabe, que puedes reconocer al amor más importante de tu vida así, tan de repente?

—Cariño, me gustaría ayudarte. Por nada del mundo quisiera que pasaras por lo mismo que yo. Pero no soy la persona adecuada para responder a esa pregunta, ¿no te parece? Si el amor es cosa de ciegos, me tendrían que nombrar presidente de la ONCE.

Creo que el tiempo nos ha dado la respuesta a ambos.

El mayor de mis temores, tengo que reconocerlo, era que Rosa y ella no congeniaran. Pero se llevan tan bien, que a veces se alían contra mí. Yo dejo que hagan conmigo lo que quieren, para qué engañarnos. Las cosas no pueden ir mejor. Me parece que esta es la única relación auténtica que he tenido.

En cuanto mi hija se case, que será dentro de un año, nos iremos a vivir juntos. Rosa no podía instalarse aquí, en mi casa, queda muy lejos de su trabajo. Y yo no quiero dejar a mi hija sola. Tiene unas cosas... Ahora se le ha ocurrido que nos podríamos casar el mismo día que ella.

—De eso nada, tú tienes que ser el único centro de atención, como todas las novias. Nadie más vestirá de blanco ese día —le contestó Rosa para zanjar la cuestión.

Creo que lo tengo superado, pero si pienso en el matrimonio, aún siento un resquemor por dentro. He estado casado dos veces, pero ella ninguna, y, lógicamente, una boda le haría ilusión. Quién sabe. Puede que el día menos pensado le dé una sorpresa.

CARIBE MIX

La última vez que volví de Cuba traje conmigo mi perdición.

Mi perdición se llama Lucrecia, tiene veintiséis años, la piel chocolate, senos palpitantes y la última vez que la vi movía sus curvas en dirección a un avión que la devolvería a su isla, mientras yo moría observando su marcha, hipnotizado por el vaivén de su vestido que insistía en ascender sobre sus nalgas por mucho que la mano de su dueña se empeñara en devolverlo a su sitio. Una mezcla de vértigo y luto me quemaba el estómago.

—Sé fuerte Mario —me decía mi amigo Alberto, que me sujetaba del brazo para que mi cuerpo no cayera en el suelo del aeropuerto como un saco.

No habría conocido a Lucrecia si no llega a ser por Alberto.

Todo comenzó once años atrás, cuando Mario descubrió que Beatriz, su mujer de entonces, le engañaba.

—Necesito una prueba. Tengo que estar seguro.

Tanto insistió que consiguió convencerme para perseguirla y grabar su traición en una cinta de vídeo.

—Pero Alberto, que nosotros somos bomberos, no espías, ni detectives. Seguro que me pilla. ¿Por qué no se lo pides a uno de nuestros colegas de la policía?

—Mario, por Dios, ¿tú crees que puedo contarle esto a alguien más? ¿Te piensas que no siento vergüenza?

—Ya. Pero a mí me descubrirá, ya lo verás.

—Alquilaré un coche, para que no lo reconozca.

No trató de fingir Alberto cuando vio las carantoñas que su mujer hacía a aquel hombre. Sentado en la salita de mi piso, frente a la pantalla, sus ojos enrojecían de furia, de pesar incontenible, de angustia contagiosa.

—Anda Alberto, esto es una tortura. Ya tienes la prueba que querías. No hace falta que sigas viendo esta mierda.

—Déjame —me dijo con voz desconocida— Con un ATS, ni siquiera se ha liado con uno de los médicos. Con un enfermero, qué poca categoría.

Le preparé una copa de *bourbon*, se la bebió de un trago y guardé la botella asustado. Había visto perder el trabajo a más de un compañero por culpa de historias similares.

Alberto se separó, pero tardó mucho en recuperarse. Durante los dos primeros años odiaba a las mujeres con toda su alma. Se aislaba en el chalet con el que se quedó tras la separación de bienes, sin más compañía que la de sus dos perros que dormían a sus pies, y las visitas de rigor de sus dos hijos.

Los bomberos somos testigos de muchas desgracias, pero también tenemos anécdotas divertidas para parar un tren. En una ocasión, cuando Alberto maldecía su mala suerte, nos llamaron para socorrer a una pareja que había quedado atrapada en un seiscientos. Hay gente que idolatra ese coche. Algunos se vuelven locos por encontrarlos. El dueño debía de ser uno de esos.

El caso es que la pareja se había acalorado y estaban dale que te pego dentro del coche cuando a él le dio una contractura muscular en medio del polvo y se quedó clavado. No podía moverse. Ella se deslizó fuera del coche como pudo y nos llamó.

El pobre lo pasaba fatal. Era un hombre muy grande y corpulento, y no hubo forma humana de conseguir que se moviera para salir por la puerta. De modo que no nos quedó más solución que destrozar el capó del coche y sacarlo por arriba, en camilla.

La mujer comenzó a llorar desesperada. Era un llanto irrefrenable, por más que intentáramos calmarla:

—No se preocupe, no le pasará nada. Ya verá cómo con unas cremas y algún antiinflamatorio se pondrá bien en un par de días.

—¡No, no! ¡Hip, hip, hip!

Nada, ella seguía con su gimoteo.

—¡No es eso! Hip, hip. Es que, es que, ¿cómo le explico a mi marido lo del capó del coche?

Intentamos ahogar las risas, pero fue imposible. Un chaval que llevaba seis meses en el cuerpo se tiró al suelo a carcajada limpia. Pero no fue eso lo que acabó con el llanto de ella, sino la cara de mala leche que puso Alberto. Era el único que no reía. Lo alejé del grupo en cuanto me percaté:

—Venga, hombre, venga. Tómate la vida de otro modo.

Los bomberos tenemos muchos días libres al mes para compensar las guardias y Alberto los consumía haciendo sus chapuzas. Le gustaba arreglar muebles antiguos en el jardín de su casa. Al principio era una buena evasión, pero pronto la restauración dejó de ser suficiente para combatir su soledad.

Alberto empezó a echar de menos la compañía de un ser querido, y aquello era un buen síntoma, un indicio de restablecimiento. Pero tampoco le iba lo de pasar la noche en salas de bailoteo y ligue. Eso no.

—A mis cuarenta y cuatro años no quiero planecillos, García —le decía a un colega casado que le había llevado alguna vez con él y la mujer a visitar esos locales—. Yo lo que quiero es rehacer mi vida.

Y a mí también me aburría ese rollo, la verdad. Hasta que un día se entusiasmó con la idea de viajar, de descubrir el otro lado del océano. Fue un sábado que paseaba por Las Ramblas. En el Café de la Ópera daban una conferencia o hacían una tertulia sobre otras culturas. Alberto entró y escuchó las voces de aquellas gentes de Venezuela, de Argentina, de Chile y de Cuba. Lo que allí se contó sobre el Caribe le dejó fascinado.

—En el próximo descanso me voy, Mario. Ahora, en febrero, será muy barato.

No me lo pensé dos veces y me marché con él.

Podría contar infinidad de historias sobre aquellos años de viajes a aquel rincón de mujeres melosas y cálidas. A mí me enamoraron desde el principio. El caso de Alberto era diferente. Él se sintió curado gracias a los nuevos aires, a la familiaridad de aquella gente. Los cubanos saben gozar de la vida, y eso, de alguna manera, hacía que nos sintiéramos avergonzados de nuestros gimoteos.

La primera noche que llegamos a la isla, borrachos ya de no dormir, cambiamos nuestras horas de reposo por un baile en las calles de La Habana. Por la puerta de nuestro hotel pasó un viejo que con una lata y unos palos nos descubrió el encantamiento del ritmo. Le seguimos y en un suspiro aquello se convirtió en un desfile carnavalesco.

—En Cuba tenemos un lema —nos dijo el viejo—. Después de veinte desencantos, qué importa uno más.

Fuimos muchas veces. Recuerdo con cariño a las mujeres que viajaban solas. Ocupaban una tercera parte del avión. Las veías modositas en la cola del aeropuerto, y comenzaban a desmelenarse al despegar, dispuestas a saborear los placeres isleños, a perderse por las calles de La Habana, a mezclarse con el olor salvaje del Caribe. Y yo me alegraba por ellas, ¿qué mal hacían a nadie? Luego, a la vuelta, recuperaban el recato y los tonos grises de la ciudad.

Como les contaba, en mi último viaje conocí a Lucrecia. Las historias sobre felices matrimonios entre españoles y cubanas circulaban a un lado y otro del Atlántico. También se hablaba del engaño, de las que querían aprovecharse de nosotros para salir del país, pero ¿por qué tenía que pasarme a mí?

Pues me pasó.

Dos meses. A los dos meses tan solo de vivir conmigo, mi apasionada cubanita se echó a llorar:

—Ay, manito, yo no puedo vivir sin mi novio. Creía que sí, pero no puedo. Yo quiero regresar.

No quise retenerla a la fuerza, ¿para qué? Era una tontería. Según un compañero a quien llamamos El Cubano, por estar casado con una de allá, mi fallo fue traérmela de la zona más turística de la isla. Su mujer proviene de un pueblecillo alejado de ese ambiente, y eso es una garantía de éxito. Pero yo no me he arriesgado a volver. Sé que la buscaría a ella, lo sé, porque tengo que ser sincero y reconocer que me quedé completamente colgado.

Alberto y yo cambiamos los papeles. Él fue quien hizo lo posible por animarme. Pero escondió un secreto que me reveló más tarde, después de emparejarse con Cecilia, una quiromasajista de cuarenta y tres años, separada y con un hijo, el cual al poco tiempo de la aparición de mi amigo se marchó a vivir con el padre. No porque se llevara mal con Alberto, sino porque los adolescentes son así de egoístas y no le sentó bien que su madre tuviera pareja. Además, como decía Cecilia, en casa de papá no había normas que cumplir.

Cecilia me pareció dulce, agradable, bonita y con clase. Yo atosigué a Alberto con preguntas.

—Pero tú, ¿cómo? Dime: ¿cómo la has conocido? ¿Dónde? ¿Cómo fue?

Me contestaban con evasivas, con respuestas vagas. En él no me extrañaba, porque los hombres somos así. Pero me resultó desconcertante que ella tampoco se detuviera en detalles. A las mujeres, por lo general, les gusta explicar todo eso, cómo conocieron al novio, el vestido que llevaba, si llovía o era un día de sol radiante. Se acuerdan de todo: de lo que se dijeron, del color de las rayas de la camisa de él, de lo que tomaron, de que la lasaña que les sirvieron en aquel restaurante estaba congelada y de lo galante que fue él con la camarera para pedirle que se la cambiaran por otro plato. De todo. Cecilia, sin embargo, callaba, y su silencio me pareció muy sospechoso.

Por fin me lo contaron. Me dijeron que se habían conocido en una agencia matrimonial.

—Se me ocurrió mirando el periódico —me explicó Alberto—. Tenías que haberme visto. Subí el ascensor, las puertas se abrieron y antes de dar un paso volví a bajar. Y luego en la calle pensé, pero cómo es posible hombre, con la de cosas que te han pasado, ¿vas a tener miedo de esto? Y subí otra vez.

La historia de Cecilia era muy similar a la de mi amigo. Como él, ella descubrió el engaño de su marido y decidió que no la merecía, que tenía que darse una nueva oportunidad. Su situación económica no era muy boyante, pero pagó en dos plazos y su padre le prestó parte del dinero.

—Estaba muy preocupado por mí —explicaba ella—. Mi padre es muy mayor y no quería verme sola. Ha hecho muy buenas migas con Alberto. De todos modos, fue mi hermana quien me arrastró hasta la agencia, y en el ascensor me pasó algo parecido a lo de él. Mi hermana me agarró del brazo y prácticamente me obligó a subir.

También a mí me costó decidirme, pero ya me ven, allí plantado, frente a aquella señorita tan atenta que me preguntaba sobre el tipo de mujer que me gustaba:

—Pues, bueno, qué le voy a contar, una chica agradable, sencilla —y repetí las palabras de mi amigo para salir del paso—, no me importa que sea pobre de solemnidad, pero por encima de todo, que sea honesta.

Efectivamente, esa era poco más o menos la imagen de las mujeres que conocí, y, como era de suponer, no conseguí que ninguno de aquellos encuentros cuajara.

—Cecilia no fue la primera chica con la que quedé —intentaba animarme Alberto—. Igual que le pasó a ella, también había conocido a otros antes de mí.

—¡Yo qué sé! Las encuentro muy sosas.

—Claro, hombre. Tenías que haber pedido lo que de verdad te gusta, una mujer a la que le vaya el sexo tanto como a ti.

—¡Me da corte! ¿Cómo voy a sentarme delante de esa señorita para decirle: mire, yo lo que quiero es a una mujer que me ponga a mil?

—¿Y por qué no? Puede ser honesta, sincera, de lo más respetable, pero que le guste el sexo. Mario, por Dios, que no estamos en el siglo XIX.

—Que no, hombre, que no, que yo no voy allí a decir nada parecido.

Y pedí que cancelaran mi ficha.

Al año de conocerse, Alberto y Cecilia se fueron a vivir juntos, y ya tenían fecha para la boda cuando la madre de mi amigo sufrió un ataque al corazón. Alberto cogió la agenda sin pensárselo un segundo y llamó a su ex, con la que no hablaba desde hacía años. Ella se comportó y utilizó todas sus influencias como enfermera-jefe para que le dieran la máxima prioridad en urgencias. Dijo a los médicos que se trataba de su suegra, de modo que Cecilia se quedó al margen. Era evidente que la tratarían bien fuese quien fuese, pero naturalmente, como familiar de una empleada tendría ciertos privilegios.

Yo corrí al hospital en cuanto supe lo sucedido. Cuando llegué, lo encontré abatido en una silla del pasillo. Al poco rato, apareció su ex y se sentó a su lado. Pensé que necesitaban cierta intimidad, por si ella quería explicarle las últimas noticias o algo así, y me levanté para ocupar una de las sillas de enfrente.

Entonces me quedé alucinado. Ella adoptó una actitud *exageradamente* cariñosa para coger la mano de Alberto.

—Parece que ha salido del peligro. Enseguida te llamarán.

Él suspiró profunda y largamente.

—Si hubiera tenido una bola de cristal para mirar nuestro futuro —continuó ella—, nunca hubiera hecho lo que hice. Creo que no estaba en mis cabales.

Alberto levantó la vista y la miró.

—Oye, te agradezco lo que estás haciendo por mi madre. Pero lo nuestro es una página de mi vida que dejé atrás hace mucho, demasiado tiempo.

Ella sabía que tenía pareja, que vivían juntos, ¿qué pretendía? ¿Destrozar lo que tanto había costado recomponer? Presenciaba aquella escena y no daba crédito. ¡En un momento como aquel! ¡Qué manipuladora! En mi fuero interno me sentí atacado, como si me estuviera pasando a mí. Mi amigo, en cambio, actuó con mucho aplomo. Le habló con tranquilidad, dejando aparcado cualquier síntoma de reproche. Casi le aplaudo allí mismo.

La madre de Alberto se recuperó, aunque sigue un poco delicada, por supuesto. Un infarto deja huella. Pero anda muy distraída con los preparativos de la boda. ¡Parece que se le case el hijo por primera vez!

Quizá debería regresar a la agencia y tener valor para pedir lo que realmente quiero: una hermosura morena que me vuelva loco en la cama. O puede que deje el trabajo y me compre un terreno en uno de esos pueblos donde falta género femenino y llegan de vez en cuando un cargamento de bellezas de otros mundos para repoblar la zona. En esto pienso mientras comparto una merienda con Alberto y Cecilia.

—No te echas tanto azúcar, mujer, que no es bueno —le dice él, siempre tan paternal.

—¿Quieres dejarme? Ya soy mayorcita, ¿no crees?

—Tengo que cuidarte —responde Alberto con sorna—, porque me costaste cara.

—Lo mismo pagué yo por ti, y, además, a plazos.

CARTA A UNA AMIGA TRISTE

Querida Antonia:

¡Qué alegría recibir tu carta! Hacía mucho que no sabía nada de ti y te echaba de menos. Aunque me apena saber de tus sentimientos de soledad y tristeza. No pareces tú, tan animada como has estado siempre y tan segura de ti misma. Creí que tu regreso a Chile te sentaría bien, ¡estabas tan entusiasmada! Pero quizá no tenga nada que ver con el país en el que vives. Puede que te sintieras igual de sola aquí, con tus amigos. Al fin y al cabo, también allá tienes muchos seres queridos: tu familia, tus amistades de siempre...

Te veo muy interesada en mi relación con Franc y en el funcionamiento de la agencia. ¿Acaso estás planteándote acudir a una? Si es así, te animo a ello, pero siempre que tengas en cuenta aquello que siempre me dije a mí misma: «Todo le llega al que sabe esperar».

Te lo digo, porque a partir de ciertas edades aparecen dificultades para encontrar pareja. Bueno, qué te voy a contar a ti que ya no sepas sobre este asunto. ¡Cuántas noches regresamos a nuestras casas deprimidas, después de pasear por discotecas y salas de baile! Nunca te lo dije, pero muchas de esas noches las pasé llorando. Creía que los días se volatizaban, que desaparecían sin dejar rastro, como arena entre las manos cuando reciben un golpe de viento.

Tú siempre lo viviste de otro modo, y me extraña encontrarte así, necesitada de cariño. Cuando te separaste decías que no querías ver un hombre cerca ni en fotografía, que tus inquietudes eran otras, y que en ellas te volcarías. También decías que un hombre de nuestra edad solo buscaba a una tonta que le lavara los calzoncillos y le pusiera el plato caliente en la mesa, que preferías los rollos de fin de semana, el «aquí te pillo, aquí te mato».

Si me vieras, Antonia, seguro que fruncirías el ceño. Me he vuelto toda una marujona. Pero soy completamente feliz. Bueno, salvo por mi hija, que es mi tormento, ya lo sabes. Los genes de su padre pueden mucho y, como dijeron todos los médicos y psicólogos que la han visto, solo la medicación puede hacer algo por ella. Aunque está más apaciguada ahora, que vive por su cuenta y tiene una pareja que la sabe manejar.

En fin, a lo que iba. Que sí, amiga mía, que ya sé que podría tener otras

inquietudes, pero yo creía que la vida me debía una, que me había engañado, y que merecía otra oportunidad.

Yo fui hija del miedo. Mis padres perdieron un hijo con siete meses, y cuando nació yo, se volcaron en una sobreprotección que no me hizo ningún bien. El internado de monjas en el que me metieron hizo el resto. Y cuando conocí al que fue mi marido creí haber encontrado una tabla de salvación con la que huir de aquella sensación de aprisionamiento con la que vivía.

Te comento todo esto porque no puedo desligar mis sentimientos hacia Franc de lo que fueron mis 30 años de matrimonio junto a mi ex marido. No quise escuchar lo que me decía todo el mundo cuando me ennovié con él. Aunque mis amigas solo tenían en cuenta la diferencia de edad. En realidad, el problema no eran los catorce años que nos separaban, sino sus desequilibrios.

Tardé en darme cuenta de que me había casado con un enfermo. Yo no podía entender a qué se debían aquellos accesos de agresividad y furia: hiciera lo que hiciese, todo estaba mal. Se excitaba con cualquier nimiedad. Gracias a Dios, nunca me puso la mano encima. Pero tenía la sensación de que era yo la que enloquecía a su lado. Cuando nació mi hija y noté los primeros indicios de esa tendencia a enfurecerse por nada, la llevé asustada al médico. Después de años de tratamiento determinaron que se trataba de algo genético.

Quise morirme.

Duele descubrir que te has casado con la persona equivocada, pero cuando el problema surge con un hijo... Eso te destruye.

Pero tú me preguntabas por el amor. Eso, mi querida amiga, no lo he descubierto hasta ahora. Con mi ex solo compartí 29 años vacíos de contenido. Él se fijó en mi juventud, se dedicó a exhibirme como si fuera un trofeo, a presumir de haberse apropiado de una jovencita. Ese era todo su afán: presumir de todo lo que podía, de cochazos, joyas, y ganar dinero.

Intenté salir de aquella cárcel, no de oro, pero de cierto nivel económico. Fueron muchos los motivos que lo impidieron. Especialmente, la falta de apoyo de mi familia. Ya te había hablado alguna vez de lo autoritario que ha sido siempre mi padre. Un militar chapado a la antigua que no podía admitir que me divorciara.

Me parece que ahora se arrepiente, que se da cuenta de la cruda realidad. Quiere ayudarme económicamente, porque mi ex marido sigue presumiendo de dinero, pero a mí apenas me pasa nada de pensión. De todos modos, tampoco quiero reprochar a mi padre lo que hizo o no hizo entonces. Ahora que tiene ochenta y dos años nos llevamos mejor que nunca.

Mientras estuve casada procuré llenar mi vida aprendiendo, estudiando y con el voluntariado. Volcarme en la ayuda a los demás me hizo mucho bien. En el fondo, me ayudaba a mí misma más que a nadie.

Pero nada de eso impidió que tocara fondo. Si continuaba compartiendo techo con él, mi autoestima se destrozaría del todo. Así que saqué valor de donde pude para plantearle la separación. Para mi sorpresa, él también había pensado en ello. Eso me hizo sospechar que tenía a alguien esperándole, y, aunque no lo quería, comprenderás que algo así suponía un nuevo mazazo para mi ya maltrecho amor propio.

En ese estado y con esos ánimos llegué a la asociación de separadas en la que nos conocimos, o sea, hundida.

¿Recuerdas lo que me decías cuando supiste que me había apuntado en una agencia matrimonial? Que el amor no se busca, sino que se encuentra. Siempre estuve de acuerdo contigo, pero para encontrarlo, no estaba de más pedir un poco de ayuda, y esa ayuda me la ofreció Samsara.

Tardé un tiempo en encontrar a Franc. Quedé con algunos hombres a quienes les gustaba presumir de lo que eran, de lo que tenían, de lo que habían conseguido. Personajes que me recordaban peligrosamente a mi ex marido. Quizá no tenían nada que ver con él, pero en cuanto se ponían a hablar de dinero y lujos, yo me asustaba. Después, transcurrió un período de tiempo durante el cual no aparecía un solo hombre. «En estos momentos no tenemos a nadie adecuado», me decían. Y yo repetía esa frase que te comentaba al principio: «Todo le llega al que sabe esperar».

Esperé y conocí a mi Franc.

Puede que otra mujer, con experiencias diferentes a las mías, no viera en él lo que yo descubrí, lo mucho que me ofrece. Por eso digo que no puedo desligar esta historia de mi matrimonio anterior. Porque los años no pasan en balde, aunque hayan sido duras vivencias, no he perdido el tiempo. Eso es lo que te ayuda a crecer como persona y a valorar este regalo, esta nueva oportunidad de amar y ser amada con intensidad. ¿Quién sabe? Tal vez si no hubiera sido tan desgraciada, me hubiera perdido lo que ahora tengo. No sabría apreciarlo.

Franc apareció el primer día aferrado a su cámara fotográfica. Esa había sido su única novia hasta que me conoció, y se presentó con ella como una señal de identificación en nuestra cita a ciegas.

Es extremadamente tímido y parco en palabras, pero me dijo: «Soy lo que ves, no tengo más que ofrecer». Y eso me encantó, que no presumiera ni se vanagloriara de nada. Él se había encontrado con mujeres de nuestra edad que

buscaban hombres adinerados, que pudieran llevarlas a buenos restaurantes o a realizar viajes exóticos. Yo creo que un hombre así busca a mujeres más jóvenes a las que consiga hipnotizar con el brillo de la ostentación y el despilfarro.

El primer día comenzamos a hablar de fotografía. Por ahí comencé a abrir esta caja de sorpresas que es mi Franc. En realidad, se puede conversar con él de lo que quieras. Es instruido y autodidacta. Él me ha enseñado mucho, me he aficionado también a la fotografía, pero sobre todo, he aprendido que una persona con su mirada, con su capacidad para descubrir la belleza que esconde el objeto más simple, es de una inmensa sensibilidad.

A veces, después de un largo rato en silencio, le digo: «Sé que estás aquí porque te veo, pero desde luego, no porque escuche tu voz». Entonces me comenta las fotos que ha hecho esa mañana en el parque Güell. Podría ir cuarenta veces y las cuarenta volvería con fotos completamente distintas.

Te decía que disfruto con el marujeo. Dicen que una mujer enamorada se recrea decorando su casa. Me parece que eso es lo que me ocurre a mí.

He sido, soy y me siento más mujer en estos dos años que estoy con él, que en toda mi vida. Sí, puedes pensar también en las relaciones sexuales. ¡Vaya cambio!

Él me ha aportado una tranquilidad y una paz interior infinitas. Hemos aprendido a aceptarnos el uno al otro tal como somos, sin intención de cambiarnos. Sé que otra mujer lo encontraría soso o insípido. Pero te repito que fueron mis años de matrimonio los que me han enseñado a apreciarle y a quererle como le quiero.

Te cuento una anécdota: me enteré de que mi ex marido se había apuntado en la misma agencia que yo y fui a comentárselo a la propietaria. Se quedó de piedra, porque, según ella, nada tenemos que ver el uno con el otro, jamás se le hubiera ocurrido emparejarnos.

En fin, Antonia, espero que toda esta información te sirva de algo. Si intentas informarte de las agencias que hay por allá, procura asegurarte tan solo de que se trata de un lugar serio. Como sucede con todos los negocios, también hay quien monta una agencia matrimonial sin saber lo que hace. Pero seguro que darás con buenos profesionales que puedan ayudarte a encontrar —que no buscar— ese amor que te mereces.

Escríbeme pronto. Te echo de menos.

Besos,

Magdalena

EL RITMO DEL CORTEJO

El sábado, 25 de octubre de 1998, a la una de la tarde, en la puerta de la iglesia de Santa María del Mar, se encontraba David Gutiérrez, de cuarenta y un años, un metro y setenta y siete centímetros de altura, setenta y dos kilos de peso, cabello rubio con muchas canas, y ojos azules.

A esa hora salía de la iglesia, vestida de novia, su hermana Julia.

Mientras los recién casados eran bombardeados con arroz, en el segundo piso del número 234 de la calle de Rosselló de Barcelona, sonaba el teléfono:

—¿Sí?

—Mónica, cariño, ¿aún estás durmiendo?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Mamá?

—Pero hija si es la una ya. ¿A qué hora vas a comer? No puedes llevar una vida tan desordenada, ¿eh? Eso no es bueno.

Mónica Garrido, de treinta y cuatro años, un metro sesenta y cuatro centímetros de altura, cincuenta kilos de peso, cabello rubio con melena y ojos de color miel, acababa de entreabrir los párpados para atender a la llamada, después de dormir durante catorce horas seguidas.

Su madre, viuda y propietaria de una tienda de ropa femenina, continuó con la cháchara:

—¡Ay! ¿Es que saliste anoche? Está bien, hija, está bien. Así me gusta, que te diviertas. Eres muy joven para encerrarte en casa.

—No, mamá, ¿no has oído hablar nunca de las curas de sueño?

Mónica se arrepintió enseguida de no aprovechar el error materno, pero tenía un problema: no sabía mentir a su madre.

—Vaya por Dios, hija. De esta no sales. ¿No será una de esas depresiones? ¿De las de verdad? Un psiquiatra hablaba de eso esta mañana en la radio. No puede ser, tienes que quedar con tus amigas.

Mónica dejó el teléfono sobre la mesita, sin colgar. Se levantó y se metió en el cuarto de baño mientras la voz de su madre continuaba oyéndose, brotando del auricular.

La chica se lavó la cara con agua fría, cogió la toalla, se secó y entró de nuevo en el dormitorio para atender al teléfono:

—Sí, mamá.

Volvió a dejarlo como antes y se fue a la cocina para preparar una cafetera. Mientras subía el café, abrió la puerta de la nevera. Tan solo había unas hojas de

lechuga, un par de tomates y algo de leche. La cerró de nuevo y levantó el auricular del teléfono que había en el comedor.

—Bueno, cariño, hasta luego.

Justo a tiempo, pensó.

—Hasta luego mamá, y no te preocupes.

Mónica colgó por fin y regresó a la cocina para prepararse un café gigantesco con el que sentarse en el sofá, frente al televisor, y hacer un poco de *zapping*. Le gustan *Los Simpson*, los concursos de preguntas y respuestas y las telecomedias.

Faltaba casi una hora para ver a la familia de Homer en acción, *Blossom* era lo único que valía la pena hasta entonces. Apenas quedaban cinco minutos para que acabase el capítulo, cuando sonó el timbre de la puerta.

Mónica dejó la taza en el suelo, junto al sofá, y se acercó a la entrada.

—¿Quién es?

—Cariño, pero ¿quién va a ser?

—¿Mamá? —dijo la chica con tono incrédulo mientras abría.

Su madre, una mujer de casi sesenta años, cabello corto, teñido con reflejos marrones, y aún atractiva, llevaba en sus manos una fiambra envuelta en una bolsa de plástico.

—Niña, no me asustes. Hace solo media hora que te he dicho que venía. No me digas que ya lo has olvidado.

La madre de Mónica entró hasta la cocina perseguida por su hija.

—¿Qué traes?

—¿Qué va a ser? Los canelones. Para eso he venido, ¿no?

—Ah, sí, los canelones.

—Pero qué despistada estás. ¿Y qué haces todavía en pijama? Eso es lo que decía el psiquiatra, que los que pillan una de esas depresiones se descuidan físicamente, y también que pierden el apetito. Mira cómo estás tú, en los huesos.

Dejando sobre la mesa de la cocina la bandeja de canelones, la madre descubrió tres garrafas llenas de agua mineral y otras dos vacías.

—¿Con eso crees que puedes alimentarte? ¿Con agua y café? Venga, dúchate mientras los pongo a gratinar. No parece que te hagan mucha ilusión, ¡con lo que siempre te han gustado!

Mónica cumplía las órdenes maternas sin rechistar cuando Bart Simpson escribía cien veces en la pizarra la frase con la que daba comienzo el capítulo:

«*El presidente lo hizo*» no es una excusa.

Un cuarto de hora después, con el albornoz y sentada a la mesa del comedor,

Mónica contemplaba los canelones recién gratinados y recordaba cómo suplicaba a su madre que se los hiciera para ella cuando era pequeña. La despertó la voz de Homer, que se dirigía a su esposa con tono lastimero: «Margie, tú me tienes a mí, pero ¿a quién tengo yo?» Y la chica pensó que, a pesar de las intromisiones de su madre, le reconfortaba que se preocupara por ella.

—Tu amiga Inés pasó por la tienda el otro día. Me ha dicho que te presentó a un chico muy majo y que te invitó a salir —dijo la madre mientras se ponía de nuevo la levita de tono gris perla.

Mónica soltó el tenedor antes de llevarse a la boca el primer bocado.

—¡Sí! Una noche maravillosa. ¡Se me echó a llorar! Yo le comprendo, pobre hombre, le acaba de dejar la mujer. Pero, creo que, si aún está hecho polvo, lo mejor que puede hacer es quedarse en casa, ¿no?

—No te pongas así, ha sido un caso especial.

—Sí, pues anda que el cliente aquel de Navarra. Me dijo que le gustan las chicas de Barcelona porque las de aquí somos muy guapas, ¿te lo puedes creer? Toda su conversación se limitaba a preguntarme qué marcas de ropa y zapatos usaba. Si así es como espera encontrar a la mujer de su vida, lo lleva claro. Mira mamá, yo sé que no estoy bien, que últimamente se me va mucho la olla, pero te aseguro que, viendo el panorama, tengo una salud mental de acero.

—Me hablas de dos. Dos hombres. ¿Y qué pasa con los de la agencia? Eva me ha dicho que has tenido varias presentaciones.

—No me han gustado. No debí hacerte caso. En este estado no puede haber química con nadie. Además, me temo que ahora lo voy a tener más difícil.

—¿Por qué?

—Me ha llamado mi abogado. Dice que si quiero recuperar lo que me pertenece, tengo que volver a la casa.

—¿Con ese monstruo? ¡Ni hablar!

—Mamá, he invertido ahí diez años de trabajo. No me he pasado ese tiempo vendiendo aparatos ortopédicos por toda España para que ahora mi ex se quede con todo. No es justo. Sabes cuánto costó levantar esa casa, es mucho dinero. Demasiado.

—Bueno, bueno, ya hablaremos, que mis amigas me esperan en el restaurante y llego tarde. Además, esta tarde me quedo en la tienda, pero mañana me tienes aquí otra vez para tratar este asunto. Porque si tú vuelves a esa casa, yo me voy contigo. Sola con él no te dejo.

—No digas tonterías, mamá, por favor. ¿Qué vas a hacer tú en Terrassa? ¿Ir y

volver cada día para abrir la tienda? ¡Venga ya!

Mónica se despidió de su madre, quien le soltó tres sonoros besos en la mejilla derecha antes de marcharse.

La chica sabía que había cometido un grave error anunciándole sus propósitos. Iba a necesitar a Dios y ayuda para quitarle de la mente la descabellada idea de acompañarla hasta el que fue su hogar conyugal.

También David, que deambulaba entre los invitados, en los jardines donde tenía lugar el cóctel previo al banquete de boda, pensaba en su error: casarse con la mujer de quien hacía año y medio se había separado. Su ex no era un monstruo. Quizá, si lo hubiera sido, su vida habría tenido más emociones y no tendría la sensación de haberse pasado quince años anestesiado. De tales pensamientos la despertó su hija Marina, una criatura de doce años muy vivaracha:

—Papá, ¿cómo es que no está aquí la tía Julia?

Marina no sabía nada sobre ceremonias nupciales. Aquella era la primera boda a la que asistía.

—Se están haciendo fotos. Ellos llegarán después y entraremos todos en el restaurante.

—Ah, ¿pero aún tenemos que comer más? No creo que pueda —dijo la niña, llevándose la mano al estómago.

—Bueno, nadie te obliga. Picas un poco de cada plato y ya está.

—Oh, oh —avisó Marina con la vista ligeramente desviada hacia la derecha.

—¿Qué pasa?

—Ahí viene el pesado de tu amigo Pedro. Trae a una chica, seguro que te la quiere presentar para que ligués con ella. Yo me abro.

—No, no Marina, no.

Demasiado tarde. Pedro ya había colocado una mano en el hombro derecho de David, mientras agarraba con la otra el brazo de una mujer con un cabello más rojo que el vestido que llevaba.

—Hola, doctor —saludó Pedro con una amplia sonrisa— ¿No conoces a Cathy? Es prima de tu cuñado. Y acaba de cortar con su novio.

—Sí —afirmó Cathy, imitando la sonrisa de quien la presentaba—. Pero no soy de las que temen iniciar otra relación por miedo a que me vuelvan a hacer daño.

David no sabía si sentirse halagado o aterrado. Él no era uno de esos hombres con el eterno femenino tan desarrollado como para que la intuición le

aclarara los grandes enigmas del otro sexo, pero sospechaba que aquello era un síntoma de acoso, y, por si acaso, miraba con torpe disimulo a su alrededor en busca de una posible vía de escape.

—No te preocupes por mi ex. No va a darte una paliza —comentó ella imaginando que era el posible ataque de un hombre celoso lo que inquietaba al hermano de la novia.

—Ah, pero ¿está aquí?

—Bueno —intervino Pedro—. Verás, es que cortaron ayer, y, claro, estaban invitados los dos.

David ya no tenía dudas. Aquello exigía una rápida estrategia evasiva. Pero su amigo Pedro, especialista en tejer redes con las que atrapar los peces más escurridizos, había urdido aquel plan con mucho primor.

—Le comentaba a Cathy que puede ocupar mi lugar en vuestra mesa. Como comprenderás, no le apetece nada en absoluto sentarse junto a su ex.

—Ah, a mí no me importa cambiar de sitio. No te preocupes, hombre, quédate tú en la mesa y ya me siento yo donde ella.

—No digas tonterías —insistió Pedro—. No vas a dejar a tus hijos sin tu compañía.

La capacidad inventiva de David se agotó ahí. Nunca había tenido mucha, la verdad, y, una vez más, pagaba esa carencia. Pero no iba a estar solo ante aquel suplicio. Junto a él, y además de sus hijos Marina y Álex, ocupaban asientos en la misma mesa dos parejas, amigos suyos desde la adolescencia. César y Pilar no eran muy habladores, pero tampoco Kim e Isabel, habitualmente amenos conversadores, consiguieron frenar aquel torrente de palabrería que brotaba de la laringe de Cathy. Durante la degustación de los platos del banquete, el doctor David Gutiérrez echó de menos a los ancianos de su geriátrico.

—Lo mejor en estos casos es una buena purificación, ¿no crees? —explicaba la mujer de rojo—. Me he pasado la noche limpiando mi piso de malas vibraciones. No iba a dormir en un hogar cargado de fuerzas negativas. Eso es lo que sucede cuando pasas tanto tiempo ahí, encerrada, con la persona equivocada. Supongo que ya sabes a qué me refiero, aunque él se marchara, tenía que sanar mi hogar.

—En mi caso, fui yo el que se marchó —intentó cortarla David—. Tendrás que preguntarle a mi ex.

—Oh, pero son técnicas válidas para muchas situaciones. Quién sabe con lo que te puedes encontrar. Hasta en tu despacho puedes probarlo. Yo creo que el mejor elemento purificador es la sal, la natural. En cuanto Jorge se largó, me fui

a la playa y volví a casa con una botella de agua del mar. La esparcí por todas partes. Claro que esto solo ha sido un primer paso, una medida de urgencia.

—Había oído hablar de todo lo que es capaz de hacer una mujer cuando se separa —intervino Kim—, que pintan las paredes y cambian la decoración. Pero de esto no tenía ni idea.

—Es que no es suficiente con cambiar el decorado —continuó ella—; aunque te mudes tienes que limpiar tus cosas personales de las malas vibraciones. No las vas a colocar en una nueva casa impregnadas de un pasado que te hace daño.

—No, no, claro —contestó Kim—. Hay que preservarse del mal que se esconde en los cajones.

Cathy explicó a su audiencia cuáles serían las próximas fases de la operación *eliminación de las emanaciones energéticas residuales del ex*: cristaloterapia, uso de aceites y esencias florales, cambios de emplazamiento del mobiliario siguiendo los consejos de la técnica Feng Shui, o las ceremonias consagradas al fuego.

—El sonido también es un buen medio para despejar un lugar de energías estancadas.

—Imagino que te refieres a la música —dijo Isabel—. Recuerdo que una noche, después de un desengaño amoroso, puse un bolero detrás de otro, estuve llorando sin parar. Fue muy consolador.

—¿Ah, sí? —le dijo su marido sonriendo—. Eso no me lo habías contado.

—No solo es música —aclaró Cathy—. Tu hogar, tu armario, tu sofá, tu cama tienen sonido propio.

—Sobre todo la de mi vecino —se atrevió a decir Pilar—, siempre sabemos cuándo tiene juerga nocturna.

—Por suerte para nosotros, no liga con mucha frecuencia —añadió César.

—Ese es un buen ejemplo de lo que quiero decir —continuó Cathy con su conferencia—. Imaginaos que vuestro vecino tiene uno de esos rollos de una noche, y resulta un auténtico desastre, que se levanta hecho polvo, con esa sensación de vacío, de haber perdido el tiempo, y que quiere borrar la presencia que ha dejado esa mujer en su casa. Un método rápido es golpear ollas y cacharros y esparcir ese sonido por toda la casa.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Pilar asustada—, que se pusiera a golpear sartenes a las cinco de la mañana.

Por fin habló Álex, un chaval de trece años a quien su padre había aficionado a leer Mortadelo y Filemón:

—Papá, mira lo que tengo sobre mi cabeza.

David sabía lo que tenía que ver en el lugar señalado: el yunque que marcaba quince toneladas de peso, tantas veces dibujado por Ibáñez. El mismo que todos los presentes aguantaban sobre sus cráneos. Había llegado el momento de tomar una decisión. Se acabaron las visitas a las discotecas en compañía de su celestino. Fue una auténtica equivocación confesar a Pedro la añoranza que sentía por la vida en pareja.

Desde aquel día David se concentró en su trabajo en la clínica, aprendió a sacarle partido a su soledad, a disfrutar de ella, y los fines de semana que no tenía a sus hijos, paseaba junto al mar, tomaba un aperitivo o pedía una paella en uno de los restaurantes del puerto.

Hasta que una mañana de domingo encontró la forma de sustituir a su amigo Pedro en las labores de Cupido. Sucedió leyendo *La Vanguardia*. Después de echar un vistazo al diario y a los suplementos, le dio por cotillear entre los anuncios tipo *maduritas adineradas pagan horas de amor*, o *rasuradita total*, y se fijó en la sección AGENCIA MATRIMONIAL.

—Verá, yo lo que quiero, es que me presenten a mujeres teniendo en cuenta mis preferencias y mi manera de ser, y no a una que me hable de los duendes que ve en el jardín.

—¿Cómo dice?

—Son las experiencias que he tenido últimamente. Mis amigos lo harán con la mejor de las intenciones, pero es que no dan una. O llegan con una a quien solo le interesa lo que tengo en mi cuenta corriente o con otra para quien merezco morir por haber nacido varón. Ya sabe, una de las que piensan que todos los hombres somos unos cerdos.

—No se preocupe —le contestó la chica que atendió su llamada—. Nosotros disponemos de una amplia base de datos y realizaremos una selección.

En el despacho tomaron nota de su situación, profesión, edad, aspecto físico, y, por supuesto, le preguntaron por sus gustos y predilecciones con respecto al otro sexo.

—No pretendo engañar a nadie —confesó el nuevo cliente—, por supuesto que me gustan las mujeres guapas y atractivas, de formas proporcionadas. A nadie le amarga un dulce, ¿no? Pero he conocido a algunas que quitan el hipo y que después, no sé, no entiendo nada. Quizá es que el mundo ha cambiado mucho mientras estuve casado y yo he perdido los planos para moverme en él. O puede que el lenguaje entre los sexos que ahora se practica sea demasiado complejo para mí. El caso es que no consigo entenderme con ellas, bueno, con

vosotras, quiero decir, con las mujeres.

David se estaba haciendo un lío y optó por callar mientras miraban el listado de posibles candidatas.

—Vaya, son más de las que imaginaba —dijo él contemplando las fichas—. Esta chica, Mónica...

—Inténtalo si quieres —le dijo Eva, la psicóloga empleada en la agencia—, pero hace mucho que no coge nadie el teléfono. Hemos estado llamando, y nada. No da señales de vida.

David cerró el paso a las palabras que se disponían a brotar de su boca y prefirió silenciar lo que sentía en aquellos momentos. Puede que le tomaran por loco. Pero algo le decía que esa era la mujer que le haría amar. Porque eso quería él, amar. Aunque fuera a costa de sufrir. No estaba allí para acabar con una soledad torturadora. Él se sentía bien viviendo a solas. Lo que quería, realmente, era alcanzar ese grado de locura del que hablan los románticos. Algo de lo que jamás había gozado. Sabía que eso podía tener un precio muy alto. Pero ¿qué le importaba a él sufrir por amor? Había tenido un matrimonio sin avatares, un roce con algo de cariño y mucha erosión, y el resultado había sido un pacífico, civilizado y aburrido divorcio.

Mónica ya ofrecía dificultades de entrada, ¿ni siquiera se dejaba localizar! Para él estaba muy claro: tenía que ser ella.

La verdad es que la chica ni se acordaba de la agencia. Ya había tenido suficientes quebraderos de cabeza al abandonar el piso de alquiler y volver a la casa, con su ex.

Las navidades se habían echado encima. Él se había citado con dos mujeres, pero no se había sentido atraído por ninguna de ellas y dejó sus asuntos sentimentales aparcados para celebrar las fiestas con la familia. De todos modos, continuó marcando aquel número de teléfono con la esperanza de encontrarla. Pero nadie contestaba.

Fue Eva quien, después del día de Reyes, despejó la incógnita.

—Ya no vive en su piso —le dijo por teléfono—, y, además, ha cambiado de trabajo. Por suerte nos había dado la dirección de su madre para enviarle las fichas y me acaba de llamar la misma Mónica.

La chica se llevó las manos a la cabeza cuando su madre le dijo que había dejado colgada a la gente de la agencia:

—Tengo algunos sobres enviados por ellos, ¿no les has dado tu nuevo número?

Se sentía demasiado apurada como para no aceptar una nueva cita. Pero solo

una más, por pura cortesía, así se lo pidió a Eva.

Su móvil sonó cuando mostraba el material de ortopedia a un cliente de Castellón. Y, de forma atropellada, quedaron para cenar ese mismo lunes.

Llovía a mares.

David la esperaba dentro del coche, en la esquina de Provenza con el paseo de Gracia, junto a la Pedrera. En la acera de enfrente, de pie, bajo un paraguas blanco que le entorpecía la visión de la obra de Gaudí, Mónica se dio cuenta de que iba a subir al coche de un desconocido. ¿No tengo bastante con el paranoico que vive en mi casa?, pensó. Pero cruzó la calle y vio el rostro sereno del médico y una sonrisa amable que la tranquilizó.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de que vives con tu ex? — preguntó David intentando no parecer alterado.

—No tengo ninguna historia rara, ¿eh?, no te confundas. Es que aquello era de locos, y me marché sin más. El día aquel me agarró por el pelo y estuvo a punto de abrirme la cabeza con el atizador de la chimenea. Corrí al garaje, subí al coche y me largué con lo puesto. Fue la primera y última vez que me tocó. Pero de maltratos psicológicos me he tragado diez años.

—¿Y qué haces viviendo allí?

—Nuestras leyes son así. Lo que yo hice se considera abandono del hogar. Él no quiere darme la separación, y tengo que arreglar los papeles desde dentro de casa para venderla y pedir lo que es mío. Es una casa enorme. No será fácil encontrar comprador.

—¿Ya saben los señores lo que desean? —interrumpió el camarero.

—La ensalada de la casa, y otra botella de agua, por favor. ¿No tienen de las grandes, de esas de litro y medio?

—Sí, señora, le traigo una de esas. ¿Y de segundo?

—No, yo no quiero nada más. Si me disculpas —dijo dirigiéndose a su acompañante—, voy al lavabo.

Era la tercera vez. No paraba de beber agua, tenía las pupilas dilatadas y apenas comía, ¿iría de coca? En todo ello pensaba el médico, que ya la imaginaba esnifando rayas en los servicios del restaurante. Pero no, no podía ser, se decía luego, no tiene pinta de yonqui.

—Así que tienes un geriátrico —le preguntó ella al volver.

—Sí, pero me gustaría comprar otro fuera de la ciudad, junto al mar. Los abuelos ganarían mucho en calidad de vida, aunque tampoco quiero que esté demasiado lejos, para no complicar las visitas de la familia.

El camarero llegó con la ensalada de Mónica y una vichyssoise para él.

—¿Por qué la geriatría? —preguntó ella—. Me parece la especialidad menos gratificante. Ellos se van de la clínica cuando mueren.

—Piensas como la mayoría de la gente. Nuestra sociedad no está preparada para asumir la vejez.

—Es verdad. Una vez leí que es el gran tabú de nuestros días: la muerte. Como antes lo fue el sexo.

David pensó que aquella no era una conversación muy propicia para el galanteo, e intentó cambiar su rumbo, pero ella se le adelantó.

—¿Por qué te dejó tu mujer?

—¿Quién ha dicho que me dejó ella? —preguntó él algo ofendido.

—Bueno, ¿por qué os separasteis?

—Creo que me fui apagando. A mí me gusta mucho estar en casa, pero también moverme. No me refiero a fiestas y saraos, sino a poner en marcha proyectos, a sentirme vivo. Ella no me acompañaba. Lo pasé muy mal durante la separación, sobre todo por mis hijos. Pero después me encontré muy bien, arreglando mi piso, aunque es muy modesto. Y allí, escuchando la música que me gusta y leyendo es como mejor estoy.

—Perdona —dijo ella temiendo parecer de la Gestapo—, pero siempre que conozco a un separado me pregunto por qué no ha hecho feliz a su ex.

—Los hombres también lloramos —dijo él sonriendo.

—Ya. Es que tengo muchas pájaras mentales con todo esto. Creo que es mejor que conozcas la verdad, tal cual es. Estoy viviendo con un hombre a quien le he puesto una denuncia por agresión, en una casa con ocho habitaciones, y cada noche se empeña en meterse en mi cama. No me toca, eso te lo aseguro. Pero quiero que te quede claro cuál es el panorama. La comida no pasa de mi garganta, sólo puedo tomar líquidos, y tengo que medicarme para dormir. No creo estar en condiciones de tener una relación personal con nadie.

Mónica hablaba sin parar ante la actitud de escucha de aquel hombre atento. Hacia las dos de la mañana regresaban al centro de la ciudad, en busca del coche de ella. Hablaron de los viajes que habían realizado, de lo cansada que estaba ella de recorrer el país como comercial de la empresa, de las aficiones que tenían y de las que les gustaría probar.

—Comencé un curso de bailes de salón a principios de verano —comentó él—. No estaba mal.

—Eso es algo que siempre he querido hacer —dijo ella sin pensar.

—¿Ah, sí? Si quieres, puedo buscar algún lugar donde aprender.

Ella consintió. Imaginaba que quedaría en el aire. Pero David la llamó al día

siguiente. Ya había encontrado el lugar donde comenzar el curso. A ritmo de salsa y tango, el médico encontró el modo de verla cada semana sin agobiarla. La invitaba a cenar después de la clase y, un mes después, se atrevió a proponerle una salida al teatro.

—Nada profundo, por favor —rogó ella—. Ya tengo bastante con lo mío.

—No, no, tranquila. Es una comedia.

Aquella noche, David recibió la noticia que más esperaba. La casa de Mónica tenía comprador.

—Me iré a vivir a Castelldefells —le dijo ella—. Ya he visto un piso allí que me interesa. Está al lado del aeropuerto y, con lo que viajo, me evitaré los madrugones de antes.

David estaba dispuesto a hacer cuantos méritos fueran necesarios para complacerla: ayudó a colocar muebles y a colgar cuadros. Solo estuvo a punto de estropearlo en el cumpleaños de ella, cuando apareció con un ramo de rosas y una joya.

—Yo no puedo aceptar esto. Ya sabes que no quiero una relación íntima. Me siento violenta.

—Vamos, no te lo tomes así. No son más que unos pendientes que me gustaron. No quiero que cumplas los treinta y cinco de un modo tan triste, que nadie te regale nada.

—¡Eh! Que tengo una madre que me quiere mucho.

David temblaba.

—No me malinterpretes. Tan solo es un regalo de cumpleaños. Nada más.

Él esperaba que la separación definitiva la liberara de aquel malestar físico y mental. Pero ella necesitaba más tiempo y, a la salida de una de las clases se echó a llorar.

—Debería estar mejor, pero no sé qué me pasa. Me encuentro muy mal.

Estaban en el bar habitual. Lo llevaba un matrimonio gallego que preparaba el mejor pulpo a feira de Barcelona, pero aquella noche el llanto de Mónica también había matado el apetito de él. Suspiró profundamente y preguntó:

—¿Cómo es que te casaste con un hombre así?

—No sé cómo no lo vi venir. Esos altibajos de humor se me hicieron tan habituales... Creía que algo le atormentaba, algo que guardaba en lo más profundo de su mente, de su pasado tal vez. Creía que podría ayudarle, como si fuese a ser su exorcista y pudiese extirparle todos los demonios. Me engañaba a mí misma, supongo.

—¿Tienes alguna especie de complejo de Madre Teresa? —dijo él, como si

intentara bromear sin mucho éxito.

—Necesitaba sentirme útil. Creo.

—Diez años es un periodo de tiempo considerable.

—¿Para soportar una convivencia así?

—Para soportar cualquier tipo de sufrimiento.

—No sé cómo me hundí en esa ciénaga. Qué quieres que te diga.

Él se removió en el asiento. Temió haber metido la pata.

—No. No me malinterpretes. No quiero decir que te tenga por una persona necia. Solo digo que comprendo... que me haga cargo de que es mucho sufrimiento.

—Y lo peor es que mis padres se daban cuenta. En la puerta de la iglesia me agarré al brazo de mi padre y él se volvió hacia mí y me dijo: «Si te echas atrás, no pasa nada; estaré de tu parte».

—¿Y eso también te atormenta?

—Sí, claro, el sufrimiento que les he causado a ellos... Pero ver que mis padres se oponían sirvió de acicate, ¿sabes? Fue como dar vida a la rebelde que llevaba dentro y, en lugar de apartarme de él, aquella disconformidad me arrojaba a sus brazos.

A ella le hubiese gustado encontrar las palabras adecuadas para explicarse mejor, para que él no la considerase una mujer con tendencia al masoquismo. Necesitaba creer en su propia recuperación. Necesitaba creer que podía curarse, que podía aceptar la oportunidad que la vida le ofreciese de vivir un amor bueno, que podía aprender a dejarse amar.

—Tal vez eras muy joven para captar e interpretar esas primeras señales — acertó a decir David.

Temía él que ella pensara que la juzgaba y que comenzara a valorar si aquello no le vendría grande, si no era mucho lo que le exigía, si no le metía prisa.

—Y las personas así —continuó ella con los ojos en algún lugar de la memoria— parecen esconder un misterio. Entonces, desvelarlo se presenta como un desafío.

David afirmaba con la cabeza, dándole a entender que comprendía esa necesidad de aventurarse, de aceptar un riesgo, esa necesidad que él mismo había sentido. Y, mientras tanto, su cerebro giraba a ritmo endiablado en busca de alternativas. Se imponía un nuevo plan estratégico.

—¿Por qué no hacemos una escapada este fin de semana? Podríamos ir al Montseny. Conozco un hotel rodeado de bosques. Creo que te conviene pasear y

respirar aire puro.

Mónica miró a aquel hombre que parecía completamente agotado de intentar seguir el ritmo que ella marcaba en una danza excesivamente lenta, un baile lánguido que contagiaba su decaimiento a los danzantes. Bebió el agua que quedaba en el vaso y miró a su interior. Notó que ciertos sentimientos se habían hecho hueco a codazos dentro de su cuerpo, que comenzaban a asentarse, que crecían, que se adueñaban de ella. Y cedió. Pero el sábado, cuando preparaba la bolsa de viaje, se preguntaba qué sucedería al llegar a la recepción. ¿Cuántas habitaciones habría reservado David? Ella ya lo tenía decidido: ante una situación apurada, regresaría en taxi.

Pero al llegar, él dio su nombre y le entregaron dos llaves.

No podía continuar aquel juego. ¿Qué derecho tenía ella a mantener a aquel hombre al vaivén que marcaban sus temores y emociones? Dejó pasar unas semanas y, en marzo, el día en que su pretendiente cumplía cuarenta y dos años, este recibió la primera llamada de Mónica.

—Te espero en el hotel Arts, con tu regalo de cumpleaños.

David apenas pudo abrir la boca cuando se vio conducido de la mano de ella por el largo pasillo hasta la habitación.

Tres años después nos invitaron a pasar la tarde en su casa de Castelldefells, en la playa, donde nos explicaron esta historia. Mientras veíamos los intentos de echarse a caminar del pequeño Víctor, nos hablaron de la residencia que habían comprado allí mismo, junto al mar, de cómo la habían rehabilitado para alojar a las personas mayores. Mónica había dejado su trabajo de comercial para embarcarse en aquel proyecto, del que se sentía satisfecha y contenta.

—Hemos tenido que invertir mucho para que quedara a nuestro gusto, pero ha valido la pena. Ahora tengo que ir cada día para que los abuelos vean al niño, parece que sea el nieto de todos. Y esta casa siempre está a rebosar de gente: sus hijos con los amigos, mi madre... Por cierto, David, ha llamado tu hermana. Vendrá este sábado.

—Ya veis —concluyó David—, no me había equivocado. Era ella.

LO QUIERO ALTO

JUAN:

Supongo que me comporté como lo que soy, un empresario. Hace veinticinco años que estoy en el mundo comercial. Pero comprendo que la señorita que me entrevistó en la agencia se desconcertara. Le hice tantas preguntas que se imaginó que era una especie de espía de la competencia o un inspector.

Yo no sabía nada de este mercado y quería escoger la empresa que iba a ofrecerme este servicio siguiendo unos criterios de evaluación, para enterarme de cómo funcionaba una agencia. Hacía las mismas preguntas que hubiera hecho para contratar cualquier otro servicio o realizar una compra. Además, que estoy acostumbrado a hacer preguntas, no me gusta que me conduzcan en las entrevistas, me gusta conducir las yo.

Desde que corté con mi anterior pareja, me pregunté cuál sería mi futuro. Y pensé, bueno, de momento, conocer gente, pero sin un objetivo claro de formar otra familia. Tenía que empezar por conocer gente, pero a mí no me van las discotecas. Miré en el periódico y me fijé en la que tenía más presencia. Estaba en primer lugar y con un mensaje de comunicación, digamos, algo más elevado, y me guíé por esos criterios para llamarles. Pero antes de firmar nada quería conocer bien el funcionamiento de la agencia, porque si no, eres un sujeto pasivo, sin elementos para decidir.

ALICIA:

En una capital supongo que esto se ve como algo más normal. Pero en un pueblo como el mío ya no lo es tanto, la prueba es que no las hay, no hay agencias matrimoniales o de relaciones estables... bueno, quiero decir, agencias como SamSara. Yo pienso que el criterio que tiene la gente de allá es otro, como si a un lugar así fueras a buscar una especie de lío, y no una pareja estable. Son muy mal pensados. Al menos eso es lo que veo por lo que les oigo decir. Y eso que intento callar la boca cuando hablan del tema. Pero nada, acabo hablando, y siempre digo: «No, si yo tengo entendido que eso es una cosa muy seria...». Entonces todos me replican, y es cuando callo para que no sospechen nada.

JUAN:

Un negocio como este vende credibilidad, y si no puedes comparar no sabes si será bueno o no. Además, por lo que Alicia comentaba, tampoco puedes contar con la experiencia de los demás. Porque si quieres ir a un gimnasio, seguro que la gente te comenta si este o aquel es bueno, pero en tu entorno este es un tema muy reservado. Nadie cuenta que ha ido a una agencia y explica sus experiencias.

ALICIA:

Claro, yo tampoco he dicho nada a nadie. Todo el mundo me preguntaba: «¿Cómo le has conocido?». Solté una bola el primer día y fue creciendo, cada vez era más gorda. No sabía cómo detenerla.

JUAN:

Que me había puesto malo y fui al hospital.

ALICIA:

Sí, la primera en preguntarme fue una amiga mía que también trabaja en el hospital. Porque ya lo he comentado, que no es lo mismo en Barcelona o cualquier otra capital que en un pueblo, donde todo el mundo conoce la vida que llevas. Todos mis amigos saben que yo me muevo del trabajo a casa, de casa a llevar a la pequeña al cole o al taller de teatro, porque mi otro hijo ya es mayor, o a comprar, me muevo siempre en el mismo círculo. Y si salía era con mis amigos, que gracias a Dios tengo muchos y muy buenos, han estado a mi lado en todos estos momentos tan difíciles. Pero claro, al pasar eso saben perfectamente cómo es mi vida. No podía decir que había salido una noche y había conocido a Juan, no, ellos saben que eso no podía ocurrir. Y cuando me encontré de repente ante la pregunta de mi amiga, me quedé helada, yo no había pensado en ello, no me lo esperaba. Estaba concentrada en lo nuestro, en lo que me había pasado, todo había ido muy rápido y eran muchos cambios. Y cuando me suelta: «¿Y dónde le has conocido?», lo primero que me vino a la mente fue: «En el hospital». Porque pensé en un lugar donde ellos no me pudieran controlar y donde entraba y salía gente sin parar. Y ella:

—¿En el hospital? ¿Es médico?

Y digo:

—No, si es de Barcelona.

Y a partir de ahí comenzó a crecer la bola, porque ella me decía:

—Pero ¿cómo? Si estás en esterilización.

Y yo:

—El día aquel de las lluvias fuertes, que hubo tantos accidentes y me pidieron que fuera a urgencias, ¿no te acuerdas?

Tenía que contar algo, porque esterilización es un recinto cerrado, donde no entran pacientes ni nadie.

Yo solo he estado un par de veces en urgencias. No me gusta. Soy una mujer fuerte, y si pasa algo en mi planta, lo puedo controlar. Pero en urgencias aquellas dos puertas blancas se abren y nunca sabes lo que va a entrar, y sobre todo la reacción de los familiares, llorando, chillando... Mira, es algo que me espanta, para eso no soy fuerte. Estoy en las operaciones, y si se muere alguien en la planta lo controlo, pero eso no. Y con aquellas lluvias de otoño, urgencias estaba colapsado. Nos hicieron bajar a una de cada planta. A mí me tocó y me sirvió como excusa. Nunca cuento trolas, pero, por lo visto, cuando las cuento lo hago muy bien, porque todos se la han tragado. Y continué explicando:

—Él estaba de viaje, se encontró mal y vino a urgencias.

—Pero si tú no estás en urgencias.

—¿Pues no te he dicho que fue el día de las lluvias?

—Ah, sí, es verdad, que fue por eso. Pero al final qué tenía.

—No, no tenía nada, fue solo un susto.

Cuando estás allí, el médico te manda hacer la analítica, el electro, lo que haga falta, y también te envía en busca del familiar que esté esperando para informarle. Así que continué con mi historia:

—Yo le dije que si quería que llamara a alguien, a su mujer, si le estaba esperando fuera. Y él me dijo que no, que era separado. Y, como ya sabes tú que hablo mucho, le contesté: «Ay, no te preocupes, que yo también soy separada». Y así empezamos.

Al final corrió la noticia de que yo había encontrado un novio en el hospital. Que vayas a una agencia matrimonial no tiene nada de malo, pero allí en un pueblo todo lo ven de una manera enrevesada, como si fueras una desesperada que necesita un hombre.

JUAN:

Ni nuestros padres lo saben. Porque, aquí en Barcelona no pasa tanto, pero en su pueblo sería imposible esconderlo.

ALICIA:

Por eso tenía claro que antes de conocer físicamente a un hombre me tenía

que gustar por teléfono. Yo no fui tan meticulosa como Juan para buscar la agencia. Además, hacía más de dos años que me había separado y tenía muy claro que quería una pareja, no se trataba solo de conocer gente. Él se acababa de separar y aún no tenía resueltos algunos asuntos del convenio. Buf, menudo susto cuando lo supe.

JUAN:

Estaba en una pensión y buscando piso, aunque yo me sentía en una situación estable, pero comprendo que se asustara.

ALICIA:

¡Hombre, ya me dirás! ¡Con toda la razón del mundo! Es que no había separación legal ni nada.

JUAN:

Aunque lo parezca, mi separación no se produjo de golpe, fue el producto de un desgaste de muchos años. Pero arreglé enseguida la situación legal, que ya estaba en período de trámites. Por eso no me planteaba un futuro a largo plazo. Sin embargo, ya ves, a las dos semanas de apuntarme en la agencia, cogí el coche y, ¡hala!, cien kilómetros, hasta su pueblo. Estos de la agencia me dejaron alucinado.

ALICIA:

Estuvimos hablando por teléfono durante una semana antes de conocernos, porque ya avisé a la agencia de que en mi pueblo no podían verme con un hombre, después con otro, y otro. No, si a mí me gustaba por teléfono, entonces me desplazaría a Barcelona o podría venir al pueblo. Yo siempre he tenido muy buena reputación, y si me iban a ver cada día con uno diferente, imagina lo que habrían pensado. Esto no deja de ser un pueblo, por muy grande que sea.

No sé si te lo conté, pero yo contacté con la agencia porque llegó un punto en el que... Vamos, antes sí que pensaba en que tenía que encontrar una pareja, pero estaba tan agobiada con los problemas que tenía con mi ex, que no me dejaba tranquila, llamándome cada día, sin querer admitir que se había acabado, sin desprenderse de mí, cada noche presentándose en la puerta de mi casa, diciéndome que aunque pasen diez años ya vería cómo volvería con él. Y yo:

—De qué voy a volver contigo. Si me ha costado veinte años desprenderme de ti, ¿ahora tengo que volver? De qué.

Y eso que dejé que se quedara con todo. Salí de aquella casa, de mi casa, con mis hijos y lo que llevaba puesto. Ya me dirás, con todo esto no estaba para formar otra pareja.

Pero con el tiempo empecé a salir con otros matrimonios, que habían sido amigos nuestros y que se pusieron de mi lado desde el primer momento, llevábamos a los niños cuando tocaba y ese tipo de cosas, pero cuando llegaba una cena y un baile me espantaba. Ese momento en el que, claro, cada uno se iba a bailar con su pareja, como es lógico, y yo quería esconderme bajo la mesa, y me preguntaba: bueno, ¿y toda mi vida tiene que ser así a partir de ahora? Además, ¿yo que he hecho para merecérmelo, encima de todo lo que he aguantado? Y me dije: pues no. Yo necesito rehacer mi vida y tirar adelante. Sabía, porque me lo había demostrado a mí misma, que era capaz de salir de aquello yo sola, aunque mi ex nunca lo creyó. Pero entendía que tenía derecho a más. Y cuando se acercaban las navidades, solo de pensar que tenía que pasar otras fiestas así, me ponía mala. Era demasiado duro, había pasado tres navidades horribles, y en ese mes de diciembre, cuando llamé a la agencia, fue un acto de un día para el otro. Yo me dije: «Estas navidades tienes que estar con alguien, sea como sea». Y pensé, bueno, pero dónde. Llamé a información y dije: —Oiga, deme el número de una agencia matrimonial de Barcelona.

Aunque quedaba lejos y temía que ninguno quisiera venir hasta aquí, me arriesgué, y llegué a esta por chiripa, porque podrían haberme dado cualquiera. Supongo que fue la primera que salió en el ordenador. Llamé a la agencia y le dije a la chica que me atendió:

—Mira, lo quiero alto.

Con eso tenía una obsesión, porque yo soy alta y el otro, mi ex, no es que fuera más bajo que yo, pero casi no me podía poner tacón. Por eso, pensé, de entrada escojo y pido lo que quiero, que después siempre estoy a tiempo de ceder y rebajar.

JUAN:

Y ahora me pregunto si solo le importaba que midiera un metro ochenta y cinco o se fijó también en otras cualidades.

ALICIA:

Es que Eva me dio cuatro fichas y yo siempre le preguntaba:

—¿Cuánto miden?

¡Claro! Porque yo mido un metro setenta y dos, y era difícil encontrar un

hombre de mi altura. Entre los jóvenes de ahora no, pero con nuestra edad no era nada fácil.

JUAN:

Si te fijas en las páginas de contactos, en los periódicos, por ejemplo, es curioso que siempre se piden que sea alto. Después vendrá lo de buena persona, a quien le guste leer o la música o lo que sea, pero lo de la altura es una constante. Y la media entre gente mayor de cuarenta años es de un metro setenta. Pero por unos centímetros más o menos puede que no estés escogiendo a la persona más valiosa. Porque quizá, en comparación con otros, lo único que tiene ese hombre es su altura, y pierdes la oportunidad de conocer a alguien con cualidades superiores.

ALICIA:

Sí, en la agencia nos hablaron de eso una vez, pero yo no llegaba a esos extremos. Estaba dispuesta a ir cediendo en caso de que no hubiera hombres más altos que yo. Y, por supuesto, prefiero uno que sea bajo a un hombre alto sin los valores como persona que para mí son importantes.

JUAN:

Hay gente para todo. Antes de conocer a Alicia tuve una cita con una señora que duró un par de minutos. Quedamos por el centro de Barcelona, llegó tarde, toda vestida de rojo, con un abrigo de pieles, muy arreglada, y nada más aparecer me dijo:

—Ay, siento llegar un poco tarde, pero, además, me tengo que marchar. Mi hijo ha tenido un accidente, se le ha roto el pie y tengo que irme.

Pensé, pues vaya, no se espera ni a ver cómo hablo.

ALICIA:

Hombre, es verdad que puede haber mucha diferencia entre lo que tú imaginas cuando hablas por teléfono y lo que después te encuentras. Pero no sé dónde está el problema en tomarte un café con la persona y ser educada.

JUAN:

También encuentras gente con la que puedes establecer una buena amistad, gente buena, generosa, con la que puedes establecer cierto grado de complicidad, de confianza, de intimidad. Pero, mira, falta la química para que suceda algo

más. Uno no se puede programar para que esa persona te guste, por muy encantadora o conveniente que sea para ti. Por más que la mente diga que esa persona es adecuada, para que se produzca esa conexión especial que llamamos «enamoramiento» o «amor» tiene que pasar algo en un terreno irracional, que yo, al menos, soy incapaz de definir o describir, pero que sé que existe porque lo he pisado. De todas formas, no deja de ser agradable. Y lo que nunca imaginé es que pudiera nacer este tipo de sentimientos tan especiales hablando por teléfono.

ALICIA:

Pero no te pienses, que a mí no me dijeron cómo era él, no sabía que llevaba barba. Y yo no estaba acostumbrada a la barba, porque ningún hombre de mi familia la había llevado nunca, por eso no se me había pasado por la cabeza que él la tuviera. Nos pusimos a hablar de cómo era cada uno y me dijo:

—Llevo barba.

Y yo:

—¡Qué! ¿Que llevas barba?

Me lo imaginaba comiendo sopa y con los fideos pegados en ella. Y llamé a Eva:

—¡Ah! ¡Que tú no me habías dicho que llevaba barba!

Y Eva:

—Venga, mujer, tranquila, que lo puedes presentar en cualquier lugar, no tiene pinta de terrorista ni nada parecido.

Y sí, sí, lo primero que negociamos fue lo de la barba. Le pregunté:

—¿Esa barba es negociable?

JUAN:

¿Ves? Lo primero que quiso cambiarme.

ALICIA:

No, hombre, no. La verdad es que me costó acostumbrarme, ¿eh? Pasó un mes o dos hasta que se la quitó, pero llegué a plantearme: a ver si ahora se va a quitar la barba y va a estar peor. Porque igual le sentaba mejor que no llevarla. Así que cuando me dijo que se la iba a quitar le dije que no.

Y una mañana apareció sin ella, y dije: ay, sí que me gusta sin barba. Y todo el mundo lo comentaba:

—Qué bien está sin barba, parece mucho más joven.

Claro, una barba hace más mayor. Y hasta los compañeros del trabajo le

dicen que está más guapo.

JUAN:

Eso sí es importante. Me ha pasado con gente que no veía desde que estaba con mi ex, que me han preguntado:

—¿Qué te has hecho, que pareces más joven?

Yo decía:

—Me he quitado la barba.

Pero ellos insistían:

—No, no es solo la barba, no sé que te has hecho, pero estás mucho mejor.

Yo creo que estar con alguien que te hace feliz se acaba transmitiendo.

ALICIA:

A mí también me ha pasado. Yo siempre me encuentro igual, pero la gente me dice que estoy mucho más guapa.

Y entonces pienso que esto de enamorarse es increíble. No se trata solo de encontrarte con alguien con quien se pueda producir esa conexión a todos los niveles de la que hablaba Juan, sino que esa persona ha de aparecer en tu vida en el momento adecuado, cuando una se ha quitado las corazas y está dispuesta a aceptar el riesgo de salir herida. Por suerte, yo supe cuándo había llegado ese momento. Quería un novio para navidades, lo tenía clarísimo porque me sentía dispuesta a correr ese riesgo de abandonar mi cómoda soledad, mi independencia. Hombre, no podría decirte una pareja, porque no sabes si esa persona que, en principio, te gusta, acabará siendo tu pareja o no, pero me apunté en la agencia en diciembre, y mira... No se puede decir que haya dado muchos tumbos.

JUAN:

Yo tampoco me esperaba que fuera a encontrarla tan pronto. Me apunté un mes antes que ella y creía que no sería fácil.

ALICIA:

Él no ha tenido tiempo de saber lo que significa estar solo.

JUAN:

¿No?

ALICIA:

No, Juan. Porque estabas con los trámites de la separación cuando me conociste. No has vivido lo mismo que yo. Y, al margen de que la relación de pareja que hayas tenido fuera buena o mala, tienes que decidir si quieres estar solo o no. En mi caso fue así. Yo supe lo que era la soledad durante dos años, y tenía muy claro que no quería seguir así. Tú no has probado eso, aunque aún no vivamos juntos. Sabes que hablamos por teléfono y que nos vemos cada fin de semana. Sabes que me tienes ahí. No te quedaste solo como me quedé yo.

No quería una pareja como la que había tenido, pero tenía que encontrar a alguien con quien poder ser feliz.

JUAN:

Yo estuve solo durante veinticuatro años, el tiempo que duró mi matrimonio. Y me di cuenta de que no quería eso.

ALICIA:

Eso lo pensaste cuando me conociste a mí.

JUAN:

Sí.

ALICIA:

Pero no cuando te separaste.

JUAN:

No, porque hasta que no estás fuera no ves nada. Pero que fuese consciente entonces de mi soledad no modifica ese pasado. Ese era mi sentimiento, aunque no tuviese consciencia de él.

ALICIA:

Yo no creo que la soledad sea buena. Sé que hay personas, aunque muy pocas, que pueden vivir solas. Es muy difícil. Pero lo que dice él es verdad, la soledad en compañía es la peor de todas.

JUAN:

Al principio, dices: bueno, estoy es lo que hay, me equivoqué, y tengo que aguantarme.

ALICIA:

Sí, te piensas que es para toda la vida, hasta que no puedes más y revientas.

JUAN:

El primer encuentro fue en su pueblo. Quedamos en la misma carretera, en la entrada.

ALICIA:

Pensé que se iba a liar si intentaba llegar hasta mi casa, así que no, quedamos en la entrada del pueblo. Pero nos dijimos qué coche teníamos cada uno para reconocernos. Me subí al coche esa mañana, y, ¡ay!, no me arrancaba. Tuve que irme con el de mi hermano, pasé por su lado, vi el suyo y le pregunté. Es lo que antes te decía, que después de hablar tanto con alguien, aun sin querer, te imaginas como es. Es inevitable. Y después no tiene nada que ver. No es que sea mejor ni peor, pero te sorprende.

Al principio estábamos un poco cortados, pero enseguida pasó. Nos fuimos a comer y todo fue muy bien. La verdad es que lo de hablar mucho por teléfono antes de conocer a la persona te permite decir las cosas muy claras desde el principio. O puede que llegues a una edad en la que te da igual lo que el otro piense y seas más sincera, no sé. Yo le dejé muy claro lo que no admitiría jamás, como una infidelidad o la intromisión de otras personas, como me pasó con mi ex suegra. Si de algo te sirve un divorcio es para saber lo que ya no quieres. Yo sabía por lo que no estaba dispuesta a pasar otra vez.

Y, desde luego, la comunicación es primordial. La que hay entre nosotros es muy buena. Yo pienso que nos entendemos muy bien. Si ha surgido algún problema ha sido con uno de nuestros hijos. Pero no entre nosotros, como pareja.

JUAN:

Yo tengo dos hijas. Y ella un chico y una niña. Cuando se juntan hacen piña. Entre ellos se llevan muy bien. Si se tienen que pelear con alguien lo hacen con nosotros, pero entre ellos nunca, al contrario, se defienden los unos a los otros. Se llaman por teléfono, se envían mensajes. Vamos, su hijo le deja el coche a mi hija mayor, y eso que es intocable.

Supongo que hasta se permitirán el lujo de criticarnos cuando no estamos delante.

ALICIA:

Como le digas algo a uno de ellos, los demás se tiran encima de ti. Aunque también puede haber algo de celos, sobre todo con la pequeña, que es la que pasa más tiempo con nosotros.

JUAN:

Es evidente que cuando vivamos en la casa que estamos construyendo habrá nuevos problemas a los que nos tendremos que enfrentar. Pero creo que en este año que llevamos juntos hemos tenido la oportunidad de comprobar que podremos hacerlo, ¿no?

ALICIA:

Voy a dar un paso muy importante. Dejaré mi trabajo, mi casa, mi pueblo, para venir hasta aquí a vivir contigo, y no pienso dejar que nadie controle mi vida, nuestras vidas. Eso ya lo viví con mi ex suegra y lo pasé muy mal. No quiero que pase ahora con tu hija.

JUAN:

Ya lo hemos hablado. Está todo controlado. No tienes por qué asustarte.

ALICIA:

Hay que tenerlo muy claro. Nosotros somos la pareja, nosotros tomamos las decisiones.

JUAN:

Y lo tenemos, ¿no? ¿Acaso no te lo he dicho, que estoy de acuerdo contigo?

ALICIA:

Supongo. Espero que sí.

UN COCHE PARA LA CRIATURA

MONTSE:

Habéis llegado a la hora de su baño y después le toca la cena. Emma, di «hola», así, con la manita. Es muy simpática, ríe con todo el mundo, pero ahora solo piensa en comer y se le mezclará con el sueño. Anda, Manuel, tú les vas contando tu historia, mientras yo la baño.

MANUEL:

¿No queréis tomar nada, de verdad? ¿Solo agua?

Bueno, pues yo fui a la agencia porque a estas edades, cuando uno todavía es soltero, el círculo de amistades siempre es el mismo. Tampoco me preocupaba mucho. Yo pensaba: cuando tenga que venir, vendrá.

Pero con treinta y ocho años aún no había llegado y fue cuando me apunté. Hasta entonces no había tenido ninguna relación seria, solo algunas tonterías. Yo me divertía, jugaba a fútbol, corría en los *cars*... Siempre tenía cosas que hacer, y no te da tiempo a pensar. Yo me decía: «Si surge, pues bien, si no, vas haciendo». A ratos, sí, pensaba que quizá me gustaría tener una relación; pero, vamos, tampoco eso me causaba problemas.

Pero llega un momento en que te vas haciendo mayor y ves que continúas viviendo con los padres y que todo el mundo te dice cosas: «A ver si te echas novia». Y en la agencia es más fácil, porque te van presentando chicas hasta que puedes encontrar a alguien afín.

Fue mi hermano quien me lo dijo. No sé si vio el anuncio o conocía a alguien que había ido, no lo recuerdo bien.

¡Hola, *petitona*! Ven aquí conmigo.

MONTSE:

Hala, quédate con papá, ¿eh? Voy a hacerte la papilla.

MANUEL:

Es muy cariñosa, pero tiene hambre. Es una tragona. ¿A que sí? ¿A que te gusta mucho comer?

Pues sí, no sé si conocía a alguien que había pasado por la agencia, pero, bueno, supongo que, como él estaba ya casado y siendo más joven que yo... Además, que veía que no saldría de casa de mis padres. Es que soy diabético, y

eso te dificulta un poco. Te puede dar un bajón por las noches, y no es conveniente que esté solo.

Fui a la agencia en diciembre y antes de conocer a Montse quedé con unas cuatro, creo recordar. Pero no fue muy bien. Con la primera nos vimos tres veces, y en la tercera cita ya me lo dijo muy claro: o esto iba en serio o ya no quería ningún tipo de amistad. Y, bueno, creo que primero tienes que conocer a la persona y que la relación tiene que ir madurando.

Otra era una chica un poquito tímida, y como yo también soy algo cortado, digamos que no podía cuajar ninguna historia entre nosotros.

Venga, venga, no llores, que ya viene la papilla. Mira, mira quién viene.

MONTSE:

Ven aquí. Y no le puedo dar las cucharadas poco a poco, ¿eh? Tengo que hacerlo a toda velocidad para que se calme.

MANUEL:

Recuerdo también a una chica que no me gustó, y otra que era muy religiosa. Y luego, ya, con la señora Montse.

MONTSE:

A mí me mandó mi hermana. Y me acompañó ella, porque antes de apuntarme a esta agencia fuimos a otra. Estando aquí de vacaciones, en navidad, me llevó. Pero no me gustó cómo me atendieron. Y me dijo: «Bueno, pues busca otra». Yo le dije: «Ay, Cristina, me parece que no voy a ir». No sabía cómo quitarle aquella idea de la cabeza. Y ella: «Que sí, que sí que vas a ir». Ella vive en Castro Urdiales, y desde allí venga a insistir en que fuera. Y al final fui.

Ay, Emma, cariño. Es que además le duele la boca. Le están saliendo los dientes. Ten. Oh, por favor, qué desespero por comer.

Perdona.

Lo de mi hermana, no sé por qué. La verdad es que me quedé muy colgada, porque yo salía mucho con ella. Se casó con un chico de Bilbao y se fue al Norte. Entonces quedamos tres amigas, sin mi hermana, pero una también se casó. Y la otra empezó a tontear con el primo y yo me quedé más sola que la una.

A mi hermana le sabía mal, por eso supongo que insistió.

Imagino que sintió que me había abandonado. Bueno, la verdad es que me quedé sola, porque mis padres también se fueron para allá arriba. Es que mi

hermana no se encuentra muy bien, y cuando tuvo las niñas, que tiene dos, mi madre se fue detrás de ellas, para cuidarlas.

Entonces me quedé aquí sola. Pero sola, sola.

MANUEL:

Bueno, estaban tus tías.

MONTSE:

Sí, y salía con mi primo y con otra gente. Pero todo eran parejitas. Y la verdad es que es un rollo.

Salí con uno durante muy poco tiempo, pero, no sé si es que soy un poco rara o que no aguanto según qué cosas. Bueno, a ver, no es que sea rara. Yo salí con un chico desde los quince a los veintiún años y me salió muy mal y aguanté mucho. Y cuando se acabó la historia maduré, porque la verdad es que hasta que no corté con él ni maduraba ni nada. Y a partir de entonces lo tuve claro: lo que me había pasado con uno no me volvería a pasar con nadie.

Era un chico muy normal. Pero cuando se fue a la mili, no sé que le pasó que se volvió muy golfo. Me la pegaba cada vez que podía y, cuando lo dejamos, yo estaba buscando piso para casarnos. Me dijo que quería pensar, que no lo tenía claro. Eso fue en verano, y en enero se casó con otra. Fue un flash, más que nada por la edad que tenía yo. Era muy jovencita. Me quedé con cuarenta y cinco kilos, fumando como un carretero, bueno, me costó mucho recuperarme. Pero poco a poco lo vas asimilando y cada vez tienes más claro lo que no vas a aguantar nunca más de una persona.

Y posiblemente, algo de lo que hacía aquel chico me recordaba lo que hacía el otro. Puede, incluso, que lo radicalizara, no te digo que no. Es que te vuelves muy exigente y puedes fastidiarlo.

Ya está, cariño, ya está. Es que tendrá sueño, porque no ha dormido nada.

Lo que tenía muy claro es que lo que pasó con el primero no me volvería a pasar.

Va, Emma, va, a dormir.

MANUEL:

Nosotros nos conocimos en verano, aunque no recuerdo la fecha. Quedamos en ese cine que hay en Paseo de Gracia con Gran Vía, el Comedia. Y estuvimos tomando algo por allí. Luego la llamé y se había ido a pasar cuatro o cinco días a Castro Urdiales. Después a la vuelta, quedamos de nuevo.

Nos vimos tres o cuatro veces nada más, ¿no?

MONTSE:

Es que eran vacaciones.

MANUEL:

Exacto. Se fue de nuevo a Castro Urdiales, y yo, como me iba a Galicia, pasé por allí.

Su hermana y ella me buscaron un hotel y pasé unos cuantos días. Entonces se formalizó la cosa.

Creo que desde el principio notamos que había *feeling*.

MONTSE:

Ya ha caído dormida. Es que este es el ratito malo de ella, pero ya veis, es solo acostarla y ya está, hasta por la mañana, que se despierta con una sonrisa.

¿Qué les has contado?

MANUEL:

Que fue todo muy rápido.

MONTSE:

Nos conocimos en junio, subiste en agosto, y en enero ya te viniste a vivir aquí.

MANUEL:

Y en junio nos casamos.

MONTSE:

Y en mayo nació la niña.

Deprisa, pero es que también, con la edad que teníamos...

MANUEL:

Tampoco nos íbamos a tirar cuatro años de novios.

MONTSE:

Más fuerte fue para la familia. Sobre todo para la de él.

MANUEL:

Es que nunca habían sabido nada, de que andaba con chicas. Y les extrañó que fuera tan rápido.

MONTSE:

Sí, me acuerdo de que le dijimos a tu madre: «En junio nos casamos, Angelita». Y dijo: «Ay, ¿no tendríais que ir a vivir juntos antes?» Y él: «No, si en enero ya me voy con ella».

La dejó un poco *flasheada*, pero bien.

MANUEL:

Es que con mi problema del azúcar, se siente un poco protectora. Y no sabía si Montse iba a saber de estos cuidados, si iría bien todo.

Claro, no se lo esperaban. Pero ahora están muy contentos.

MONTSE:

Lo más normal es que conozcas a gente cuando sales a divertirte. Y la mayoría de lo que te encuentras por ahí son bastante golfos.

MANUEL:

Hombre, tampoco es eso.

MONTSE:

Manolo, yo te hablo de lo que me ha pasado a mí. La mayoría de los que he conocido así han sido golfos.

Chica, es que además parece que tengas un imán. Vas a parar siempre al que no debes.

MANUEL:

La verdad es que las chicas que yo he conocido en ambientes de discotecas tampoco han sido... puf.

MONTSE:

Y en el trabajo tampoco te muestras tal como eres, porque has de mantener la compostura. Tampoco es real.

No sé, quizá es que yo me he topado con todos los golfos porque tenía que pasar por un proceso de recuperación. Pero ha sido un proceso largo, ¿eh?, duro

y difícil.

¿Cómo es que no has puesto nada para beber?

MANUEL:

No han querido nada, solo agua.

MONTSE:

Pues sí, hasta que no apareció Manuel no he tenido mucha suerte, no. Me acuerdo de lo que dijo su hermana cuando le contamos que nos conocimos por una agencia: «Con razón sois tan iguales, porque de otro modo era imposible».

Y eso que no veas la cantidad de entrevistas que tuve antes de él. Una pasada, no paraban de llamar. Es que se me acumulaban.

MANUEL:

A las chicas les suele pasar. Las llaman mucho más que a nosotros.

MONTSE:

Pero muchos, es que era horroroso. Acababa de quedar con uno y ya me estaba llamando otro.

MANUEL:

Claro, yo lo tenía más difícil. Solo tuve cuatro citas, tú tenías más posibilidades.

MONTSE:

Al contrario, quien lo tenía más fácil eras tú.

MANUEL:

No, porque tú conocías a más gente.

MONTSE:

Pero me costaba más decidirme. Perdía la onda.

MANUEL:

Sí, pero no me digas que no es mejor la posibilidad de elegir entre treinta. Vamos, que yo he pasado la selección y con nota.

Aunque no sé que habrá visto en mí.

MONTSE:

Ay, qué tonto.

No, la verdad es que tanto como treinta, tampoco fueron, no vamos a exagerar, pero no sabía cómo montármelo. ¡Si me faltaban días para atender a tantas llamadas! Hombre, la verdad es que al principio te sube la autoestima. Pero luego te deprimes un poco, porque ves que va pasando el tiempo y que no das con la persona. Te desanimas un poco. Me apunté en enero y conocí a Manuel en junio. Y no es el tiempo que tardas, sino el conocer a tanta gente.

Ay, perdonad que atienda al teléfono.

MANUEL:

Es que vamos a coger a alguien para que se encargue un poco de la casa.

MONTSE:

Desde que nació la niña es imposible. Y eso que es buena, que duerme y no da ningún tipo de problemas. Pero con todo, un crío te absorbe demasiado. Cuando estaba embarazada, él me ayudaba mucho, pero ahora, aunque estamos los dos al pie del cañón, te faltan horas. Y esta semana he vuelto al trabajo. Se me acabó la baja maternal el lunes y no puedo, me está costando mucho adaptarme. En serio, creo que cuando se tiene un niño necesitamos un año como mínimo de baja, porque la criatura lo necesita. Pero tú también. Llevo una semana que tengo la sensación de que me voy a caer en cualquier momento. Me acuesto detrás de la niña, casi sin cenar, porque no aguanto en pie.

Bueno, me preguntabas por los que me llamaron.

Me pasó de todo.

La primera entrevista parecía una prueba de fuego. Yo, cuando lo vi, dije: «Me quiero ir, me quiero ir, porque, además, por aquí viven mi tía y mi primo, y como me vean... Yo me quiero ir».

Ay, enseguida me di cuenta de que no tenía nada que ver conmigo. A ver si me explico: el problema no era él, sino él y yo juntos. Y cometí un error de novata: quedamos para comer.

Y mi hermana que quería que le explicara las entrevistas. Tenía que apagar el móvil, porque la tía me llamaba en medio de las entrevistas: «¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Ya lo has visto?». ¡Jo, con la niña!

Ahora, eso sí, él se vendió muy bien: me dijo que era constructor, que tenía una empresa constructora, que tenía un gran coche, que tenía un piso, que tenía

un aparcamiento, que tenía un chalet. Bueno, se ve que trabajaba en la compañía de la familia. Pero yo quería a alguien más afín a mí. Es que no pegábamos ni con cola. Además, me invitaba a comer, pero luego la comida me la tuve que pagar yo. Suerte que con toda la experiencia que tenía de antes, yo siempre iba con dinero.

A partir de ahí pensé: a mí no me pillan para comer más, quedaremos en un sitio público para dar una vuelta e inventaré alguna excusa para marcharme pronto si no me va.

MANUEL:

Es que vas aprendiendo.

MONTSE:

Claro, porque quedas con alguien que no conoces para una comida y puede que llegue un momento en que ya no sepas qué decir ni de qué hablar. Porque no tienes nada que ver con esa persona.

MANUEL:

Ese problema te lo puedes encontrar.

MONTSE:

Es que, de verdad, hubo otro con el que ya no sabía qué tema sacar. A todo contestaba:

«Sí.»

«No.»

«No.»

«Sí.»

«Desde luego.»

«Claro.»

No sé, creo que la gente que nos viera debía de pensar: «Jo, esta chica, menuda chapa le está pegando al chaval, que el pobre no abre la boca».

MANUEL:

Puede ser por los nervios.

MONTSE:

No sé. Pero me sorprendió, porque era joven, y se le veía normal. Iba a

esquiar, hacía otros deportes.

MANUEL:

Pero quizá era cortado.

MONTSE:

Chico, a mí me preguntáis y yo contesto.

MANUEL:

Hombre, yo pienso en la gente que es así. En el trabajo hay uno nuevo, con un Golf GTI, y guapo. Sube en el ascensor contigo y, como no seas tú quien dice algo, nada. Y si te contesta lo hace vagamente. Creo que son personas muy tímidas.

MONTSE:

Con los que menos encajaba fueron este chico, el de la primera entrevista, y luego un fantasma que no sé para qué se apuntó a la agencia. Tenía un negocio propio también, y, en fin, ese chico no buscaba una relación seria. A mí me lo dijo. Aunque tengo entendido que a veces esa es la excusa que se utiliza para no quedar más contigo, porque no le has gustado, y al cabo de dos meses se comprometen con alguien.

Pero creo que hay formas más elegantes de hacerlo, porque yo me he citado con muchos que no me han gustado, y cuando me llamaban de nuevo, decía: «Es que he de ver a otra persona, porque tengo muchas entrevistas que atender». Me parece que lo otro queda muy mal decirlo.

También me pasó un caso muy curioso, con un chico que vive en Sant Quirze. Cuando lo conocí llevaba barba y, a medida que hablábamos, descubrimos que habíamos vivido en el mismo barrio cuando éramos pequeños. Y, además, me enseñó una foto de él cuando era más jovencito y sin barba y nos conocíamos. Fue una pasada. Nos reímos mucho aquel día. Recordando cosas. Fue alucinante.

MANUEL:

¿Y luego no volvisteis a quedar?

MONTSE:

No. Después le presentaron a otra chica que le gustó. Pero eso ya se sabe. Yo

hablé con él un par de veces más, pero por la curiosidad aquella. Si, incluso, su madre iba a peinarse a casa de mi tía. Quiero decir, una casualidad increíble. Y después le presentaron a una chica, o eso me dijo, claro, a lo mejor utilizaba la misma excusa que yo.

Pero con ese chaval me reí mucho.

No me gustaba. Para una relación seria, no. Pero hubiera conservado la amistad.

Yo he quedado con todos hasta que conocí a Manuel. Hice todas las entrevistas, y nunca descartaba a nadie porque por teléfono no me gustara. Pienso que el teléfono engaña.

Pero hice todas, todas las entrevistas. Incluso un sábado quedé con uno por la mañana, al mediodía me fui a comer a casa de mi primo y por la tarde quedé con él, con Manuel.

Fue el doce de junio aquel. Que, también, el señor es original quedando, ¿eh? ¡En la puerta del cine Comedia! Como allí no hay nadie... Busca, a las cinco o las seis de la tarde, cuando comienzan las películas.

MANUEL:

Había gente, pero no mucha.

MONTSE:

Bueno, Manolo, pero ¿cuánto tiempo estuvimos, tú mirando para un lado y yo para el otro?

MANUEL:

Sí. Yo veía a una que fumaba y pensé: me parece que me ha dicho que no fuma, no puede ser esa. Una rubia. Y no sabía si decirle algo o no. Llegó un momento en que dije: «Me voy».

MONTSE:

Y a mí me pasó igual. Dije: «Este que viene es». Y luego me di cuenta de que había quedado con tres o cuatro más para ir al cine. Bueno, pues no era.

MANUEL:

Te quedabas un rato mirando a alguien que creías que podía ser ella, hasta que llegaba otra persona y se ponían a hablar.

MONTSE:

Pero, ¿ves? Entonces ya me lo montaba bien. Por la mañana le decía al chico que tenía prisa porque había quedado para comer, y a él lo mismo, porque me esperaban para cenar. Por si acaso pasaba algo raro. Después, si veías que podía ir bien, quedabas con más calma.

Intentaba combinármelo así los fines de semana. Esta tía y mi primo procuraban que yo no estuviera mucho tiempo sola. Comía o cenaba muchas veces con ellos. Además, el doce de junio es el cumpleaños de mi madre y el trece es el santo de mi tío, y lo celebraban. Todo coincidió aquel fin de semana.

Pero, claro, aunque quedara con ellos o celebrara algo, tenía que hacer entrevistas, porque es que se me acumulaban los sobres que llegaban a casa. Y al principio esperaba a que llamaran ellos, pero llega un momento en que pierdes la vergüenza y la timidez. Dices: «Tengo que ir respondiendo y este no llama, pues cojo yo el teléfono».

No sé si hice diecinueve o veinte. Además, tenía que decir a la agencia qué me habían parecido, y a veces metía tres o cuatro respuestas en un mismo sobre.

Primero era relajado. Pero, después, cuando se acumulaban las fichas en el buzón, no sabías cómo montártelo. Y, claro, como también aprovechaba los puentes y días de Semana Santa para ir a ver a mi familia, de vacaciones, pues me faltaban días.

Además, tuve un problema, porque mis padres bajaban a veces a pasar unos días, y, claro, si llamaba un chico no pasaba nada, pero que llamaran cinco o seis diferentes a diario... Mi padre decía: «Aquí qué pasa. Nunca ha llamado nadie y, de repente, ayer tomé el recado de un José, hoy de un Juan. No entiendo nada». Yo, claro, le decía que eran amigos. Pero se extrañaban, y cuando sabía que iban a bajar concretaba las máximas citas posibles para que no sonara el teléfono con ellos aquí.

Y después no me acordaba de quién era uno y quién era otro. Pero, bueno, divertido. Al principio era muy divertido, pero después decías: «Vaya, otra entrevista. Y este, ¿cómo será? Hablará, no hablará». Hubo uno que me dijo que hacía esquí de fondo, y yo pensaba, pero este hombre cómo va a hacer esquí de fondo. ¡Si era así de gordo! Te pasan cosas curiosas. Vamos, es que no podía hacer esquí de fondo nunca en la vida.

Y uno que tenía un motel. Pregunté: «¿Un hotel?». Y me dice: «No, un motel. Un motel de citas».

También recuerdo a un chico de Sabadell, que era muy majo. A mí no me gustaba. Yo a él sí. Este chico tenía un problema. Bueno, no, no era un problema:

quería que fuéramos a lugares donde no nos pudieran ver. Y dije: «Pues, chico, busca sitios, busca, porque no sé».

MANUEL:

A ver si tenía novia.

MONTSE:

Yo qué sé.

No, si era muy majo. Pero, además, yo había pedido a la agencia hombres que no fumaran. Y él fumaba. El pobre me decía: «Cuando quedo contigo tengo que fumar, porque me pongo muy nervioso. Pero si tú me pides que no fume, lo dejo». Y yo: «Pero si yo no te tengo que pedir nada». Yo solo quería ir con alguien que no fumara, pero no obligar a nadie a dejarlo.

Al chaval se le veía buena persona. Trabajaba en una empresa donde era encargado de una línea de montaje de mujeres, y se pasaban todo el día metiéndose con él: «Luisito, a ver si te casas, a ver si te buscas una novia». Pobre, se ve que lo pasaba muy mal.

MANUEL:

Uf, eso es peligrosísimo. Como se junten ocho o diez mujeres, puaf.

MONTSE:

Él decía: «Ya me tienen frito. Yo no sé qué voy a hacer. Tengo unas ganas de tener novia para que me dejen en paz». Se ve que alguna quería presentarle a la hija o a la sobrina, porque lo encontraba muy buena persona.

MANUEL:

Te cohíbe, eso te cohíbe mucho. Ese tipo de presión es muy desagradable. Yo lo he pasado, por supuesto, como cualquier soltero mayor de treinta años.

MONTSE:

Y a nosotras también nos pasa: «A ver si te buscas un novio que te alegre».

MANUEL:

Una vez te lo tomas como una gracia. Pero cuando se ponen pesados, no lo soportas.

MONTSE:

Yo creo que ahora la presión se ejerce más sobre los hombres que sobre las mujeres. Porque muchas chicas deciden por sí mismas no emparejarse. Hasta hay algunas dispuesta a ser madres sin tener pareja. Yo misma me lo planteé en su momento. Y con los hombres da la sensación de que, si no están con una mujer, no saben defenderse.

MANUEL:

Es que podemos tener más dificultades. Pero también hay muchos chicos jóvenes que saben vivir solos.

MONTSE:

Y se espabilan. Al menos los más jóvenes. Porque con tu edad ya es más difícil, no os han educado para eso. No es una crítica, ¿eh?

MANUEL:

No, ya, si sé que es así.

MONTSE:

Aunque hay de todo. Porque ahora son las niñas las que no hacen nada.

MANUEL:

Bueno, a mí por lo menos no me viste nada raro.

MONTSE:

No, de entrada no. Te vi bastante normal.

MANUEL:

Bueno, no te dije nada de lo que tenía, pero tampoco te vendí la película.

MONTSE:

No, pero quedamos dos o tres veces hasta que me lo dijiste.

¡Me pegó un susto!

Fuimos al cine, y me dijo: «Yo te tengo que decir una cosa». Y pensé, anda, ahora estará separado o tendrá un hijo por ahí. Algo pasa. Y cuando me explicó lo que era, dije: «Bueno, eso no es nada».

MANUEL:

Es que para mí la diabetes era un problema. Yo no sabía cómo podía reaccionar.

MONTSE:

¿Ves? Para él era un problema, mientras que mi mente iba por otro lado, porque siempre había topado con lo mismo.

MANUEL:

Y fue muy fuerte que no le diera importancia.

MONTSE:

No, si no es que no sea importante. Pero hay que tener cuidado y ya está. Tiene que llevar un control, una vida ordenada.

Pero problema, ninguno.

MANUEL:

Para mí, sí, siempre lo fue.

De hecho, era uno de los motivos por los que me costaba relacionarme. Siempre vivía con la obsesión de cómo influiría esto en mi pareja. Supongo que era un complejo.

Me lo diagnosticaron con diecisiete años, la edad en que estás empezando a vivirlo todo, y para mí fue un trauma. Creo que no llegué a asimilarlo hasta los treinta. Fue muy duro. Cuando tonteaba con alguna chica, no lo contaba, me lo tomaba como algo muy personal. Ni siquiera lo sabían algunos de mis amigos.

MONTSE:

Que por otra parte es un peligro, porque le podía dar un bajón y no habrían sabido qué le pasaba ni qué hacerle.

MANUEL:

Para mí era como si yo fuera inferior a los demás, por eso intentaba que no lo supieran. Y eso influía en todo.

MONTSE:

Imagínate, que te vayas un fin de semana con él y que de repente se ponga a sudar, con uno de esos bajones. Si no sabes de qué va... Al principio de estar

aquí le daban muchos. Ahora no, gracias a Dios.

Además, para mí no era un problema, porque yo estaba trabajando con un chico que tiene lo mismo que él. Y eso sí que es grave, se caía continuamente. Y quieras que no, ya no me impresionaba, porque a ese muchacho le daban los bajones muy seguidos y estaba acostumbrada. Ahora trabaja en otro departamento y, cuando le da, vienen a buscarme porque yo le hacía reaccionar rápido y saben que mi marido tiene lo mismo.

En fin, es una enfermedad crónica que hay que controlar. Y ya está, el conflicto sería que fuera un descontrolado.

MANUEL:

No es el caso.

MONTSE:

Y después de decírmelo, me iba de vacaciones a Castro Urdiales. Pero mi hermana vino antes. No lleva muy bien el frío de por allá. Me dijo que necesitaba sudar, sudar por las noches, que se venía en avión con la niña para estar una semana aquí, y que luego nos íbamos en coche.

Fue cuando se lo presenté. Habíamos quedado para ir al zoo y él le hizo una sesión de fotos a la niña. Le gusta mucho las fotografías. Que os enseñe las que hizo en Austria, cuando fuimos el año pasado.

Después nos fuimos para el Norte y él se vino detrás.

MANUEL:

Nunca me dijiste qué comentó tu hermana de mí cuando me conoció, qué impresión le causé.

MONTSE:

Pues, nada. ¿Sabes qué me dijo?: «Ay, Montse, si te casas con este chico, se tendrá que cambiar de coche, porque en este tan pequeño no va a caber una silla para un bebé».

MANUEL:

Ya ves, a mí que ni se me había pasado por la cabeza tener un niño.

Ahora, sí. Su hermana tenía razón. Y tanto que tenía que cambiar de coche.

CONFIDENCIAS EN EL FORO

Mensaje que originó la charla:

«Me siento sola»

Enviado por solitaria67 el 14 de febrero a las 19:07

Hola a todos:

Escribo a mi familia virtual, que sois todos vosotros porque me siento muy mal. Tengo 34 años y todo el mundo me dice que soy una mujer atractiva, culta e inteligente. Sin embargo, yo tengo la sensación de que nadie se acerca a mí, de que los hombres me rehúyen. Creo que algo raro me ocurre. No consigo encontrar pareja. Estuve casada durante unos años y, después de separarme, he tenido un par de relaciones serias, aunque no han durado mucho tiempo.

Confieso que tengo un terror absurdo al compromiso. Y, por otra parte, me muero de ganas de conocer a un hombre que me quiera, con quien formar una pareja estable.

La promiscuidad no me va. Así que apenas tengo relaciones, porque ni puedo mantener un compromiso con nadie, ni quiero estar con una persona sin tener ese compromiso. ¿Alguien me entiende? Porque yo no puedo, y estoy muy asustada. El tiempo pasa, los años vuelan, la vida huye, y yo me siento cada vez más sola y asustada.

Me gustaría saber si alguno de vosotros se siente así, o se ha sentido de este modo alguna vez. ¿Soy un bicho raro o hay otras personas como yo ahí fuera?

Os pido ayuda y consejo, si podéis dármelo. Gracias anticipadas.

Responder

Respuestas:

«Bienvenida al club»

Enviado por agridulce el 14 de febrero a las 19:40

Hola, solitaria:

Tranqui, porque no eres tan rara. A mí me pasa tres cuartos de lo mismo. Aunque tengo que reconocer que mi vida afectiva es mucho más agitada. Siempre tengo algún lío, pero no me satisface. Cuando estoy con un hombre me entra el canguelo y me vuelvo antipática para no llegar a más. Después, cuando rompemos, me siento triste, porque creo que tengo un problema que me impide enamorarme.

Yo también quisiera tener una pareja estable. Tengo mucha facilidad para ligar, para entablar conversación con gente, pero supongo que no sé intimar.

Puede que se trate del miedo a que nos hagan daño, porque yo también estuve con alguien durante ocho años, y no supe quién era ese hombre realmente hasta que me separé de él. Cuesta asimilar que has vivido con los ojos vendados, y eso hace que te vuelvas desconfiada.

Te explico mi experiencia para que veas que hay más gente como tú. No eres un bicho raro. En cuanto a los consejos, me parece que yo también los necesito, ¿no crees?

Responder

«Gracias agridulce...»

Enviado por solitaria67 el 14 de febrero a las 19:52

Siento mucho lo que te pasa, pero no puedo evitar que me consuele saber que otras personas andan igual que yo.

Pero existe una gran diferencia entre nosotras: al menos, tú lo intentas, te enrollas con alguien y después lo dejas. Pero yo ni siquiera doy ese paso. Es más, huyo de los hombres. Soy antipática de entrada, para que ni se atrevan a hablarme.

Responder

«Hombre al habla»

Enviado por aitor66 el 14 de febrero a las 20:02

Hola solitaria:

Nosotros también somos muy complicados, y comprendo que no sepáis qué

hacer. Dices que eres atractiva e inteligente. Pues bien, en primer lugar, muchos hombres juzgan a una mujer por el físico y la rechazan sin conocerla cuando su apariencia no les gusta. Después, dan por sentado que si es guapa, tiene que ser tonta o antipática. Si, encima, también es inteligente, sienten miedo o les fastidia que su novia sea más lista que ellos. Otros temen que si su pareja es tan atractiva, les abandone por cualquiera con facilidad.

Me parece que tú entrarías rápidamente en la categoría de antipática para muchos hombres, porque eres guapa, pero nos evitas, así que mucho me temo que te pueden colgar ese letrero tan espantoso de «mal follada», como se dice por aquí. Y perdón.

Intenta perder ese miedo a hablar con nosotros, o van a creer que eres una creída. Supongo que actúas así para que no te hagan daño, pero ya ves cómo te sientes: muy sola. Normal. Sé natural, y simpática, pero sin pasarte de simpática porque enseguida te cuelgan otro letrero, tan feo como el anterior. Los de mi sexo se confunden con facilidad, pensarán que quieres ligar con todos.

Quiero decir que tienes que seguir tu vida sin preocuparte demasiado por este tema, perdiendo el miedo a hablar con la gente, siendo agradable, lanzándote a entablar conversación con alguien que no conozcas, tanteando el terreno que pisas para averiguar si ese hombre te da palique porque eres simpática o porque quiere sexo. Y el día menos pensado pasarás de ser amiga de alguien a estar enamorada. Ya lo verás. A mí me ha pasado ya un par de veces. Al igual que tú, sufrí por culpa de una relación y sentía pánico de las mujeres, no me atrevía a acercarme a ellas. Después comencé a ser yo de nuevo, a mostrarme simpático. Un día descubrí que tenía una buena amiga, y después noté que me moría de ganas por coincidir con ella en la universidad o donde fuera, que contaba las horas que faltaban para verla. Y se produjo el milagro, sin buscarlo.

Espero que mis palabras te sirvan de algo. Chao.

Responder

«Gracias aitor...»

Enviado por solitaria67 el 14 de febrero a las 20:30

Gracias por tu respuesta. Intentaré seguir tus consejos, pero fíjate cómo actúo que hasta en el gimnasio me he apuntado a las horas en las que sé que no hay hombres.

De todos modos, creo que reconocer que tengo un problema ha sido un gran paso por mi parte.

Un abrazo.

Responder

«Agencias matrimoniales»

Enviado por ruth el 14 de febrero a las 20:34

Hola solitaria:

Qué *nick* tan triste te has puesto, chica. Te escribo por si mi experiencia personal te sirve de algo.

Yo también salí con un chico durante tres años y fue la relación más larga de mi vida. Después he tenido muchas historias cortas, porque ellos eran incapaces de comprometerse. Al principio parecía que tenían interés en mantener una estabilidad. Pero era pura fachada. Así que me volví desconfiada, como te ha sucedido a ti y a otras personas que responden en esta charla.

La verdad es que tampoco tenía un comportamiento tan extremo como el tuyo. Tengo muchos amigos y amigas, y mi relación con ellos me ha ayudado mucho. Una de mis amigas me convenció para que me apuntara a una agencia matrimonial. Insistió mucho, me decía que alucinaría si descubriera cuántas y qué parejas se han conocido así. Finalmente cedí.

Hace un año que salgo con Mikel. Quedé con él después de varias citas. Conocí a muchos chicos por la agencia, y creo que lo mejor de todo es que, en aquel entonces, yo disfrutaba de mi vida de soltera. Quiero decir que es importante estar bien con una misma y que, después, cuando conoces a alguien que vale la pena, te animas a emparejarte para estar aún mejor. Me parece que eso es lo importante, que aprendas a disfrutar de tu vida actual, de lo contrario te va a atacar la ansiedad y la depresión.

Espero haberte ayudado. Ruth.

Responder

«Gracias por tu interés...»

Enviado por solitaria67 el 14 de febrero a las 20:50

Gracias por tu interés, Ruth, pero yo no me veo en una agencia matrimonial. Te doy la razón en cuanto a sentirme bien conmigo misma. De todos modos, creo que la gente que va a un sitio así debe de estar peor que yo. No lo digo por

ti, perdona. Pero imagino que es gente con falta de recursos personales, ¿no?

Responder

«Lugar casoso»

Enviado por cuore el 14 de febrero a las 20:57

Hola. Acabo de entrar en el foro y he leído vuestra charla. Me parece que yo estoy pasando por algo similar a lo tuyo, solitaria, pero Ruth, ¿eso de las agencias matrimoniales no es algo casoso?

Responder

«Para nada»

Enviado por ruth el 14 de febrero a las 21:10

De ningún modo, cuore. Mi amiga tenía razón: te sorprenderías mucho si conocieras a las personas que se apuntan y a las parejas que se han conocido así. Yo tengo 34 años, soy pedagoga, y me considero una persona jovial y divertida, amante de los deportes al aire libre y de pasar buenos ratos con mis amigos. Vivo sola, pero mi casa está siempre llena de gente.

El día que llamó Mikel tenía fiesta en mi piso. Mi perrita se había perdido, y me la trajeron a casa con todo lo necesario para celebrar su reaparición. En medio de aquel jaleo recibí su llamada. Supe que encajábamos porque estuvimos hablando durante una hora larga. Cuando nos conocimos nos gustamos y comenzamos a salir después de un tiempo de quedar como amigos. Decidimos tener calma. Fue así de sencillo, ¿te parece muy diferente de una historia sentimental normal y corriente? ¿Crees que es algo casoso?

Responder

«¿Y cómo es él?»

Enviado por antonia el 14 de febrero a las 21:20

Hola. Tengo una amiga en España que también se ha emparejado a través de una agencia para encontrar pareja. Me gustaría saber algo más sobre los hombres que se apuntan. Aquí, en Chile, también funcionan bien, al parecer. Me gustaría,

Ruth, que me contaras algo más de tu novio y de los hombres que conociste.
Gracias,
Antonia

Responder

«Hay de todo»

Enviado por ruth el 14 de febrero a las 21:30

En una agencia puedes encontrar lo mismo que hay en la calle, es un reflejo de la sociedad actual. Esa fue mi conclusión. La ventaja es que tienes la seguridad de que esos hombres buscan lo mismo que tú: una estabilidad. Y que no te va a pasar lo que a mí me ocurrió con anterioridad.

Mi pareja es un hombre atractivo, y no lo digo yo únicamente. Está separado y tiene dos hijos. Conocí a otros separados, solteros y algún viudo. Si me hubiera dejado guiar únicamente por su ficha, te diría que no me habría arriesgado a llamarle, porque es ejecutivo en una empresa, tiene unos ingresos bastante altos y señalaba el desorden como única característica que no le gustaba en la pareja. Si buscas a una persona desordenada, aquí me tienes.

Pero, por suerte, los dos estábamos abiertos a dar una oportunidad a los demás y así nos conocimos.

Por supuesto, no hay nada perfecto. A él le gustaría, por ejemplo, que me arreglara más, yo no me desvivo por los trapitos. El día que tuve la primera cita tenía a mis amigas en casa, rebuscando en mis armarios. No sé si querían «vestirme para matar» o qué. Pero te aseguro que no encontraron nada que para ellas fuera adecuado. A mí me gusta llevar tejanos y suéteres cómodos.

Bueno, no sé qué más contar, porque tampoco sé qué quieres saber. Espero vuestras preguntas.

Responder

«Vida urbana»

Enviado por single el 14 de febrero a las 21:39

Hola chicas, porque veo que, a excepción de Aitor, este parece un problema casi exclusivo de las mujeres, y creo que es una visión errónea.

Ruth, por ejemplo, habla de sus anteriores relaciones y dice que los hombres con los que salía eran incapaces de comprometerse. Yo no sé si era mala suerte o que ella misma atraía a tipos así. Lo que sí sé es que somos muchos los treintañeros que vagamos por nuestra ciudad en busca de la media naranja. Con el éxito de personajes como Bridget Jones y las chicas de *Sexo en Nueva York*, parece que se trate solamente de una preocupación femenina. Pero yo creo que no es así, y que es nuestra vida laboral y urbana la que influye mucho en que este fenómeno se produzca.

Actualmente necesitamos concentrarnos en nuestras carreras profesionales durante muchos años, los mejores, para encontrar una estabilidad en el trabajo, y después te das cuenta de que has dejado mucho en el camino, que te has alejado de tus grupos de amistades, de la familia, a veces, y que te sientes perdido. No sabes por dónde empezar para encontrar a la persona que dará sentido a tu vida.

La ciudad parece ofrecernos muchas oportunidades, pero eso es un espejismo. Necesitamos a alguien que nos introduzca para comenzar el ritual de búsqueda de pareja.

Creedme, chicas, nosotros nos sentimos igual de aislados.

Responder

«A Ruth»

Enviado por solitaria67 el 14 de febrero a las 21:40

Hola de nuevo. Dices que tu pareja es separado, y ese es otro de mis miedos. Si conozco a alguien que haya roto con la pareja comienzo a plantearme qué le habrá hecho, si le habrá causado daño, como me lo hicieron a mí. Sé que son prejuicios, pero ¿cómo evitarlos?

Responder

«Para single y solitaria67»

Enviado por ruth el 14 de febrero a las 21:47

Single:

Tienes toda la razón. Por eso tienen tanto éxito los clubes de amistades, las agencias matrimoniales y los contactos por internet.

Puede que los hombres con los que me relacioné anteriormente no fueran los

adecuados porque tampoco yo estaba en condiciones de atraer a nadie que quisiera echar raíces. Pero es cierto que en la agencia conocí a unos cuantos, algunos con treinta y tantos y solteros, que habían pasado por lo que tú comentabas.

Solitaria67:

Es natural que te pase esto ante un separado. Quizá tienes que darte tiempo. Ya te lo comentaba antes, que la pareja aparece cuando una se encuentra bien consigo misma, cuando menos lo buscas.

Si me hubiera encontrado en tu situación, no habría salido con Mikel. Él me confesó que su matrimonio iba de mal en peor y que tuvo una historia con otra persona antes de romper. Esto le hizo entender que no podía continuar engañándose. Supongo que con una confianza como esta, alguien como tú echaría a correr, le rechazaría sin darle una segunda oportunidad. Yo, en cambio, pensé que se la merecía, que nadie puede asegurar que jamás sería infiel, y estoy segura de no haberme equivocado.

Curiosamente, él fue a la agencia animado por una persona que no se atrevió a romper su matrimonio. Mikel asistió a un curso sobre liderazgo, de esos que dan para ejecutivos, y allí conoció y se hizo amigo del profesor. Las clases tomaron derroteros inesperados, indagaban en temas más personales que empresariales y eso le gustó. Imagino que, tras la separación, atravesaba un periodo de reflexión y aquello le iba bien. Su profesor le explicó que su relación conyugal no funcionaba desde hacía tiempo y que una de sus alumnas tenía un negocio de agencias para encontrar pareja donde quizá podría dar con una persona más adecuada. En fin, como ya te he dicho, el profesor no se ha separado, a pesar de que ha tenido ocasión de averiguar cómo lo lleva Mikel. Me parece que fue su conejillo de Indias. Yo creo que hay que ser valiente para dar el paso de la ruptura, y también hay que serlo para explicar lo sucedido con la sinceridad que él lo hizo. Eso es algo que valoro mucho.

Por lo demás, no me puedo quejar de la relación que tengo con sus hijos. Somos buenos amigos.

Responder

«Vivir juntos»

Enviado por agridulce el 14 de febrero a las 22:00

Ruth, si tan bien os va todo, ¿por qué no vivís juntos? Por lo que veo aún no os habéis decidido.

Responder

«Estamos bien»

Enviado por ruth el 14 de febrero a las 22:05

Supongo que todo llegará a su debido tiempo. Ahora estamos bien así. Eso de que sea tan extricto con el orden es algo que me altera un poquitín, pero, por lo demás, pasamos más tiempo juntos que separados. Me parece que la convivencia llegará de forma natural. ¿Qué tal si nos encontramos en el chat?

Responder

«Vale»

Enviado por agridulce el 14 de febrero a las 22:13

De acuerdo.

Una última cosa, solitaria67, si eres de Madrid, en el foro de amistades, hemos formado un grupo que ya se ha reunido alguna vez. En principio, volveremos a vernos el primer domingo de marzo, pero colgaremos la dirección y la hora unos días antes. ¿Por qué no te apuntas?

Responder

«OK»

Enviado por solitaria67 el 14 de febrero a las 22:17

Estupendo. Efectivamente, soy de Madrid. Ya me pasaré por el foro para buscar la dirección. Ahora solo me falta valor para acudir a la cita.

Muchas gracias a todos. Realmente, sois una familia más que virtual.

Responder

EL HOMBRE DE LAS MONTAÑAS

Mientras escuchaba cantar a su hijo, Mati observaba a Álvaro de reajo y se preguntaba si en este mundo todo, absolutamente todo, estaría regido por caprichosas coincidencias.

Se asombraba, por ejemplo, de que aquel hombre no solo amase la zarzuela, sino que pudiera seguir la letra, incluso, de la que esa tarde se interpretaba sobre el escenario de aquel pequeño teatro de barrio.

Era *La leyenda del beso*. Y allí estaban, escuchándola, dos personas cuyas vidas habían evolucionado de forma paralela, unidas por lugares visitados en las mismas épocas, por ciudades en las que ambos habían residido durante años sin acertar a encontrarse.

Pero por muchas coincidencias que existieran entre ellos, en absoluto pensaba la mujer que Álvaro sería aquel hombre de quien Douglas le habló hacía apenas un par de meses. No, ese hombre no podía llegar a su vida en una cita a ciegas.

Aquella noche, la de la predicción, parecía muy tranquila. Los últimos clientes acababan de marcharse y Mati estaba decidida a recoger cuando entraron tres jóvenes con ganas de jarana. Ella los reconoció enseguida, como también reconoció la trifulca que traían de la calle consigo aquellos rostros rígidos y ofuscados.

—No me vengáis con peleas ¿eh?, que no quiero broncas aquí. Ya os lo tengo dicho.

Aún no había acabado de hablar cuando el cuerpo de uno de los chicos se precipitó sobre la mesa y ésta trazó un rápido movimiento hasta chocar con la puerta del restaurante. El otro lo agarró por el cuello del anorak, antes de que pudiera responder al ataque, y le hincó la rodilla en el vientre.

La figura de Douglas apareció entonces abriendo la puerta de entrada y arrastrando con ella la mesa hasta devolverla a su lugar de origen. Mati respiró aliviada.

—Es cosa de magia, tú. No sé cómo te las arreglas para adivinar cuándo hay follón aquí —dijo Mati después de que el escocés despachara a los muchachos.

Douglas era íntimo de la familia desde hacía un par de años. Trabajaba en la zona como comercial de productos de limpieza y era extraño que no apareciera casi a diario para disfrutar del menú casero que ofrecía Mati.

—¿Y tus hijos? —preguntó él.

—Hoy no ha podido venir ninguno.

—Bueno, ya es hora de cerrar ¿no? Venga, te echo una mano.

Colocaron las sillas boca abajo, sobre las mesas. Douglas barrió mientras ella limpiaba la superficie de la barra y dejaba preparada la máquina del café. Se quitó la bata y peinó sus cortos cabellos con los dedos.

El ruido de la persiana al bajar asustó al silencio, ese que se apropia de las calles a la hora de la cena. El escocés acompañó a la mujer hasta la puerta de su casa, junto al reformado castillo de la ciudad. Sentados en uno de sus muros estaban los quinquis de la pelea, liándose un porro.

—Ya verás —dijo Mati al verlos—, mañana volverán como si nada. Estoy cansada de hacer de madre de todos ellos. Al principio me sentía bien. Los he visto crecer, son hijos de mis vecinos. Pero te aseguro que no puedo más. El otro día querían jugar al tres en raya con coca y, además, me animaban a participar: «Venga, tía, que con esto pierdes una de kilos que te cagas».

—¿Sabes Mati? Tú te casarás con un hombre que vendrá de las montañas.

Mati rió.

—Pero mira que eres iluso. Yo ya he estado casada. Y no quiero más cambios en mi vida, ¿sabes? Además, para qué. A veces los cambios llegan para que todo siga igual que antes.

—No, igual no. Él será diferente.

—Sí claro. Un día entrará Humphrey Bogart en mi bar e intercambiamos los papeles. Él hará de Ilza, yo seré Rick y ambos interpretaremos ese final de *Casablanca* que nunca se llegó a filmar.

Douglas puso cara de reproche.

—No necesito a nadie —intentó disculparse Mati—. Me basta con lo que tengo. Con mis cuatro hijos, contigo, con los amigos que tanto me habéis ayudado.

—Pero no es lo mismo. Ya sabes a qué me refiero. Hasta los chicos te lo dicen.

—Mira Douglas, fíjate bien —Mati señalaba el contorno de uno de sus ojos—. ¿Ves este par de surcos? Profundos, ¿eh?

Después se llevó la mano al cabello y apartó unos mechones.

—¿Y estas canas? Sí, no pierdas de vista las raíces. ¿Crees que son propias de mi edad? ¿O que se deben a una herencia genética?

Douglas se encogió de hombros.

—Pues no, chico. Esto me lo he ganado yo cargando con ese infeliz que tuve por marido. ¿Quieres envejecer pronto? Escoge a la pareja equivocada y ya verás

cómo las que a estas horas tenían que ser unas leves arrugas de expresión tienen la profundidad del cañón del Colorado. Y, a pesar de eso, todos os empeñáis en que me lance en busca de mi media naranja. ¿No crees que debe de haberse podrido?

Mientras subían ya la cuesta junto al castillo, el escocés se rascó su barba pelirroja con expresión pensativa.

—Bueno, ahora que vas a cerrar el restaurante se te acabarán unos cuantos problemas.

—Sí, y mañana, cuando firme la sentencia de divorcio tiraré de la cadena, como dicen mis hijos.

Vieron luz en las ventanas de la casa.

—Los chicos han llegado —dijo Mati—. Pasa a saludarles.

Douglas aceptó la invitación. Le encantaba contemplar cómo los chavales achuchaban a su madre, la besuqueaban y pellizcaban.

—¿De qué te extrañas? —le había preguntado Mati una vez—. ¿Es que en tu familia la gente no se abraza y se besa?

—No, nunca —respondió él.

Debe de ser la cultura escocesa, pensaba ella.

A las diez de la mañana del día siguiente estampaba Mati su firma en los documentos que la divorciaban de su ex.

—Ahora ya eres libre —dijo el abogado—. Puedes casarte de nuevo.

—Déjate de tonterías, Jaime. No sé qué os pasa a todos. Mis amigas, Douglas, mis hijos y, ahora, tú. ¿Es que no me veis? No puedo estar más gorda de lo que estoy. Y paso de arreglarme. No quiero gustar a ningún hombre. Con ir limpia, tengo bastante. Mi vecina se metió el otro día con las batas que me pongo para trabajar: «Ay, Mati, hija, ¿es que no las hay más feas en la tienda?» Pues no, no las hay, esas son las que yo elijo, las más horribles.

—Bueno, bueno —insistió el abogado—, esa es la apatía del principio. Todos los separados dicen lo mismo. Ya veremos qué me cuentas cuando hayas pasado página de verdad.

—Pero, ¿tú sabes lo que hay ahí fuera? El otro día se me ocurrió pisar uno de esos *bailes* a los que van mis amigas. Había un tío que no sé por qué motivo no me quitaba ojo. Cuando me fijé en sus piernas, me di cuenta de que llevaba calcetines de medias, ¡cómo los que nos ponemos nosotras! Y en tono granate. Según Lourdes, otra separada que iba conmigo, eso es lo que se ponen ahora los ejecutivos. Yo no sé, pero cuando se me acercó para que bailara con él, creí que

me daba un pasmo. No puedes imaginarte cómo olía a sudor, y con la mezcla de quince litros de colonia. Ni te cuento.

Ya en la calle, la mujer arrastró sus pasos hacia el metro. Pero se detuvo al cazar al vuelo la conversación de dos mujeres que se saludaron junto al semáforo donde Mati esperaba para cruzar.

—¿Ya estás de vuelta?

—¡Qué va, hija! *Pa'llá* iba. Pero han dicho por el *artavó* que la línea cinco no va, y toda la gente *s'ha tenío que bajá*.

Mati no estaba segura de llevar suficiente dinero para el taxi, pero el veranillo de San Martín la tenía demasiado sofocada como para esperar el autobús. Rebuscó en el bolso y, al sacar la cartera, cayó al suelo una tarjeta. La recogió y leyó las señas.

SamSara

Agencia matrimonial

Avenida Diagonal, 538 – Principal, 2ª

Barcelona

Al alzar la vista advirtió que una lucecita verde se acercaba y levantó el brazo. Pero el taxi pasó ante ella y paró unos metros más allá para recoger a una rubia esbelta con un vestido de estampado felino. Mati intentó abordar la situación con calma y sin berrinches. Pensó, sin inmutarse, «que se mueran las flacas», y comenzó a abanicarse con la documentación del divorcio.

Diez minutos después, el chófer que atendió a su señal ponía rumbo al centro de Barcelona. Recordó el día que acompañó a su amiga Celia a apuntarse en la agencia. Sentía curiosidad por conocer su funcionamiento. ¿Qué clase de gente acudiría a un lugar como ese?

—Pues gente como yo, ¿no? —comentó la amiga—. Porque, digo yo, que si a mí se me ocurre, será que a otras personas tan normales como yo también se les pasa esa idea por la cabeza.

El taxi llegó a Balmes, donde se hallaba la consulta del dentista, que ocupaba uno de los pisos antiguos del Ensanche, acondicionado y reconvertido en oficina y clínica. Pisos, la mayoría, de pasillos largos y techos altos, sombríos y desangelados muchos, luminosos y de marcado estilo modernista otros. El del

doctor Sarró era uno de estos últimos. Mati adoraba las vidrieras de sus ventanales, a pesar del trabajo que daba limpiarlos. Ella bien lo sabía. Trabajó durante cuatro años en la clínica, antes de abrir el restaurante.

—No sabía que venías hoy —saludó la mujer del doctor—. Ayer mismo hablaba sobre ti con mi hermano.

—¿Cómo está?

—¿Mi hermano? Estupendamente. Esta tarde se marcha a Noruega, a otro congreso de psiquiatría. Pero esta vez le acompaña mi cuñada. Han pensado que los chicos ya tienen edad de ser autosuficientes.

—¿Los han dejado solos?

—Pues, sí. A mí me parece muy bien, la verdad. Tienen que aprender a espabilar. Pero no te imaginas cuánto se lo han pensado. Sobre todo mi hermano que es tan protector. Y eso que es psiquiatra. Por eso hablábamos de ti, si no fuera porque tienes el restaurante, te habrían llamado para que te encargaras un poco de ellos. Al menos de la cocina. Contigo comían de todo.

—Estoy a punto de cerrarlo. De todos modos, siempre puedo cocinar para ellos en el mismo restaurante.

—¿Aún te molesta?

—¿Quién?

—Tu marido.

Mati no quiso mencionar el divorcio. Teresa, la mujer del dentista, tenía por costumbre hurgar en la vida de los demás tanto como su marido lo hacía en la boca de los clientes.

—Qué va. Hace siglos que no pasa por el bar.

Una filipina de edad madura salió de la estancia contigua al recibidor. Llevaba consigo una bandeja y el tintineo de las tazas.

—Voy a tomar café. ¿Qué vienes a hacerte?

—La limpieza anual.

—Pues aprovecha ahora, antes de entrar en la consulta, y toma una taza.

—No, Teresa, gracias, pero me he acostumbrado a tomar una cafetera entera cada mañana antes de salir de casa, y después ya no lo pruebo en todo el día.

La filipina entró de nuevo en la cocina sin decir palabra.

—El café, como el tabaco, son grandes amigos de los odontólogos —bromeó Teresa mientras llenaba una taza del negro colega de los dentistas.

Mati le rió la gracia sin demasiadas ganas. Por motivos que no acertaba a explicar, la mujer del doctor Sarró le producía una extraña repulsión que la forzaba a mantenerse distante. Teresa iniciaba el esbozo de una sonrisa para

arrinconarla en algún lugar recóndito antes de completar el dibujo. Ese lugar y lo que en él se escondía animaba a Mati a huir con sigilo de su lado. Todo lo contrario a lo que le sucedía con su hermano, el doctor Soler, psiquiatra en cuya casa encontró refugio y armas para manejar al marido.

Se abrió la puerta de la consulta y de ella salió un joven que intentaba encontrar algo de tacto en la zona izquierda de su mandíbula.

—¿El servicio, por favor? —preguntó.

Mientras le indicaban, Mati entró en la consulta.

Con la boca ya limpia, y allí, tan cerca de la finca de la avenida Diagonal que indicaba la tarjeta, no pudo resistirse y empujó sus piernas hasta el portal donde se encontraba la oficina.

Cambió de idea ante el reflejo de su figura en los cristales de la entrada.

Pero la soledad de aquella noche fue un factor decisivo en el posterior desarrollo de los acontecimientos. Todos los chicos tenían planes y no había nada que la entristeciera más que sentarse a cenar y sin compañía una pizza congelada.

Así que a la mañana siguiente regresó a Barcelona con el firme propósito de buscar pareja.

Pronto se desanimó.

—Me salen cuatro —dijo Eva, la joven que la atendía, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—¿Cuatro? Pues no hay mucho donde escoger, ¿no?

—Bueno, hay épocas del año en las que se apuntan más personas. Otoño es una de ellas, porque deciden no pasar otras vacaciones a solas. Pero ahora mismo no veo que haya muchos clientes afines a usted.

—Vaya. Supongo que tampoco me ajusto a los deseos de muchos de los apuntados.

Eva se puso un poco nerviosa.

—Los que vienen con demasiadas exigencias tienen más problemas para comenzar algo.

—Ya, tengo que esperar a que alguno de esos cuatro quiera descubrir a la maravillosa mujer que hay en mí.

Eva la miró aturdida y triste. Mati no quería perturbarla.

—No te preocupes, mujer, estoy bromeando. Me miro en el espejo y sé lo que veo en él. Las Gracias de Rubens no están de moda, pero he venido a arriesgarme.

Mati cogió los folios donde quedaron impresas las fichas de los cuatro hombres. Los ojeó y se detuvo en el tercero.

—Huy no, un empresario no, y menos de Puigcerdà. Eso es demasiada clase para mí. Me sentiría incómoda.

—¿Lo ve? No le conoce, jamás lo ha visto ni hablado con él, y ya está poniendo pegas. A eso me refería. De todos modos estamos en octubre y esto se llenará de clientes ahora. Vendrán muchos más.

—Bueno, está bien, déjales mi teléfono, o envíaes mi ficha. En fin, lo que hacéis normalmente.

Lo que hacían normalmente era enviar por correo las fichas de personas que ellos consideraban afines a cada cliente, y este se encargaba de contactar o de esperar a que llamaran.

Ella dejó que fueran los otros quienes marcaran su número, para rechazar después cualquier propuesta. Fueron más de una docena, pero uno le pareció insulso, otro demasiado presuntuoso, alguno iba de listillo y, por fin, fue Carmen, la propietaria de la agencia, quien se decidió a llamarla:

—¿No quieres que quedemos para charlar? A veces una no está en su momento de encontrar a la persona. Si, como mínimo, hubieras quedado con ellos, lo entendería. Pero ni siquiera eso.

—Es que, no sé —titubeaba Mati en el despacho donde conversaron con calma—. Supongo que tengo miedo. Y tengo motivos, ¿sabes? Mi ex marido gastaba cuanto ganaba en putas y en el juego. Bebía. Y cuando perdió el último trabajo, se negó a dar golpe. ¿Sabes qué me decía en la misma maternidad, recién parida? Que debería hacerles a mis hijos la prueba de paternidad.

—¡Qué horror! Pero no puedes creer que todos sean así. O que lo sea todo hombre que aparezca en tu vida.

—Ya, ya lo sé.

—Además, me dijo Eva que son tus propios hijos quienes te animan.

—Sí, creo que me quieren jubilar. El mayor se va a independizar ya. Y los otros, bueno, imagino que tienen miedo de dejarme sola. Pero, por otra parte, tendría que ser un hombre que se llevara bien con ellos. Eso lo tengo muy claro.

—¿Y por qué no va a ser así?

—Además —confesó Mati—, creo que me rechazarán. Por mi aspecto, quiero decir. Solo pido una oportunidad. Una oportunidad para ser feliz, y no sé si podría soportar algunas situaciones. Soy una mujer fuerte, pero con límites. Me han contado que algunos quedan con la persona y, cuando la ven, se dan la vuelta y la dejan plantada. Ya estoy harta de que me traten como si fuera un

trapo. No he venido aquí para eso.

—Mati, no voy a engañarte. La mayoría de los hombres no andan a la búsqueda de la belleza interior. Pero también hay algunos que han sufrido, tanto como puedes haber sufrido tú, y que no buscan a una joven despampanante que les cure la pitopausia.

—Lo intentaré —dijo Mati a modo de rendición—, pero no prometo nada.

Álvaro, el empresario de Puigcerdà, llamó en diciembre.

—¿Diga?

—Hola, ¿puedo hablar con la señora Matilde...?

—Yo misma.

—Ah, mira, que llamo de la agencia.

—¿Quién eres?

—Álvaro, vivo en Puigcerdà.

—Ah, sí, el empresario viudo.

—¿Ya tengo mote?

—A falta de una cara con la que asociarte —se excusó Mati.

—Tengo un pequeño negocio con el que consigo vivir por mi cuenta, pero nada más. No quiero que te imagines lo que no es, porque en realidad soy pintor, sencillamente.

—Yo no me he imaginado nada —mintió ella.

—Es que en tu ficha también pone que eres empresaria, y no sé, quizá no estoy a tu nivel.

—¡A mi nivel! ¿Quién te crees que soy, una Koplovich? Pero si no tenía más que un pequeño restaurante, de esos de menús de mediodía. Y ya lo he cerrado.

—Es que con estos datos uno va a ciegas —respondió Álvaro—. Creo que será mejor que nos veamos y salgamos de dudas, ¿no te parece?

Mati vacilaba. Hasta el momento ninguno de los que habían llamado despertó en ella deseos de conocerlo. Con Álvaro sentía curiosidad. Además, las dudas que también adivinaba en él le incitaban al encuentro.

Así que concretaron un lugar, un día y una hora. El lugar era la plaza de España; el día, un domingo, y la hora, las doce del mediodía.

Sin embargo, ella se las arregló para escoger una fecha con otros compromisos de los que echar mano si fuera preciso salir huyendo. El dato «empresario» seguía martilleando su cerebro. ¿Y si también usaba calcetines de media y en su apretada agenda apenas quedaba lugar para citarse con la ducha? La actuación de su hijo Ernesto sería la excusa perfecta. No sabía qué le asustaba

más, si el hombre con el que podría encontrarse o la impresión que ella causaría en él.

Álvaro la vio llegar y decidió que no era su tipo. Ni su peso, ni su cabello desarreglado, ni sus uñas estropeadas podían pasar inadvertidos. Pero su orgullo masculino quedó ligeramente trastocado ante las prisas y el desinterés de ella. No había hecho un viaje desde Puigcerdà para tomar un café sin más. Estaba decidido a conocerla.

Las primeras impresiones que Mati causó en él se fueron modificando a medida que ambos construían un diálogo fluido y sincero. Lo dos se sentían cómodos, y media hora después del saludo, ella ya se había arrepentido de haber organizado una jornada de la que ahora se sentía esclava.

Desde luego, Álvaro era el polo opuesto a su ex. Apegado a la familia y enemigo de los excesos.

Cuando se había tomado el último sorbo del cortado, ella ya tenía en su poder suficientes datos como para hacer su carta astral, si hubiera sabido algo de astrología. Pero, puesto que el lenguaje de los cuerpos celestes era para aquella mujer un misterio, decidió que sería el tiempo quien le mostraría si aquello tenía posibilidades de convertirse en una relación duradera o si, por el contrario, se desvanecería hasta caer en el olvido.

—Mi hijo pequeño canta esta tarde —le había dicho Mati—. Actúa en *La leyenda del beso*.

—Me gusta la zarzuela —respondió Álvaro para evitar la despedida—. Además, si empieza a las cinco tengo tiempo de sobra para coger un tren de vuelta.

Ella aprovechó la ocasión y le invitó a comer.

—Vente a casa, voy a hacer macarrones.

Odiaba la pasta.

—Creo que es mejor que no, no quiero que te molestes. Mejor nos acercamos a algún restaurante que esté cerca del teatro donde actúa el chico.

Lo encontraron a 25 metros de la sala, y ante unas ensaladas especiales de la casa, Mati se atrevió a preguntarle por la difunta esposa.

—Siempre fue una mujer frágil —contó él—. Cuando empezamos a despegar económicamente, me contrataron para pintar todo un nuevo conjunto de casas, de esas adosadas o unifamiliares, bueno, como se digan. Estábamos muy contentos. Se acercó un día para traerme el almuerzo que había dejado olvidado. Yo estaba subido en un pequeño andamio; pintaba el canalón que había debajo del tejado. Y cuando uno de mis ayudantes me avisó de que la veía llegar,

no sé qué hice. Un gesto estúpido, supongo. El caso es que me caí. No me hice nada, una tontería, la costilla esta, que se cura con un poco de reposo. Pero la herida de ella fue mortal. Sufrió el primer infarto. El médico dijo que ya debía de estar mal antes, y que aquello no fue más que un detonante. Se asustaba con nada.

—¿Y las niñas? ¿Eran pequeñas?

—Sandra tenía unos ocho años, y Andrea quince. Ellas dijeron que se ocuparían de todo, que aprenderían a cocinar, y que su madre no tendría que coger una escoba. Ella tampoco iba a dejar que la trataran como una inútil, pero creo que las crías no querían marcharse de allí. Habíamos hablado de volver a Zamora, con la familia. Y ya sabes cómo son los niños con sus amigos, si los alejas de ellos es como si se les acabara el mundo. Además, el aire de la montaña le sentaba bien a mi mujer. Por suerte el trabajo continuó, han construido allí tantas urbanizaciones y apartamentos... Así que contratamos a una mujer para que se encargara de la casa y demás. Pero, de todos modos, creo que mis hijas son muy espabiladas en comparación con los jóvenes de hoy.

—Seguro. Los problemas de los adultos hacen que los chavales maduren mucho antes —dijo ella pensando en sus hijos—. ¿Les has contado lo de la agencia?

—No, me da corte, pero se lo habrán imaginado. En mi casa, quien recoge el correo lo abre. Nunca hemos ocultado nada. Habrán visto las fichas con el membrete.

—¿Has tenido cita con otras?

—Sí, con tres o cuatro. Pero tengo la impresión de que no soy el tipo que gusta a las mujeres de ahora.

—Pero si tendrían tu edad.

—Ya, pero buscan otra cosa. Un hombre que quiera salir mucho, divertirse, que las lleve a bailar. Yo no puedo moverme de Puigcerdà. Allí tengo mi trabajo, y a ellas aquello les gusta para ir el fin de semana, de excursión a la montaña, para esquiar, pero no para vivir. Y yo soy muy tranquilote. Mi única afición es la pesca.

—Claro. Y yo te vengo de perlas, ¿no? Como soy una vieja...

—Tú no eres vieja. Solo te has descuidado —dijo él, cariñoso, a pesar de lo tosco que podía parecer a veces.

—¿Sabes una cosa? No me atrevía a decírtelo porque igual pensabas que mentía. Es que, es tan increíble. No solo pasé un tiempo en la Cerdanya. También viví en tu tierra, en Zamora, al principio de mi matrimonio.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—A principios de los setenta.

—Yo estaba allí, todavía.

—Nos podíamos haber conocido, entonces —dijo ella con tristeza.

—No. Ha sido mejor así. Los dos estábamos casados.

Con la charla de la sobremesa perdieron la noción del tiempo y tuvieron que correr para llegar al comienzo del espectáculo.

Mati había acudido a una agencia matrimonial, pero para ella, aquel hombre parecía surgido de la nada, como de improviso, después de que el destino hubiera jugado con ellos hasta hacerlos coincidir en el momento adecuado. Su rostro huesudo y las ojeras engañaban. Álvaro no era un tipo bullanguero, ni dado a la juerga, pero sí era terriblemente optimista. Ni siquiera la larga enfermedad de su mujer, con todo lo que la había querido, pudo destruir esa tendencia a esperar de la vida todo lo mejor que esta pudiera darle. Y mientras tomaban turrón y cava para celebrar la puesta en escena de la zarzuela, Álvaro pensó que aquel 20 de diciembre le regalaban una segunda oportunidad.

Siguieron días cortos, lluviosos y fríos, con encuentros en locales cerrados, en cafés, restaurantes y, de vez en cuando, una visita al cine.

Y otro domingo, por la mañana, cuando al sol de invierno le dio por asomarse, Álvaro, con su tierno, pausado y escaso palique, le propuso que subiera con ella a Puigcerdà, a conocer a sus hijas:

—Allí arriba el invierno está siendo muy duro, sin ti. —La notó asustada—. ¿Qué pasa? Creí que esto iba en serio.

—No es eso. Es que no creo que cause muy buena impresión, con este aspecto. Además —añadió llevándose la mano al pecho—, yo tengo que sentir.

—Ah, no sientes, ¿no? Pues no sé que estás haciendo conmigo.

Álvaro sabía que algo más revoloteaba en la cabeza de ella.

—Es que si los chicos no aceptan esto, yo no sigo adelante —dijo Mati, por fin—. Y si tus hijas no están de acuerdo, tampoco.

—Mira, Mati, tus hijos son ya mayores, se están independizando. Y por mis niñas no te apures. La mayor ya está en la universidad, solo viene los fines de semana. La pequeña también me ha salido muy estudiosa. Pero, además, no te preocupes, que las conozco. Sé que os llevaréis muy bien. ¿Sabes qué? Vamos a hablar con tus chicos.

Ella aceptó.

Allí, en el comedor, el más agitado parecía Ernesto, pero no dijo nada.

En cambio, Julio, el penúltimo, fue el más preguntón:

—¿Y esto cuánto va a durar?

—Pues, nosotros esperamos que mucho —respondió Álvaro, tranquilo—. Pero eso nunca se sabe, hay que procurarlo cada día. Así son las relaciones.

—¿Y cuando haya peleas? —continuó el chico su interrogatorio—. ¿Qué pasará?

—Lo normal. Se habla, se discute y nos ponemos de acuerdo. Y nada más.

Como Mati había contado a Douglas, y el escocés podría comprobar por sí mismo, junto a la aparición de Álvaro regresaron las reuniones familiares que habían quedado destruidas antes de que naciera el último de los muchachos:

—Él no es muy hablador, pero escucha, tú sabes que escucha de verdad. Y cuando habla lo hace con sensatez. ¿No te parece que se le ve muy a gusto, allí, sentado en el sofá, con todos nosotros? A veces tengo la impresión de que adivina lo que no digo. Eso debe de ser bueno, ¿no?

—Es que te has puesto muy guapa —le dijo Douglas.

—¿Qué te piensas? Hago ocho horas de gimnasia diarias, y me privo de comer muchas cosas. Ya verás, ya, cómo me voy a poner. He iniciado una campaña contra estas carnes y no pienso parar hasta convertirme en una sílfide.

—Pues me apunto al gimnasio yo también, te voy a hacer compañía. Pero yo sólo voy a hacer una hora, ¿eh?

—Eso, y te alternas con mis hijos, que también vienen.

—Vaya, vaya. Así que yo era un iluso.

—La verdad es que después de conocer lo que hay en esas salas de fiestas donde van mis amigas era para deprimirse. Pero él no es así de superficial. Además, creo que es bueno que lo haya pasado mal, para que entienda lo que eso significa. Pero también me gusta que haya tenido un matrimonio feliz. Cuando le cuento cosas de mi ex, me mira horrorizado, eso sí que no lo comprende.

Álvaro continuaba visitándola y llamándola por teléfono, del que se colgaban, como dos adolescentes, a pesar de las quejas de los muchachos:

—Pero, bueno, mamá. ¿Es que aquí ya no puede llamar nadie más?

Y al germinar la primavera, tras los días de Semana Santa que Álvaro pasó con ella en Barcelona, Mati se decidió a subir a aquellas montañas pirenaicas. Para entonces, ella ya conversaba mientras enredaba, coqueta, sus dedos en el cabello ondulado y rojizo. Una pequeña y frondosa melena que enmarcaba el rostro ligeramente maquillado.

Camino de Puigcerdà, ocultaba con su parloteo el nerviosismo que se había alojado en su estómago, un huésped poco grato de quien no sabía cómo deshacerse antes de presentarse ante las hijas de Álvaro. Para que no se fijaran

en ella se había llevado a Nina, su perrita.

—A mis niñas les encantan los animales —le había dicho Álvaro.

Él no. Él estaba tranquilo. Sabía que sus hijas aceptarían a la mujer escogida por el padre.

Mati apenas reconocía la Cerdanya. No la pisaba desde que estuvo allí, viviendo y trabajando para el señorío de la comarca, antes de que el túnel del Cadí se construyera y diera acceso al ansia constructiva que cambiaría el paisaje para siempre. Como Álvaro le había explicado, Mati se encontró con una Puigcerdà tan crecida por las segundas residencias y las instalaciones de esquís del valle que aquella parecía otra tierra.

Pero se imaginó feliz en una de sus casas con tejado de pizarra y vistas a los Pirineos.

Así era la de Álvaro.

—Pero, ¿cómo habéis venido sin avisar? —preguntó, cortada, Andrea, la hija mayor, al verlos entrar—. Habríamos preparado algo, no sé.

La muchacha se mostraba nerviosa ante el desorden de ropa que se había adueñado de los sillones del comedor. Sandra, la pequeña, jugueteaba con la perrita.

Todo sucedió como Álvaro había previsto. Las tres mujeres se avinieron enseguida.

Un mes después, fueron los chicos de ella los sorprendidos cuando Álvaro y la madre aparecieron con aquellas jóvenes de risas frescas y aire agitado. Pronto se ofrecieron a enseñarles la ciudad y presentarlas a los colegas, mientras que los padres se acercaban al supermercado para llenar la descuidada nevera.

Volvieron por la calle donde se encontraba el restaurante que había sido propiedad de Mati, tirando del carro, lleno con la compra de la semana. Junto al bar, la dueña de la tienda de lencería barría la acera donde unos chavales habían arrojado los envoltorios de los primeros helados de la temporada.

—¡Hola Fina! Vaya, te han dejado esto hecho un asco, ¿eh?

Fina, escoba en mano, la miró extrañada.

—¿Ya te has olvidado de mí? Soy Mati. Matilde, la que llevaba el bar antes.

—No puede ser —dijo la otra—. Aquella señora era mucho más vieja que usted.

LA CASA AMARILLA

Personajes:

TERESA Dueña de la casa.

LAURA Auxiliar de peluquería.

SONIA Peluquera.

VIRGINIA Cliente.

AMPARO Cliente.

JANA Compradora de la casa.

(En el salón de peluquería, a las cuatro de la tarde. Teresa se encuentra sentada frente al espejo. A su lado, Laura prepara el tinte. Bajo uno de los secadores, con los rulos puestos, se encuentra Virginia.)

TERESA: Ten cuidado con la mezcla niña, que la última vez te pasaste.

LAURA: ¿No ha llevado bien el color?

TERESA: Demasiado rojo. Mi madre se asustó cuando me vio entrar por la puerta. A ver si los sevillanos me van a tomar por loca.

(Sonia sale del pequeño cuarto que utilizan como vestidor.)

SONIA: ¿No nos vas a echar de menos, Teresa?

TERESA: Sí, hija, claro que sí. Pero ¿qué voy a hacer yo, aquí sola, con mi madre, tan mayorcita que es? Me voy a volver majareta con tantos recuerdos. Y es tontería, con la jubilación, y cuando mi hija y mis nietas me necesitan.

VIRGINIA: *(A gritos)* ¿Cuándo cumple tu hija?

TERESA: *(También a gritos)* Dentro de un mes sale de cuentas.

SONIA: Otra niña.

TERESA: Sí, hija, sí. Otra niña. Los varones no quieren saber nada con mi familia, ¿eh?

SONIA: Ni con la tuya ni con ninguna. Siempre nacen más niñas, y después no hay quien encuentre novio, ¿verdad, Laura?

LAURA: *(Aplicando el tinte)* Supongo.

TERESA: Y las que lo encuentran están como una cabra. ¿No te has enterado de lo de la hija de Vicenta, la del bar de la estación?

SONIA: Se ha separado, ¿no? Pero si no hacía nada que se había casado.

TERESA: Digo. Pero se ve que había asuntos de cuernos.

SONIA: ¡No me digas! ¿De él?

TERESA: Qué va. Se ve que ha sido ella. Después de diez años o más que estuvieron de novios. Es lo que decimos, si no le quería, ¿para qué se casa?

SONIA: La señora Amparo está a punto de venir. Seguro que nos pone al día.

TERESA: *(A Laura)* Oye, niña, ¿esa muchacha no era amiga tuya?

LAURA: Iba a clase conmigo, pero no nos conocíamos bien. Desde el colegio no hemos vuelto a hablar.

SONIA: Esta Laura..., qué reservada es.

LAURA: *(Colocando el cronómetro)* Le dejo veinticinco minutos para que suba el color.

(Suena las campanillas de la puerta y entra Amparo. Laura levanta el secador para que salga Virginia.)

LAURA: *(Señalando otro sillón frente al espejo)* Siéntese aquí, señora Virginia.

AMPARO: Buenas tardes. Qué rabia me da venir ahora, Sonia. Me he quedado sin ver *Betty, la fea*.

VIRGINIA: Haz lo que yo, grábatela.

AMPARO: ¿En qué cinta? Si mis hijos las tienen todas ocupadas.

VIRGINIA: Ah, no. Eso me pasaba a mí. Venga a comprar cintas, y ellos a grabarse sus cosas. Pero puse mi nombre en una y les dije: «Esta me la respetáis. Yo grabaré aquí lo que me dé la gana y si os borro algo, lo siento mucho».

SONIA: No le podía dar hora para más tarde, señora Amparo. A las cinco viene la señora que le ha comprado la casa a Teresa.

AMPARO: Ay, qué bien. Con eso conocemos a la nueva vecina.

(Amparo entra en el vestidor y se pone una bata de peluquería.)

TERESA: Me ha llamado esta mañana, y cuando le he dicho que tenía hora en la peluquería se le ha ocurrido apuntarse también, porque así se iba familiarizando con el pueblo.

VIRGINIA: Muy bien que ha hecho, aquí se entera una de todo. Por cierto, Amparo, que estábamos esperando que llegaras para que nos contaras lo que ha pasado con la hija de Vicenta.

TERESA: Virginia, hija, qué buen oído tienes. Y eso que estabas en el secador.

AMPARO: Pobre Vicenta, está destrozada. Ni dos años ha durado el matrimonio. Yo no sé qué tienen en la cabeza estos jóvenes de ahora. Estaba la niña con los preparativos de la boda y ya se había liado con el otro, ¡un tío de cincuenta años!

SONIA: Oichhh, por Dios, ¿y qué ha visto en él?

AMPARO: Es médico. Lo conoció por Internet. Yo veo a mis hijos todo el día así, con los chats esos y los mensajes del móvil, y me pongo enferma. Que si ahora habla con una de Galicia, luego con otra de Badajoz. Después quieren conocerlas a todas. ¿Pero es que no hay niñas en la discoteca?

VIRGINIA: ¿Y se ha ido con el médico?

AMPARO: ¡Qué va! ¡Si el médico es casado y tiene dos hijos!

SONIA: Oichhh, por Dios. Qué ganas de complicarse la vida.

AMPARO: El marido se olía algo y vio los mensajes en Internet.

VIRGINIA: Pues, si se dio cuenta es porque ella quiso, porque nosotras para eso somos más listas.

LAURA: ¿Se va a arreglar el color, señora Amparo?

AMPARO: No, cortar y secar a mano. Todavía no se ven las raíces. ¿Y cómo son los que te han comprado la casa? ¿Tienen hijos?

TERESA: Sí, pero son mayores ya, hacen su vida. La hija de ella está casada y tiene un crío.

VIRGINIA: ¿Cómo que la hija de ella?

TERESA: Es que son separados. Hace un año que se casaron. Ella lo ha pasado muy mal, por lo visto. Fíjate que tuvo seis hijos y que solo vive esa hija.

SONIA: *(Poniendo la mano sobre su pecho)* Ay, yo no podría sobrevivir a eso.

TERESA: Figúrate, con lo que me costó a mí superar la muerte de mi marido. Bueno, si es que lo he superado, porque si dejo mi casa también es por eso.

AMPARO: Pues, ya ves como algunas se vuelven a casar, o ¿es que es muy joven?

TERESA: Como nosotras. Algo más de cincuenta. Y él está de muy buen ver, ¿eh? Las cosas como son. Pero, ¿dónde iba a encontrar yo a un hombre tan bueno como mi Antonio?

(Suenan las campanillas y entra Jana.)

JANA: Buenas tardes.

SONIA: Hola.

VIRGINIA, AMPARO Y LAURA: Buenas tardes.

TERESA: Mira, Jana, ella es la mejor peluquera del pueblo: Sonia. Amparo y Virginia son amigas desde hace... buf, yo que sé cuantos años.

AMPARO: Así que se ha quedado usted con la casa amarilla.

JANA: *(Sentándose)* Por eso nos fijamos en ella. No hubiéramos visto el

cartel de «SE VENDE» si no llega a ser por su color tan llamativo.

TERESA: Todo el mundo se metía conmigo cuando la pintamos. Para que veáis. Tiene una personalidad especial, ¿verdad, Jana?

JANA: Desde luego. Es una casa con alma, ¿sabes? Hay casas que tienen alma y casas que no la tienen. José Ramón y yo buscábamos una casa con alma, con olor, con historia. No queríamos una casa nueva. Él y yo tenemos nuestras propias historias, y queríamos tener un lugar que nos perteneciera a ambos por entero, pero un lugar que también tuviera historia propia. Tú has sido feliz en esa casa, y eso es muy importante para nosotros, porque con una casa tienes que conectar, como conectas con las personas.

TERESA: Desde luego, por eso en ella no consigo sobreponerme a la pérdida. Me trae tantos recuerdos buenos que echo mucho de menos a mi marido. Lejos, al lado de mis nietas, me será más fácil, pero en mi casa no. Me gusta dejarla en vuestras manos.

SONIA: *(A Jana)* ¿Qué va a hacerse?

JANA: ¿Hacéis reflejos con peine?

SONIA: Por supuesto.

TERESA: Aquí hacen de todo.

JANA: Me gustaría continuar con este estilo que llevo. Solo es cuestión de arreglar el color y el corte.

SONIA: *(Estudiando el tipo de cabello de Jana y mirándola en el espejo)* Laura, prepara una decoloración. ¿Tienes el 9 más 12 para la señora Amparo?

LAURA: No se va a tocar el color. Venga señora Amparo, le voy a lavar el pelo.

(Laura acerca el carrito al sillón donde está Virginia. Sonia comienza a quitarle los rulos y los coloca en él.)

VIRGINIA: *(Pasando las hojas de una revista)* ¡Anda! ¿Norma Duval ha dejado ahora a este, después de separarse del marido?

AMPARO: ¡Hombre! Como que el tío quería que abortara.

SONIA: Se ve que le han hecho un tratamiento de fertilidad sin que él se enterara. No me extrañaría que fuera un montaje del ex marido y de ella para sacarle la pasta a este.

VIRGINIA: ¿Qué dices? Norma Duval no lo necesita, está muy bien situada. Con lo derechona que es.

AMPARO: Bueno, bueno. No creo que sepas lo que tiene en su cuenta bancaria. Además, ya no le lloverán los contratos como en otros tiempos.

JANA: Este verano en Formentera, escuchamos cómo una de esas famosillas

vendía el reportaje sobre su embarazo. Pegaba unos gritos insoportables para hablar por el móvil, le daba igual molestarlos a los que estábamos en la terraza. Era una lástima, allí, en medio de aquella calma: que si cinco millones, que le trajeran un modelo de Christian Dior, unas gafas de sol de no sé qué diseñador, y todo lo que te puedas imaginar. Después pasó una chica vendiendo pareos por mil pesetas y se puso a regatear.

TERESA: Qué buitres.

JANA: José Ramón estaba enfurecido.

TERESA: Formentera tiene que ser bonita. Las Baleares son preciosas.

JANA: Los dos necesitábamos un descanso, aunque solo estuvimos una semana, pero no podíamos más.

TERESA: Bueno, eso de encargarse de un geriátrico tiene que quemar mucho.

JANA: Estoy acostumbrada. Siempre me ha gustado trabajar con los perdedores, con la gente que ya es marginada de entrada. Es una alternativa de vida.

TERESA: ¿No será médico tu marido? Igual os conocisteis así.

JANA: No, es ingeniero. Nos conocimos en una agencia matrimonial.

SONIA: Oichhh, por Dios, siempre me he preguntado qué clase de gente va a un sitio así.

JANA: *(Con sonrisa irónica)* La gente pirada como yo, supongo.

SONIA: *(Nerviosa)* Bueno, no, claro, ya veo que no. Son prejuicios tontos que tiene una, ¿no?

JANA: Soy una persona muy curiosa. Quería querer a alguien, pero hasta para querer se necesita saber. Y se me ocurrió lo de la agencia, ¿por qué no? Mi curiosidad me llevó hasta allí. Y, ya ves, conocí a mi alma gemela.

AMPARO: Pero eso ¿cómo funciona? ¿Te ponen vídeos o algo así?

JANA: En la que yo fui no. Te entregan unas fichas. Para encontrarme con José Ramón necesitamos unos cuantos meses, porque no coincidíamos. La primera vez que llamó, yo había empezado a salir con otra persona, y se lo dije. Pero aquello no funcionó. Por suerte, volvió a llamar, pero yo salía de viaje, y a mi regreso se marchaba él. En fin, que tardamos en conocernos. Lo que mejor recuerdo de nuestra cita fue la impresión que me causó cuando salió del coche. Madre mía, no se acababa nunca.

TERESA: *(Sonriendo)* Uy, es altísimo. Pero no creo que supieras que era la persona ideal en aquel momento.

JANA: No, claro que no. Fue una tarde muy placentera. Nos sentimos como

si nos conociéramos de toda la vida. ¿Sabes lo que quiero decir?

TERESA: Ya. Pero aunque yo encontrara a alguien así, también es verdad que me he acostumbrado a mi vida sin pareja. Con Antonio era muy feliz, y su muerte fue un golpe durísimo. Pero la soledad tiene sus ventajas.

JANA: Lo mismo nos pasaba a nosotros. Los dos habíamos salido muy rebotados de nuestras relaciones anteriores, y habíamos descubierto lo bueno de estar solos. Por eso es tan importante respetar el espacio individual de cada uno. Estamos en la masía y él se aísla con su ordenador, yo me estiro en el sofá a leer o me dedico a pintar. A veces se acerca, me da un beso, y vuelve a sus cosas. Ese respeto es fundamental. Las relaciones basadas en el poder o en el sexo fracasan. Tiene que haber una gran dosis de ternura. La ternura mueve el mundo. Por eso está parado, porque no la hay.

AMPARO: *(Con voz relajada, disfrutando del masaje que Laura le da en el cabello enjabonado)* ¿Pero funciona de verdad? ¿La gente que se casa por la agencia no se separa?

JANA: Ay, mira, yo no sé cuánto durará este matrimonio. Pero da igual, dure lo que dure ya me basta con lo que he vivido. Lo importante es el cariño, la confianza, eso te da una base para no temer lo que pueda pasar. Mi marido es, sobre todo, un gran amigo. Hay que contarse todas las cosas: las buenas, las desagradables, las mediocres. Nos lo contamos todo. Eso le añade una solidez a la relación. A mí, que soy una persona nómada, no me importa lo que venga después, porque estoy junto a mi amigo. Y, encima, hay una gran atracción. Yo he llegado a la conclusión de que la gente pulula por los sitios porque busca cariño, por falta de amor. El amor te da mucha solidez, te ayuda a mirar hacia ese futuro sin miedo.

(Virginia le da unas palmaditas en la mano a Teresa, que está sentada a su lado.)

VIRGINIA: Prueba en una agencia de esas, mujer, que si a ti también te va bien, me separo.

AMPARO: Sí, como que vas a encontrar tú a otro que te aguante. ¿Te crees que hay muchos por hay como tu Ángel? Si ya le pusieron bien el nombre, ya.

(Laura seca el cabello de Amparo con la toalla. Sonia pasa un cepillo suave por el cuello de Virginia para quitar el pelo cortado que ha quedado pegado en él.)

VIRGINIA: *(Levantándose)* Qué harta estoy del empeño que tenéis todas en poner a mi marido de santo. ¿Sabéis vosotras cómo es en mi casa?

(Amparo también se levanta para sentarse en el sillón que Laura le indica.)

Se acerca antes a Virginia y le coge el brazo, arrimándose mucho con confianza.)

AMPARO: Mujer, que si tienes que desahogarte aquí nos tienes a nosotras, para escucharte.

VIRGINIA: *(A Jana, sin dejar de sonreír)* ¿Ha visto? Prepárese, que le van a aplicar el tercer grado.

TERESA: ¡Calla, Virginia, por favor! Qué imagen estás dando de nosotras.

(Virginia se quita la bata de la peluquería y suena el cronómetro. Laura se acerca a Teresa y retira un poco de tinte del cabello con el peine.)

LAURA: Ya le ha subido, voy a lavarle el pelo.

(Teresa se levanta y se sienta en el cabes reclinando su cabeza hacia atrás.)

TERESA: Nunca sé cómo ponerme para que no me duelan las cervicales. Lo paso fatal.

LAURA: Tiene que relajarse. Usted acumula la tensión en esta zona.

TERESA: Cómo lo sabes, hija, suerte que tienes unas manos de ángel. Qué bien me sientan esos masajillos tuyos.

(Sonia aplica la última mecha en el cabello de Jana y pone en marcha el cronómetro. Se dirige después a la caja para hacer la cuenta de Virginia.)

SONIA: Esta Virginia... quiere que su marido cambie.

VIRGINIA: Hombre, cambiar no, pero un poco de restauración no le vendría mal. Para eso vengo aquí yo, ¿no?, para restaurarme. Pues él podría hacer lo mismo.

AMPARO: Ay, hija, nosotras necesitamos algo más que las manos de Sonia. Porque tú no eres la Virgen de Lourdes, ¿verdad Sonia?

SONIA: No, pero ellos podrían apuntarse al gimnasio y darse una cremita de vez en cuando ¿eh? También tienen que cuidarse para gustarnos a nosotras.

AMPARO: Da igual, yo sé que mi Fernando no se va a quedar así.

(Amparo muestra una revista en cuya portada se ve la foto de George Clooney.)

VIRGINIA: ¡Mírala ella! Se conforma con poco. Para eso no te basta con la Virgen de Lourdes, tendrías que hacer el Camino de Santiago y, a la vuelta, la peregrinación a La Meca, por lo menos. No me enseñes esas cosas que ahora vuelvo a casa, me encuentro con mi marido y a una se le quitan las ganas de todo. Además, así tenemos a las chicas de ahora, como Laura, que esperan que aparezca uno de estos y no hay manera de casarlas.

TERESA: ¿Cómo va a querer novio, oyéndoos a vosotras? Si eso es el matrimonio... ¿Verdad, Laura?

LAURA: (*Masajeando las cervicales de Teresa*) Usted es de las pocas que hablan bien de él, y ahora nos deja.

TERESA: Pero te dejo a Jana, que está muy contenta con su marido.

(*Jana gira la cabeza con cuidado para que las mechas no se muevan y mira a Laura.*)

LAURA: Lo que no podemos hacer es intentar cambiar al otro.

TERESA: Desde luego.

(*Virginia paga a Sonia y esta le devuelve el cambio. Virginia lo guarda en el monedero.*)

VIRGINIA: (*A Jana*) Bueno, señora, encantada de conocerla.

JANA: Igualmente, hasta la próxima.

(*Sonia comienza a cortar el pelo de Amparo.*)

VIRGINIA: (*A Teresa*) Bueno, Teresa, no te vayas a Sevilla sin pasar por mi casa a tomar un café y despedirte, ¿eh?

TERESA: No, mujer, no. No te preocupes.

VIRGINIA: Adiós.

AMPARO Y SONIA: Adiós, hasta luego.

(*Sale Virginia.*)

AMPARO: Esta Virginia... Con la menopausia a más de una le da por cambiar de marido.

JANA: Yo fui de las pioneras. A mí, cuando el cura me casó la primera vez y dijo aquello de «para toda la vida», pensé: esto lo dice él, porque mi vida no me la hipoteca nadie.

AMPARO: Yo no digo que tú tuvieras tus motivos, porque antes se aguantaba mucho. Pero ahora se han pasado al otro extremo. No aguantan nada.

JANA: Mi marido aguantó más de veinte años, ¿y para qué? Hombre, la experiencia siempre sirve de algo, eso sí. Pero creo que es un alivio descubrir el error cuanto antes.

SONIA: Bueno, yo tengo una amiga separada que confundió una crisis pasajera con una ruptura definitiva, y ahora se arrepiente.

AMPARO: Virginia no tiene una crisis pasajera con su marido, sino la guerra de los Cien Años con su suegra. Oye, Sonia, ¿por qué no me cortas el flequillo como a la farmacéutica? Parece mucho más joven.

(*Laura seca el pelo de Teresa con una toalla.*)

TERESA: No es el flequillo, Amparo, sino el *lifting* que se ha hecho.

AMPARO: No me digas.

SONIA: A ver, donde hay dinero... La verdad, Amparo, yo no creo que te

quede bien el flequillo. *(Cogiendo y levantando cabello de la zona de la nuca)*
Creo que voy a darle más volumen aquí.

AMPARO: Como quieras.

(Teresa se levanta y se sienta de nuevo frente al espejo.)

TERESA: Me lo cortas otra vez tú, ¿no, Laura? Como la otra vez.

LAURA: Se lo arreglo, entonces.

TERESA: Sí. El desfilado que me dejaste me gustó mucho. Aunque mi madre dice que parece que haya venido a la peluquería a despeinarme.

SONIA: Son los nuevos estilos. Se lleva muy natural.

(Laura comienza a cortar el cabello de Teresa.)

JANA: *(A Teresa)* ¿Vivirás con tu hija?

TERESA: No, voy a echar una mano en lo que pueda y a disfrutar de mis nietas. Pero no a molestar. No quiero que mi yerno piense de mí lo mismo que Virginia de su suegra.

AMPARO: Además, sufrirás menos. Porque si el matrimonio se pone a discutir lo pasas mal.

TERESA: Sí, por muy natural que sea.

AMPARO: Y como te metas en medio, ya la has hecho buena.

TERESA: Ah, no. De eso nada. Mi yerno es un hombre muy tranquilo. No le gusta discutir. Pero si fuera por mi hija, que siempre se mete con todo lo que hace o deja de hacer, se pasarían el día con peleas. No sé cómo estarán ahora, pero ya son mayorcitos para solucionar sus problemas.

SONIA: Tu hija siempre ha tenido mucho genio.

TERESA: Sí, desde luego. La verdad es que se parece a mí. A veces la oigo, cuando se mete con el marido, y pienso: Ay, Dios mío, ¿así me porté yo con mi Antonio?

JANA: Siempre que exista un respeto, no es malo discutir. Cuando hay confianza y complicidad se pueden hablar las cosas.

TERESA: Ah, sí, eso sí, guardárselo dentro es lo peor.

JANA: Después de lo que he vivido, creo que una de las peores experiencias de la vida es el desamor. Cuando empiezas a notar que aquello se acaba, pero no sabes cuando.

TERESA: El desgaste.

JANA: Sí. Luego, cuando cierras la puerta y te vas, piensas: uf, qué mal lo he pasado, pero qué alivio.

TERESA: Pues yo no me dejaba nada por discutir.

JANA: Menos mal que de algo sirven los errores. No estoy dispuesta a que

sucedá lo mismo esta vez, y mi marido tampoco. Y la única manera de conseguirlo es el diálogo. Jamás hemos estado enfadados más de una hora. Bueno, ni eso. No es cuestión de decir amén a todo. Pero la vida pasa demasiado deprisa para pasárnosla enfadados.

TERESA: ¿Y la familia? ¿Qué tal lleva lo vuestro?

JANA: Muy bien. En la suya se expresa mucho el cariño. A sus sobrinas les gusta llamarme «tía», se nota que hay afecto. Y con mi suegra me llevo muy bien. En la mía son más serios, más distantes, pero es por la educación recibida. De todos modos, siempre está presente el punto de referencia de los matrimonios anteriores.

TERESA: Las comparaciones.

JANA: Él siempre lo dice, que somos matrimonio de segunda mano, porque eres buena o mala en función de cómo era la anterior.

SONIA: ¿La boda no cambia eso?

JANA: No te creas. Nos casamos... No sé, me parece que por ganas de compartir con otras personas lo nuestro. Él siempre lo tuvo muy claro, siempre me decía que el núcleo somos nosotros dos. Sus hijos, mi hija... son como satélites.

(Sonia coge el secador de mano y comienza a secar el cabello de Amparo.)

TERESA: Pero a la gente de nuestra edad nos cuesta entender esto. Sobre todo a las madres. Muchas dejan de lado al marido por los hijos.

SONIA: Es verdad. Yo cometo ese fallo. Me acuesto y sigo hablando de los niños, del colegio, de una pelea que hayan tenido con otros niños, y mi marido me acaba riñendo. Dice que se siente en un segundo plano. Que él también quiere a los niños y se preocupa por ellos, pero que también somos una pareja.

JANA: También nos cuesta porque somos de una generación que ha crecido con mucho autoritarismo, y nos hemos pasado al otro lado por miedo a ser como nuestros padres. Nos hemos vuelto demasiado permisivos.

SONIA: Desde luego, no sabemos decir «no» a nada.

JANA: Y tú eres mucho más joven que nosotras.

SONIA: Pero en eso somos mucho peores. Los niños de ahora no tienen límites.

(Sonia apaga el secador, lo deja sobre la mesa y retoca el peinado de Amparo.)

AMPARO: Los míos están demasiado mimados. Piensan que todo es suyo o que debería serlo. Según mi marido, la culpa de todo la tengo yo.

TERESA: Eso tampoco es. Ellos pasan de educar a los niños y luego, cuando

ocurre cualquier cosa, te echan a ti toda la culpa.

SONIA: *(Mirando a Amparo a través del espejo)* ¿Qué tal?

AMPARO: Muy bien, como siempre.

(Suena el teléfono y lo coge Sonia mientras Amparo se levanta y se quita la bata.)

SONIA: ¿Diga?... ¿Has llamado al médico?... Espera un momento. *(A Jana)* ¿Le importa que la atienda Laura? A mi hijo le está subiendo la fiebre y está con la canguro.

JANA: Tranquila. Ya veo que trabaja muy bien.

SONIA: *(Al teléfono)* Voy para allá, hasta ahora.

(Sonia cuelga el teléfono y cobra a Amparo.)

SONIA: Le tendrán que operar, porque esto no puede seguir así. A los médicos de ahora no les gusta operar las anginas, pero este niño va una semana al colegio y la otra la pasa en cama.

AMPARO: Si quieres, te llevo. Tengo que ir al súper y me he traído el coche.

SONIA: Ay, sí, si me haces el favor. Luego llamaré a Luis para que no se pase a buscarme.

AMPARO: *(A Jana)* Adiós señora.

JANA: Hasta otra.

AMPARO: *(A Teresa)* Nos vemos.

TERESA: Sí, mañana me paso por tu casa.

SONIA: Hasta luego.

(Salen Amparo y Sonia. Laura coge el secador y el cepillo. Seca el cabello de Teresa.)

TERESA: ¿Ves? Este tono marrón me gusta más.

LAURA: Es como un chocolate. Aunque al sol se verá un poco rojizo.

TERESA: Sí hija, pero no es lo mismo que el rojo payaso que llevaba.

(Suena el cronómetro. Laura apaga el secador, lo deja sobre la mesa y coge el peine para retirar un poco de decoloración de las mechas de Jana.)

LAURA: Esto ya ha subido. Ahora le lavo el pelo.

JANA: No te preocupes si sube un poco más. Me gustan claras.

(Laura conecta de nuevo el secador y termina de arreglar el peinado de Teresa.)

JANA: Estás muy segura de lo que vas a hacer, ¿no, Teresa?

TERESA: ¿Lo dices por vender mi casa y marcharme con mi hija?

JANA: Sí. No ves la posibilidad de una vuelta atrás.

TERESA: No. Yo tengo genio, pero, al igual que tú, soy una mujer de pactos.

JANA: Es la única manera. En las relaciones humanas no puedes jugar a ganar o perder. Cuando fallan todo el mundo pierde.

TERESA: Creo que en mi casa dejaré muy buenas vibraciones, a pesar del dolor.

JANA: Tenemos una ilusión tremenda. Es un nuevo proyecto, un proyecto en común. Además, José Ramón y yo somos personas nómadas. Nos gustan los cambios. La gente pensaba: estos, si ya tienen dos casa, ¿para qué quieren otra? Pero esta es nuestra casa. Vimos unas treinta antes de encontrar la tuya.

TERESA: Y los vecinos son un encanto.

JANA: Me gusta que vivan allí todo el año, que no sean casas de recreo. Porque la gente que viene de la ciudad a pasar el fin de semana en el campo traen consigo sus costumbres urbanitas. Y no es lo mismo.

TERESA: Ya te los presentaré. ¿Por qué no te pasas luego, cuando salgas de aquí? Yo me iré ahora, compro unas cosas antes de que cierren y te espero en casa.

JANA: De acuerdo.

(Teresa se levanta y se quita la bata. Paga a Laura y se despide de ella con dos besos en las mejillas.)

TERESA: Pasaré a despedirme de vosotras.

(Laura sonrío.)

TERESA: *(A Jana)* Te espero en casa, ¿eh?

JANA: Sí, sí, hasta ahora.

(Sale Teresa.)

LAURA: Le voy a lavar.

(Jana se levanta y se sienta al cabes. Laura abre el grifo del agua.)

LAURA: ¿Así está bien o la prefiere más caliente?

JANA: No, me gusta así.

(Laura enjabona el cabello de Jana y comienza a masajear su cuero cabelludo.)

LAURA: ¿Puedo pedirle un favor?

JANA: Dime.

LAURA: ¿Me daría la dirección de la agencia matrimonial?

JANA: *(Sonríe con los ojos cerrados)* Claro. Y no te preocupes, no se lo diré a nadie.

LAURA: Ya lo sé.

TELÓN

APOR ELLA

JOSÉ:

Todo comenzó cuando me planteé que tenía que ampliar el campo de visión, probar nuevas opciones, estudiar otras posibilidades para conocer a gente nueva. No es que quisiera conocer a alguien en concreto, es que necesitaba encontrar otras caras, gente con otro aspecto y no las mujeres que se conocen habitualmente. Porque no te vayas a pensar que en los seis años que siguieron a mi separación estuve con los brazos cruzados, ¿eh?, no te creas. Ya no sabía por dónde moverme.

Había tenido dos relaciones que duraron lo que tenían que durar. Porque, en fin, conoces a una persona que te gusta, tú le gustas a ella, pero las cosas no funcionan y ya está. No hay que buscar culpables.

Y continué con mi búsqueda. Me dije: «Vale, ya te conoces todas las discotecas y ya te han echado de todas ellas. ¿Qué más hay?».

Cenas de amigos.

Sí. Eso también lo probé. Creo que no me quedó ninguna donde presentarme. Y al final coincides también con la misma gente, que, al igual que tú, van probando a ver si conocen a gente nueva. Pero no. Nos encontrábamos los mismos en cada cena.

En fin, que por más que intentaba ensanchar mi círculo, no conseguía romper la rutina. Todo el mundo parecía igual, todos pensábamos del mismo modo. Y me dije: «Bueno, vale, ya tienes amigos en todas partes, ha estado muy bien, ha sido muy divertido y muy interesante, pero esto también se ha agotado». Y entonces entré en contacto con la agencia.

Yo no lo vi en el periódico, ni nadie me habló de ello. Creo que fue una especie de inspiración.

Pero también hay que ir con cuidado y saber dónde te metes, porque en alguna te dicen que tienen un fichero de gente impresionante y, en realidad, solo cuentan con un par de clientes.

Recuerdo una en la que la directora me dijo:

—Huy, me has encontrado a mí y has encontrado la felicidad, porque yo tengo la mujer de tu vida.

Y le contesté:

—Bueno, pues téngala preparada para mañana, porque vendré a buscarla.

Hay que ser precavido. En una agencia seria toman tus datos y te envían

fichas de personas afines a ti, para que contactes con ellas. Si en ese momento no disponen de nadie que reúna más o menos las características que tú demandas, te lo van a decir. Es cuestión de honradez.

FLOREN:

Yo no lo recuerdo muy bien.

Creo que hacía unos cinco años o así que me había separado. A mí me gusta mucho salir. Me gusta el deporte, bailar, esquiar... Pero tenía que hacerme con un grupo de gente diferente para cada una de estas cosas, porque no todo el mundo coincide. Lo que yo quería era encontrar a personas que les sucediera lo que a mí, que les gustara hacer de todo, y también me di cuenta, como le pasó a él, que el círculo quedaba muy restringido.

Al poco de separarme me había apuntado en un sitio que se llamaba «El club de la amistad» o algo parecido. Tuve la suerte de hacer migas con una chica que aún hoy es amiga mía, la única. Y con ella salí bastante. Pero nada más. No encontré pareja.

Y el resto, bueno, me pasó un poco lo que a José. Una amiga y yo pensamos que tendríamos que hacer algo diferente para, no sé, conocer gente. Porque, sí, conoces gente, pero cada uno en su campo, ¿entiendes?, y no una persona o varias con las que hacer diferentes cosas. Y se nos ocurrió la idea cuando nos lo dijo una amiga.

A mí no me hacía mucha gracia, pero luego me di cuenta de que no era algo tan distinto de lo que ya había hecho anteriormente. Vas conociendo gente y, si la persona te cae bien, pues vale, y, si no, pues has conocido a una persona y punto. Nadie te impone una pareja.

JOSÉ:

Para mí, una de las ventajas que tenemos Floren y yo es el hecho de que ambos tengamos hijos. Los suyos son dos varones de veintiuno y veintiséis años; yo tengo una chica de dieciocho y un chico de veintiuno. Y me parece que no hemos tenido problemas con ellos porque los dos sabemos lo que eso supone, los inconvenientes que hay y lo mucho que has de tolerar.

Conozco experiencias de gente que han llegado solteros a los cuarenta y pico y que han comenzado a salir con una mujer con niños. Esas relaciones han fracasado porque ellos no comprenden que los hijos van en el mismo paquete que la madre. Esos hombres han de comprender que establecen una relación con una mujer que, además, tiene hijos. No entienden lo que es el sentir de una

madre o la educación de los críos, y no soportan una serie de situaciones que se crean. Y fracasan.

Mi ex mujer ha pasado por dos convivencias de ese tipo. En ambos casos estos señores no tenían hijos y ninguna de las dos relaciones llegaron al año. Por eso creo que es estupendo que los dos tengamos chicos.

FLOREN:

Pero no te creas, ¿eh?, que yo tenía mis dudas. Es verdad que al principio no tuvimos problemas. Además, mi hijo mayor estuvo más de un año viviendo en Inglaterra para acabar sus estudios. Después, cuando volvió, pasó tres meses en casa y se fue a vivir con su novia.

Pero con el pequeño, ¡buf!, ya le dimos vueltas, ya, para empezar a vivir. Porque, claro, ellos habían estado solos conmigo durante siete u ocho años, sin nadie más, y me tenían acaparada completamente. Toda mi atención era para ellos. Y yo pensaba: ay, a ver qué pasa. Pero no, no. Sólo al principio, un poquito de roce. Vaya, lo normal, de marcar limitaciones de territorio, de saber cómo tenemos que comportarnos... Pero creo que rápidamente se pusieron las cosas en su sitio. No, no; no tenemos problemas.

JOSÉ:

Es que todos deberíamos estar educados en este tipo de cosas. Porque no tiene sentido que me vaya a vivir con una persona de la que me he enamorado y que no piense en lo que va a pasar. Has de tener en cuenta que tu mujer tiene esos hijos y que no es lo mismo que si te hubieras casado cuando eras joven. Si uno quiere convivir con alguien a determinadas edades, ha de estar preparado y pensar que lo más normal es que te encuentres con una mujer que tiene hijos. No puedes meterte allí a ver qué pasa. Porque es una aventura, sí, pero hay que tener un mínimo de preparación. Si no, no sabrás resolver los problemas cuando surjan. Ninguna relación es un campo de rosas, y las parejas que más duran son las que saben enfrentarse a esos problemas, y no se dejan de hablar o rompen a la mínima, porque, entonces, constantemente estaríamos cambiando de pareja.

FLOREN:

José fue el primero con quien quedé cuando me apunté en la agencia. Y, mira, ya no hicieron falta más presentaciones.

JOSÉ:

Yo no. Yo conocí a otras mujeres antes que a ella. Lo que pasa es que las cosas ocurren cuando tienen que ocurrir, cuando uno está preparado. Es cuestión del destino, supongo.

El caso es que conocí a Floren, hubo buen rollo, buena comunicación, hablábamos el mismo idioma, e imagino que el entorno también era propicio. Y, mira, sin querer te vas metiendo en una situación en la que te quieres quedar, porque estás a gusto. Hasta que llega un día en el que dices: «Oye, ya llevamos dos años haciendo el tonto, ¿no? Ya nos hemos demostrado que nos peleamos y que, además, sabemos solucionar el problema de los hijos, ¿no?».

Y ese es el barómetro que muestra que uno ya está listo para dar el paso siguiente.

FLOREN:

Pero es una aventura, ¿eh? Yo lo reconozco. Porque, cuando te acostumbras a vivir sola, hay que tener narices. No se trata de algo que puedas decir: «Hala, nos ponemos a vivir juntos, y ya está». Aunque nosotros no lo hicimos de la noche a la mañana, que tardamos un tiempo. Y aun así, no creas que yo lo tenía muy claro. Pero, bueno, llega un momento en que hay que atreverse.

JOSÉ:

Yo solía quedar con todas las de las fichas que me enviaban de la agencia. A veces llamaba yo y otras me llamaban ellas. Creo recordar que hubo un caso en que ya por teléfono no simpatizamos nada y no nos vimos. Pero yo confiaba en la agencia como filtro, en que las personas de las fichas que llegaban a casa tenían cierta entidad. De todos modos, tienes que tener claro que el que la cosa funcione no es responsabilidad de la agencia. Solo faltaría, entonces esto sería Lourdes. No, las cosas no van así, a la primera.

Ellos tienen los datos de lo que tú deseas y necesitas. O de lo que tú crees que necesitas, porque ellos, desde fuera, ven que podrías encajar con alguien diferente de lo que tú pensabas. Y luego tiene que saltar la chispa.

FLOREN:

Sí, claro que tiene que haber química; pero también algo más, para que esto se convierta en algo consistente.

Me parece que, desde que nosotros nos conocimos, nos vimos cada día. Él había tenido otras relaciones. Yo no. Yo no había salido con una persona durante tanto tiempo como el que llevo con José. Quiero decir que conocía a alguien,

íbamos en grupo, y después veía que no encajaba.

En cambio con él, no. Fue conocerle y empezar a salir. Y la cosa se fue poniendo cada vez más seria. Bueno, en realidad, fue seria ya de entrada. Me asusté un poco, porque igual iba muy deprisa. Dije: «Bueno, qué pasa aquí».

JOSÉ:

Es que yo sabía lo que quería y cómo tenía que ser, me sentía seguro de que quería convivir y dejarme de tonterías. Estaba en esa fase cuando apareció Floren, y dije: «Pues a por ella, a matar». Y ella, pobrecica, reaccionó en plan: «Ay, que se me llevan». Pues sí, hija, sí, se te llevan. Y qué pasa, pues tú aquí, que yo ya sé lo que vale un peine.

Y ella:

—Es que no quiero que corras tanto.

Y yo:

—Es que tú no tienes que correr, tú tienes que seguir por mi calle.

Y ahora llevamos un año y medio viviendo juntos. Y bien, nosotros nos llevamos bien.

FLOREN:

Bueno, nos peleamos mucho, que creo que es algo bueno. Yo digo que cuando en una relación no hay peleas es que no se dicen lo que piensan, porque es imposible que dos personas coincidan en todo. A mí, esos que dicen que no se pelean nunca no me dan envidia. Tragándotelo todo es muy fácil estar bien. No, no. Eso no me va. Yo soy muy peleona porque me gusta aclararlo todo. Creo que es lo mejor. Cuanto más transparente es la convivencia, mejor.

Además, eso de ir dejando pasar problemas es lo que ocurrió en mi primer matrimonio, que no había manera de dialogar. Mi ex marido era de esos con los que nunca pasaba nada, todo iba bien: «Déjalo correr», «esto no hace falta hablarlo», «para qué vamos a discutir». Y es terrible, porque al final salta todo, cuando, en realidad, ya no tiene ningún sentido.

Pienso que es lo más importante en una relación: el diálogo. Pero no solo para explicar, sino para escuchar la opinión del otro. Lo he hecho siempre. Con amigos, con los hijos, con todo el mundo.

JOSÉ:

Sí, pero es que a ella le da por dialogar a la una de la mañana. Y yo me levanto a las siete. Nos vamos a dormir y le da por dialogar. A esa hora,

precisamente. Como se levanta más tarde que yo... ¿Por qué no le dará por dialogar cuando yo me levanto? Ah, no, porque a esa hora quiere dormir ella. Conclusión, que dices:

—Mira, ¿sabes qué? Que nos vamos a cenar esta noche y lo que tengamos que hablar lo hablamos, y ya está.

FLOREN:

Luego está lo normal de la convivencia, pero a tres bandas. Puede que algún día a mi hijo le sienta mal algo y se aclara, porque él es como yo. Además, a la que me descuido, han tomado parte los dos en mi contra.

Al principio se rebotaba un poco. Estaba acostumbrado a tener a su mamá sólo para él, y a ser el dueño y señor de la casa, ya que se había marchado su hermano. Por eso se puso en plan de que «este que ha entrado aquí qué se ha creído». Así que los senté a la mesa y les dije que había que arreglarlo, que había cosas en las que uno tenía razón y otro no, que nos teníamos que poner de acuerdo para que nadie saliera perjudicado. Y creo que fue mejor así, sin que yo tomara parte, sino dejando que ellos lo discutieran. A veces se pelean y yo no entro, como si no oyera nada.

JOSÉ:

El caso es que, fíjate, las peleas son delante de ella; nunca cuando ella no está.

FLOREN:

Pero yo no participo. Me callo. Que es difícil, ¿eh? Y ellos dos lo arreglan y se piden disculpas, los disgustos no duran. Sé que, si me metiera, habría problemas graves de verdad.

JOSÉ:

De todos modos, y volviendo al principio de la conversación, creo que lo principal es estar preparado para la convivencia. Y para emparejarte. Porque hay gente que dice: «Es que yo quiero conocer a la mujer de mi vida», pero, ¿realmente está preparado para ello? Algunos tienen un retrato robot de lo que quieren y, si ya no se ajusta a eso, pues nada.

Cuando yo tenía una cita a ciegas, siempre decía que era gordo, bajito, feo y con bigote, y que, además, me olían los pies; pero que tenía un corazón grande con muchas ganas de amar, tú, que cuando me viera se iba a quedar

impresionada. Y ella debía de pensar: «¡Y tanto que me quedaré impresionada! Vaya petardo de tío».

FLOREN:

Sí, pero en las fichas ponen datos sobre el físico. O sea, que no colaba.

JOSÉ:

Bueno, pero era una forma de romper ese posible estereotipo que pueda tener quien quiere un hombre alto, guapo, rubio, y tal. No nos engañemos. Somos como somos y, o hay *feeling* o no. A partir de ahí, ya se verá.

FLOREN:

Es que si vas con una idea preconcebida de cómo quieres a la persona, no la encuentras nunca. Porque no existe. O, quizá, es que tienes miedo y es una manera de poner barreras. Sobre todo cuando se trata de ideal físico. Eso es importante en el primer contacto, pero no te puede condicionar. Hay gente muy alta, muy guapa y con ojos muy azules, pero nada más. A mí me ha pasado. Vas a una discoteca y ves un tío que dices: «Jo, qué pasada». Y, luego, se te acerca, te habla y te mueres. Vamos que dices: «Vale. Adiós».

Creo que tiene que haber un físico que te llame la atención, pero apoyado por un carácter que te guste, que te compense. Hombre, claro, si me preguntas, pues también te diré cómo me gustan los hombres.

JOSÉ:

Sí, como el Sandokán de la India, ¿no?

FLOREN:

Ay, sí, como él.

JOSÉ:

Es que estuvimos en la India el año pasado y, verás, los hombres allí son bastante feos. Pero había uno que destacaba y dominaba sobre el resto. Ella llevaba la cámara y me di cuenta de que disimulaba, que hacía como si fotografiara el templo, pero que era a él a quien intentaba sacar fotos. Y él, que se daba cuenta, pasaba junto a ella y le sonreía.

Al final le dije:

—Qué, ¿has fotografiado bien a Sandokán?

Y me dice:

—Ay, ¿cómo lo sabes?

—Pues porque soy idiota, hija mía, no me he enterado de nada.

Y, encima, no se percató de las sonrisas que el otro le lanzaba. De eso no se enteró, iba así de ciega.

FLOREN:

Bueno, es que era un monumento. Era el único indio guapo que había en aquel templo. Pero guapo, ¿eh?, guapo de película. Y, al final, no salieron las fotos.

JOSÉ:

La primera vez que llamé a Floren, hablamos de cocina. Estaba haciendo una tortilla de patatas y le pregunté sobre el asunto, si tenía que batir antes el huevo o qué sé yo. Cualquier cosa sirve para comenzar una conversación.

FLOREN:

Y quedamos para cenar.

JOSÉ:

¡Ahora me acuerdo! De aquella, con la que no simpatizaba. Es que, para hablar con ella, ¡Madre de Dios!, era difícil. Si ya por teléfono no hay una conversación fluida, te aburres. Porque yo puedo hablar mucho, pero si no obtengo respuesta y todo lo tengo que decir yo...

FLOREN:

En cambio, nosotros, la primera vez que quedamos, no parábamos de hablar, contándonos la vida. Y muy bien. Casi sin darnos cuenta se nos había pasado la noche y quedamos en que nos volveríamos a llamar. Él entendía lo que me había pasado. Le expliqué mi vida y él a mí la suya. Y cuando me di cuenta, había pasado yo qué sé cuántas horas hablando con él.

JOSÉ:

No, no, pero, ahora, comenta. Comenta tu capítulo de que te engañé.

FLOREN:

Me engañó.

JOSÉ:

O sea, yo la he timado. Ella es una mujer timada.

FLOREN:

Sí. Porque me dijo que le gustaba bailar y es mentira. Para sacarlo a bailar, no veas el trabajo que tengo.

JOSÉ:

Un año. Un año seguido, cada viernes, a bailes de salón. Ahora te bailo el tango, el foxtrot y lo que haga falta.

FLOREN:

Porque me lo he montado bien. Pero me ha costado muchísimo.

JOSÉ:

Con unas varices que me han salido de pasarme aquí, trece horas trabajando en el bar, y me voy luego los viernes a bailar.

FLOREN:

También me dijo que le gustaba el deporte. Y es verdad que le gusta, pero verlo desde el sofá.

JOSÉ:

Pero si voy a jugar a tenis con ella. Y le gano.

FLOREN:

Me estafa, me estafa. ¿Sabes qué pasa? Que me lo pintó todo muy bonito y muy fácil.

JOSÉ:

Y es verdad. Pero las cosas se hacen con calma. No podemos hacer deporte cada día, ni ir al baile cada día, noooo.

FLOREN:

Mira. Una de las veces, como veía que me gustaba el deporte, me dijo:
—Te reto a jugar a squash.

Digo:

—Bueno.

Le gané. No veas qué paliza le pegué. Y cómo se puso.

JOSÉ:

Ahora no me ganarías, ¿eh?

FLOREN:

Pero no hay forma. No hay forma. A mí me gusta hacer gimnasia y él nada. Lo apunté en mi club a ver si venía, si lo arrastraba, pero nada. ¿Eso es una estafa, o no?

JOSÉ:

No, si a mí me gusta. Pero con paciencia.

FLOREN:

Me dijo que le gustaba esquiar. Lo llevé un fin de semana. Y, vamos, no ha vuelto más.

JOSÉ:

Hombre, claro. Me dieron unos esquís que no estaban engrasados y un mono que era más pequeño que yo. Se me rompió por aquí. Yo sujetándome el mono e intentando coger los bastones y seguirla a ella. Imposible.

FLOREN:

Lo malo es que yo ya no he vuelto a esquiar.

JOSÉ:

Pero no cuentas lo del aeropuerto.

FLOREN:

Va. Cuéntalo.

JOSÉ:

¿Quieres que lo cuente?

FLOREN:

Sí, venga.

Nos conocimos a finales de junio. El 26. Y yo ya tenía contratado un viaje a Tailandia, para irme con mi sobrina.

Estuvimos saliendo, pero yo me iba el 30 o el 31 de julio. Ya tenía el viaje pagado. El último día, antes de marcharme, le presenté a mis hijos, de modo informal. Le invité a tomar café en casa. Y me fui a Tailandia.

Bueno, ahora que explique él la historia.

JOSÉ:

Pues nada. Yo me quedé aquí, trabajando y muy enamorado. Ella se marchaba a finales de julio y regresaba el 16 de agosto. Era mucho tiempo sin verla. Y pensé, esto no puede ser, algo tengo que hacer.

Yo también tenía mis dos semanas de vacaciones. Pero, cuando ella volviera ya habría transcurrido una. Me quedaría por pasar otra a su regreso. Y comencé a darle vueltas: ¿y si ha ligado en Tailandia?

Es que apenas nos conocíamos. Y me monté un montón de historias: ¿y si yo no era más que uno de esos amores de verano que pasan? ¿Y si me quedaba esperando como un tonto, sin mis vacaciones, para no verla nunca más?

Mi primera idea fue irme al Senegal. Pero, si me iba, a mi regreso habrían pasado tres días de su vuelta, porque yo habría llegado el 19 de agosto. No podía soportar tanto tiempo.

Entonces se me ocurrió otra cosa: pasaría mi primera semana de vacaciones en Alemania y coincidiría con ella en Frankfurt, donde hacía escala a su vuelta de Tailandia. ¿Qué ella había encontrado un ligue por allí? Bueno, al menos no me habría quedado aquí, llorando, esperando su llegada.

Y sí, sí. En cuanto se me ocurrió, llamé a información de Iberia. Eran las doce de la noche. Les dije:

—Miren, quiero una reserva en el avión de Frankfurt a Barcelona para el día 16.

Y me dijeron:

—Es que hay cinco.

—Oiga, ¿y que vengan de Tailandia? ¿Cuántos hay?

—Ese día llegan tres de Tailandia.

¿Y ahora cómo hago?, pensé. Solo tenía una opción: averiguar el número de vuelo en que ella volvía. Total, que lo tenía mal, porque no sabía su apellido, no sabía por qué agencia hacía el viaje, no sabía si lo de la sobrina era verdad. Porque me podría haber dicho que se iba con la sobrina y, en realidad, se largaba

con otro maromo. Quizá, en un mes no había contado todas las verdades. En principio, supones que va con buena fe, pero a uno le han pegado ya tantos palos, que piensas en todas las posibilidades.

Total, que lo único que sabía era su nombre y el teléfono de su casa. Pues, ya que había conocido a sus hijos, les llamé al día siguiente, a las nueve de la mañana, cuando estaba seguro de que los pillaría. Y dije:

—Oye, que soy José, ¿te acuerdas? Quería saber el apellido de tu madre y por qué agencia viaja.

Me dijo que se apellidaba Ballester, y que de la agencia no tenía el teléfono, pero me dio el nombre. Era una agencia pequeña, de viajes de aventura, casi desconocida. Pregunté en información, pero no salía.

Me fui a una agencia que tengo en frente de casa y me atendió una chica que me conocía. Le conté el problema y ella averiguó el número de la agencia. Y llamé:

—Oye, mira, que soy un pariente de Floren Ballester. ¿Verdad que ella llega a Frankfurt el 16?

—Pues, sí.

—¿Me puedes mirar la hora? Porque sé que llega sobre la una, pero no estoy seguro.

—A la una y media.

—Pues, ya, de paso, ¿por qué no me dices el número de vuelo?

Me dio los datos que le pedí y reservé un asiento en el mismo avión en que ella volvía a Barcelona.

—Y, ahora —le dije a la chica de la agencia— vamos a montar mi viaje por Alemania.

Reservé un vuelo hasta allí y alquilé un coche para moverme a mi aire. Como no sé alemán, pensé que me entendería muy bien.

Un día, antes de marcharme, ella me llamó desde Tailandia:

—¿Qué tal estás?

—Pues nada, aquí, pensando en ti.

—¿Y te vas de vacaciones?

—Sí, al Senegal.

—Ah, bueno, pues ya nos veremos cuando vuelvas tú, ¿no?

FLOREN:

Qué va. No me dijiste que te irías al Senegal. Me dijiste que vendrías a recogerme con bombo y platillo. Y yo me asusté. Le dije a mi sobrina:

—Ay, verás tú, éste igual me monta un show en el aeropuerto de Barcelona, y qué vergüenza.

Me empecé a agobiar un poco. Y mi sobrina me dijo:

—Anda mujer, es que vendrá con tus hijos a buscarte o algo.

Y así quedó la historia.

JOSÉ:

Yo estuve por el sur de Alemania. Hice una ruta por Munich, parte de Suiza y todo eso. Y llegó el día D, en Frankfurt, a la hora determinada.

No sé si conoces el aeropuerto de Frankfurt. Aquello es enorme.

FLOREN:

Pero ¡enorme!

Ahora te explico mi versión.

Llegué a Frankfurt a las siete de la mañana, destrozada de tantas horas de vuelo. Estábamos muertas, reventadas, y el avión no salía hasta el mediodía. Y pensamos: ¿qué vamos a hacer en el aeropuerto tanto tiempo? Y decidimos irnos a ver Frankfurt.

Pero teníamos un problema: que no podíamos coger las tarjetas de embarque para salir del aeropuerto tranquilas, porque los mostradores estaban cerrados.

Lo comentábamos precisamente junto a un mostrador y, de repente, el chico que estaba allí, uniformado, escuchándonos, se puso a charlar con nosotras. Nos dijo que era de Vic y abrió el mostrador, que estaba cerrado, para hacernos las tarjetas y darnos los asientos.

Y nos fuimos a la ciudad. Desayunamos, paseamos...

JOSÉ:

Y llegué yo a aquel aeropuerto que no se acababa nunca. Pensé, bueno, ahora lo tengo mal para encontrarlas.

FLOREN:

Evidentemente. ¡Si no estábamos!

JOSÉ:

Yo llegué hacia las ocho y me fui hacia la puerta de embarque. Al principio, me senté a esperar, después comencé a dar vueltas por aquel aeropuerto, y volví a la sala, porque por allí tenían que pasar a la fuerza. Cuando abrieron el

mostrador para embarcar las maletas, fui el primero de la cola. Y me preguntaron:

—¿Fumador o no fumador?^[1]

Dije:

—Lo que yo quiero es un asiento al lado de una señora que se llama Floren Ballester, si es que es posible.

La señorita miró en el ordenador y, como ella estaba inscrita desde las siete de la mañana, pues, apareció su nombre.

—Ah, ya está en Frankfurt —dije.

Me dio un asiento junto a ella y cogí la tarjeta de embarque.

Y, hala, a dar más vueltas por aquella sala. Yo continuaba pensando en todo lo que podría haber sucedido durante esos días, en que hubiera conocido a otro hombre y que apareciera con él o cualquier historia.

Pero la vi junto a una chica joven que, claro, debía de ser su sobrina, sentadas allí, junto a la puerta de embarque. Entonces me camuflé, con gafas de sol y un gorro y me dirigí hacia ellas.

FLOREN:

Yo lo vi venir y le dije a mi sobrina:

—Oye, aquel de allí parece José.

Pero, aquello, sin pensar. Y me lo quedé mirando: pero si yo diría que es José. Él se acercaba y me sonreía. Y mi sobrina, que me ve perpleja:

—Pero ¿qué te pasa?

—Que es él.

—Pues levántate.

No podía. No me lo esperaba.

JOSÉ:

Y me dice ella:

—¿Qué haces aquí?

—Pues nada, que he venido a buscarte.

Y, entonces, su sobrina, una chica muy maja, me dice:

—Bueno, ahora tendré que dejarte mi asiento, para que estés a su lado.

—No hace falta —respondí yo con aire de interesante—, ya tengo asiento a vuestro lado.

FLOREN:

Sí. Si él se lo montó muy bien para ligar conmigo: que si me gusta el deporte, que si me gusta el baile, que te vengo a buscar a Frankfurt... Pero luego me estafó. Ni deporte, ni baile, ni nada.

JOSÉ:

Pero ahora vendrá una verbena, y ya verás, ya, la clase de tango que le voy a dar. Porque ella se queja mucho, pero, luego, no se acuerda de las clases, no se acuerda en absoluto de los pasos.

DÍAS DE RADIO

(Suena la sintonía de entrada)

(Suena la cuña de presentación:

«Ellos y ellas, un programa de Iñaki Rojo y Julia Simón».)

JULIA: Ah, no, no. Yo en estas condiciones no hago un programa.

IÑAKI: Bueno, a ver. ¿Qué te pasa hoy?

JULIA: ¡Qué me va a pasar! Pero ¿tú crees que se puede venir a trabajar después de pasarte toda la noche de juerga?

IÑAKI: ¿Es que tú no lo has hecho nunca?

JULIA: Hombre, sí, cuando era una estudiante. Pero, ¡a tu edad! Señores oyentes, no se imaginan cómo son las ojeras que trae este chico hoy. Pero Iñaki, por favor, que ya no estás para pasarte las noches en la discoteca con ese chunta-chunta que ponen ahora.

(Suena música máquina)

IÑAKI: ¿Me estás llamando viejo? Cómo sois las mujeres, ¿eh? Cuando nos convertimos en maridos os quejáis todas de lo mismo: que si pasamos el tiempo tirados en el sofá y viendo el fútbol..., que si ya no me llevas a ningún sitio...

JULIA: Oye, guapo, que yo no necesito que me lleven, ¿eh? Que voy a donde quiero solita.

IÑAKI: Ya, como que no te habrás pasado el fin de semana pegada al teléfono, esperando alguna llamada.

JULIA: Pero, ¿qué te has creído? Porque no quiero hablar de mi vida privada, que si no, te ibas a enterar de las propuestas que tengo que rechazar cada día. Además, ¿tú cómo sabes que no he pasado el fin de semana con un señor? ¿Eh? ¿Me espías o qué?

IÑAKI: Si no hace falta. Si se ve a la legua que estás con el síndrome de la Bridget Jones esa, nena.

JULIA: ¿Pero qué dices? Pero qué Bridges Jones ni que ocho cuartos... ¡Y no me llames nena, te lo he dicho muchas veces!

IÑAKI: Que sí. Como la Ally McBeal, esperando que llegue el príncipe azul.

Y, entérate ya, que eres mayor: ¡el príncipe azul no existe!

JULIA: Mira, déjate de tonterías. Las mujeres de ahora decidimos ser independientes.

IÑAKI: Sí, claro, ese es otro cuento, solo que más moderno.

JULIA: Además, mira quién fue a hablar. ¿A qué vas tú a las discotecas, guapo? A ver, ¿a qué? ¿Acaso no vas en busca de compañía? Pero si todo el mundo sabe que vosotros sois más dependientes emocionales que nosotras. Lo que no puedes hacer, Iñaki, es el ridículo. Porque tú, en una de esas discotecas, eres como Alfredo Landa en las películas aquellas donde se le salían los ojos mirando los muslos de las jovencitas. Patético.

IÑAKI: Vale. ¿Y qué tengo que hacer, según tú?

JULIA: Pregúntale a nuestros invitados de hoy. Ellos fueron a una agencia matrimonial. Vamos a dar la bienvenida a dos parejas: Noelia y Mario, que rondan los treinta años, y Amalia y Martín. Perdonad la indiscreción, pero tengo que especificar que les dobláis la edad.

MARTÍN: No me importa, estoy muy orgulloso de mis sesenta y nueve años.

JULIA: Noelia y Mario están casados desde hace cuatro años, y Amalia y Martín se conocieron hace cinco y ahora se plantean la vida en común.

IÑAKI: ¿Cómo? Pero ¿no habíamos quedado en que éramos los jóvenes los que teníamos miedo al compromiso?

MARTÍN: Uf, es que yo la tuve que engañar, ¿eh? Lo que pasa es que fui más listo. Enseguida me di cuenta de que tenía miedo a algo serio y ya le dije en la primera entrevista que yo no me quería casar, que si acaso nos podríamos ir a vivir juntos en unos cuantos años.

AMALIA: Y yo, cuando me dijo eso, vi el cielo abierto.

IÑAKI: Entonces, ¿por qué fuiste a una agencia matrimonial, Amalia?

AMALIA: Porque necesitaba salir de aquel agujero en el que estaba metida. Había muerto mi marido, uno de mis hijos sufrió un accidente y su hermano mellizo se trastornó. Un día compré el diario, vi el anuncio de la agencia y, como acababa de vender el piso en que yo vivía para irme a vivir a mi casa de Vilanova, disponía de un dinero en metálico. Así que pensé: pues por lo que cuesta un contrato, ¿por qué no me voy a *chafardear*, a ver qué pasa? Y fíjate si tenía poca idea de cómo funciona esto que cogí un taxi y le dije al taxista: «Lléveme a esta calle, que no sé ni para qué voy, a meterme en líos, supongo». Y se lo expliqué todo, por miedo, por si me ocurría cualquier cosa, que hubiera un testigo o algo.

JULIA: ¿Pensabas que se dedicaban a la trata de blancas, o que iban a

sacarte la sangre?

AMALIA: Yo qué sé. Como se oyen tantas cosas.

IÑAKI: Vamos, que ibas en busca de emociones muy fuertes.

AMALIA: Ja, ja. No hombre, tampoco era eso. Simplemente no tenía ganas de volver una vez más a donde estaban enterrados mi padre, mi madre, mi marido... Quería tener al lado una persona con quien poder charlar y salir. Iba un poco despistada.

MARTÍN: Yo no. Yo ya había estado en otras agencias antes y sabía de qué iban. Estuve en una en la que se montaban unas fiestas estupendas. Quedábamos todos los viernes para bailar. Me lo pasé muy bien.

JULIA: ¿Y tú Noelia? Solo tenías veintiocho años cuando te apuntaste. Eras muy joven.

NOELIA: Se apunta mucha gente joven. Sé que hay chicos y chicas de veinticinco años o menos. Yo iba a las discotecas, a los pubs, con mi hermana y algunas amigas. Pero es difícil conocer a personas que te gusten.

IÑAKI: ¿No será que las exigencias son muy altas? Quizá haya que bajar un poco el listón.

JULIA: ¿Más todavía? ¡Pero si solo pido que ni estén casados ni sean gays! Si continúo bajándolo aceptaré a cualquier primate, aunque no pertenezca a la especie humana.

IÑAKI: Pero, vamos a ver, ¿tan difícil es encontrar a la media naranja por la vía normal, por ejemplo, que te presenten a alguien?

MARIO Y NOELIA: ¿Y quién te lo presenta?

MARIO: Es que ese es el problema. Que los caminos habituales se te agotan. Yo me quedé viudo muy joven. Mi difunta mujer murió antes de que cumpliéramos el año de casados, y a ella la había conocido en el trabajo. Allí ya no había más oportunidades. Si tu vida se convierte exclusivamente en idas y venidas, del trabajo a casa, de casa al trabajo, los círculos se cierran.

NOELIA: Cuando sales por la noche, la gente ya va con su grupo. No admiten a otras personas.

JULIA: ¿Funcionó a la primera o habíais tenido otras citas antes?

AMALIA: Yo quedé antes con un señor que era muy buena persona, se le veía muy legal. Pero estaba separado, y a mí eso no me va, creo que trae muchos problemas.

JULIA: Uy, Amalia, no sé qué será de mí cuando tenga tu edad, pero te aseguro que, en estos momentos, no estoy para excluir a los separados.

MARTÍN: No lo cuenta todo. Se ve que estaba un poco gordito.

AMALIA: ¡Qué va! Estaba muy bien. No era por su aspecto físico.

MARTÍN: No, si ella ya era lista, ya. Que si tenía que tener vivienda, si no, no quería saber nada...

AMALIA: Pues claro, las cosas claras. No me interesaba alguien con dinero, sino que tuviera su vida resuelta, que yo, la mía, ya la tenía. En el caso de que no tuviera vivienda, se vendría a vivir conmigo, ¿no? ¿Y si las cosas iban mal? ¿Lo echaba a la calle?

MARTÍN: Yo también tuve otras citas antes de quedar con ella. Hay alguna que todavía me va detrás.

IÑAKI: Pues sí que ligan los mayores.

AMALIA: Pero ya no va a incordiar más, porque la última vez que llamé cogí yo el teléfono y le dije cuatro cosas.

JULIA: ¿Con celos andamos?

MARTÍN: No, la verdad es que yo mismo la frené. Pero es que uno está de muy buen ver.

JULIA: Contadme cómo fue esa primera cita a ciegas. Noelia, ¿cuándo conociste a Mario?

NOELIA: Al mes de apuntarme.

JULIA: ¿Tan pronto?

NOELIA: Sí. Me llamó y quedamos en una gasolinera de mi barrio.

MARIO: Si quedas en la esquina de El Corte Inglés, como todo el mundo, no hay quien se encuentre. Sin habernos visto nunca... Estuvimos tomando un café, ella un chocolate, y hablando. Bueno, hablaba yo, porque ella no habla mucho. Como la veía tan tímida, las primeras veces íbamos al cine, a ver un espectáculo o a un concierto. Así fue tomando confianza.

JULIA: ¿Y vosotros?

AMALIA: Nosotros quedamos en la estación de Francia.

MARTÍN: Para que veas. A los otros los dejó ir a Vilanova. Y conmigo quedé en la estación de RENFE, para que no supiera dónde vivía.

AMALIA: Porque ya no estaba segura de continuar apuntada en la agencia. Pero como me dijo que iba con esa tranquilidad, pensé que no arriesgaba nada por salir con él de vez en cuando.

MARTÍN: Llevaba un pelo rojo, que tendríais que haberla visto. Yo no le dije que se lo cambiara, pero con el tiempo le comenté cuánto me asusté al verlo el primer día y se lo quitó.

AMALIA: Me lo cambié cuando me pareció, para la boda de mi hijo pequeño. Pero a mí me gusta cómo va la gente joven, con tantos colores. Si no

fuera tan mayor, me lo pintaba de verde.

MARTÍN: Yo siempre le digo: «Tú píntatelo de verde y yo me lo dejo crecer hasta la cintura».

IÑAKI: Entiendo que no hay que dejarse llevar por las primeras impresiones.

MARIO: Hombre, en principio tienes que encontrar atractiva a la persona, por supuesto. Si no, ya no intentas nada más. Pero cuando acudes a la agencia tienes que estar abierto a una primera cita. Si vas con un listado de exigencias, y pides que sea muy joven, muy guapa y con dinero, y rechazas la oportunidad de un primer de encuentro cuando no cumplen con esas condiciones, olvídате. Así, tampoco en una agencia matrimonial conocerás a tu alma gemela.

JULIA: Hay algo que no acabo de entender. Me decías que Noelia es extraordinariamente tímida, y tú, por lo que cuentas, tampoco tienes una vida social muy intensa. ¿No presenta una mayor dificultad tener que llamar por teléfono a una persona a quien no conoces de nada y concertar una cita?

MARIO: Para mí no es más cortante que acercarte a una chica en un local nocturno y preguntarle lo típico para ligar. Entonces sí que puedes molestarla. Quizá tenga interés en conocer a alguien o quizá no. El chasco que te llevas si te pega un corte te devuelve a casa de una patada. Aquí no sucede, porque ya sabes que llamas a una persona con el mismo interés que tú. No te va a decir: «¿Tú de qué vas? ¿Por qué vienes a incordiarme?».

NOELIA: Me acuerdo de una noche, en una discoteca. Había un tipo sentado en la barra, junto a la entrada. Se metía con todas las chicas que entraban o salían. Intentaba ligar con todas, indiscriminadamente. Eso sí que es penoso. La mayoría reaccionaban como mi hermana y yo: pasaban de él, como si no oyeran nada. Otras le contestaban con un desplante.

JULIA: ¿Y no se parecía a este chico?

IÑAKI: Perdona, bonita, pero yo tengo más clase.

JULIA: Venga, que ya sabemos que te aprovechas de ser un famosillo de la radio. No sé por qué continúas invitando a las oyentes a que pasen por la emisora a conocerte. Con lo decepcionadas que se quedan al verte.

IÑAKI: No hagáis caso chicas. Ella es así de celosa.

JULIA: Sí, sí. Anda, cíñete al guión y continúa con la entrevista.

IÑAKI: Prefiero improvisar. A mí me interesa saber cómo se las apañó Martín para intimar algo más con Amalia. Porque me parece que ella tomaba muchas precauciones.

MARTÍN: En el baile. Como siempre hay alguno que te pega un empujón, yo le dije: «Perdona si parece que te dé un achuchón, ¿eh?, pero es que

empujan».

AMALIA: Yo le dije: «Pues si no me achuchas, tú te lo pierdes». Y ya está.

IÑAKI: ¿Lo ves, Julia? No se puede ser tan remilgada como tú.

JULIA: Pero, ¿no ves que en el fondo Martín es todo un caballero? Nosotras percibimos esas cosas.

AMALIA: Es verdad. Él es muy de la broma, pero ha llenado un vacío muy grande, ese que queda cuando tu pareja se va. Aunque no vivamos juntos, yo sé que él está ahí, para lo que necesite. Y él también sabe que si me llama para que acuda a ayudarle no me lo voy a pensar dos veces.

IÑAKI: Hombre, Amalia, pero después de tantos años, ya toca que compartáis algo más, ¿no? Tengo la impresión de que Martín ha sido muy paciente.

AMALIA: Bueno, él se enfada porque ya no tengo tanto tiempo para él. Antes no parábamos, pero nos hemos encontrado con otro obstáculo: mi yerno tuvo un accidente en el trabajo, cuando mi nieta cumplía un mes de nacida. Estuvo meses en coma, y ahora se mueve con dificultad. Como comprenderás tengo que ayudar a mi hija con todo eso, y, como vive en Vilanova, no me puedo venir a Barcelona.

MARTÍN: Pero ya la he convencido. Me voy a Vilanova, con ella, para que pueda seguir atendiéndoles. Yo se lo he dicho muchas veces, que no la voy a querer más de lo que la quiero ahora cuando vivamos juntos. Pero me paso el día solo. Además, hasta su hija lo comenta, que me tendría que ir allí.

AMALIA: Bueno, no te quejes más, que ya está hecho.

JULIA: ¿Soléis comentar cómo os conocisteis?

MARTÍN: A mí no me importa, pero ella es muy reservada.

AMALIA: Él no tiene secretos para nadie, pero a mí no me gusta explicarle mi vida a todo el mundo.

IÑAKI: Pues ahora se la has explicado a la audiencia.

AMALIA: Porque ha insistido mucho y, mira, estoy muy agradecida a la agencia. Creo que estoy haciendo un bien a la gente que quiere combatir su soledad.

MARIO: Nosotros tampoco lo explicamos. Creo que lo importante es que estamos juntos, que tenemos un niño encantador y travieso. Eso es más importante que el modo en que nos conocimos.

IÑAKI: Julia, ánimo. ¿Nos apuntamos?

JULIA: ¿Te imaginas que consideraran conveniente enviarme tu ficha?

MARIO: Me contaron un caso curioso. Por lo visto le hablaron a una chica

de un hombre que consideraban ideal para ella: un alto ejecutivo, culto, atractivo... Y ella lo rechazó radicalmente: se trataba de su ex.

IÑAKI: Bueno, imagino que al igual que algunas personas cometen un error al casarse, habrá otras que lo hayan cometido al divorciarse.

JULIA: Quién sabe. Puedes preguntárselo a nuestros invitados de mañana. Alguno llegó al divorcio por sucederle aquello que cantaba Machín: por querer a dos personas a la vez.

(Suena el tema de Antonio Machín «Corazón loco»)

JULIA: ¿Creéis que es posible amar a dos personas a la vez, y no estar loco?

MARIO: No.

AMALIA: A mí me parece que no.

MARTÍN: A algún bandarra le pasará.

JULIA: Mañana descubriremos qué nos cuentan algunos afectados por esa especie de locura, y contaremos también con la presencia de sexólogos que, como expertos en la materia, resolverán más de una duda.

IÑAKI: Yo tengo entendido que uno puede estar enamorado de dos y hasta de más personas a la vez.

JULIA: Tú siempre entiendes lo que te conviene. Anda, despide el programa.

IÑAKI: Gracias a nuestros invitados por explicarnos sus experiencias en una agencia matrimonial. Amalia, esperamos que todos los problemas familiares se resuelvan y que podáis vivir juntos y felices.

AMALIA: Muchas gracias.

IÑAKI: Y a ustedes, señores y señoras oyentes, les invitamos a compartir su tiempo con nosotros mañana, como siempre a la una del mediodía. Ya saben, en *Ellos y ellas*.

JULIA: Un beso y hasta mañana.

(Suena la sintonía del programa)

La agencia Samsara

SamSara es una agencia de Matchmaking (Agencia Matrimonial) líder en el sector desde 1995.

Con sede en Barcelona, puede encontrar toda la información en su web:

<https://www.samsara.es/>

Dirección: Diagonal, 538, Principal, 2ª 08006 – Barcelona (España)

Otras obras de la autora

Si estos relatos te han gustado, deja tu comentario en Amazon y en Goodreads para que otros lectores conozcan tu opinión. Y si quieres conocer otros libros de la autora, aquí tienes los títulos:

Heridas ocultas. El cuerpo de Teresa Torres ha aparecido en el suelo de un apartamento turístico con una brecha en la cabeza. Podría tratarse de un desafortunado accidente, pero el inspector Ángel Gaya se ha propuesto descubrir quién fue la última visita que recibió Teresa. Los propietarios del apartamento, Ana y Jorge, son una pareja en crisis que tendrán que decidir qué hacer con su matrimonio. Mientras tanto, un joven que huye de la ciudad y de su familia tropezará con un pasado del que nada sabía.

Alas negras y chocolate amargo. Dos hermanas, Carol y Fani, son las protagonistas de esta historia. Una terrible pérdida las separó en el pasado, y otra vuelve a unir las en el presente. ¿Qué oscuro misterio se teje en torno al matrimonio de Carol con Norberto, que además era su psiquiatra? ¿Qué la indujo a permanecer a su lado durante tantos años? ¿Y Fani? ¿Qué se oculta detrás de sus mortíferos silencios y su carácter huraño? Cuando Carol se queda viuda, las hermanas comenzarán a conocerse.

Como la seda. Acostumbrada a solucionar los quebraderos de cabeza de los demás, Gloria no sabe cómo poner remedio a los suyos. Ni siquiera entiende qué le pasa: su novio la quiere, sus jefes la respetan, su familia la adora. ¿Entonces? ¿Qué ha pasado con sus ilusiones?, ¿dónde se ha metido su libido?, ¿y su instinto maternal?, ¿será que le corroen los celos que siente por el hijo de su novio?, ¿será que la ex de este no les deja vivir? La protagonista de esta novela tendrá que poner su vida al revés y enfrentarse a todos los cadáveres que escondía su armario.

Inteligencia sexual. Un libro para todas aquellas personas a quienes no les basta con practicar sexo, sino que desean tener una vida sexual plena, libre y feliz.

Chicas malas. Cuando las infieles son ellas. Este libro es el resultado de los testimonios que la autora ha recogido de multitud de mujeres infieles y unos cuantos hombres engañados. Sin intención de juzgar ni moralizar, con el único afán de conocer un poco mejor la sociedad en la que vivimos, se ha sumergido en las vidas íntimas, en algunas historias sentimentales y, la mayoría, sexuales de quienes han tenido la valentía de hablar sin tapujos de sus aventuras.

Sedúceme otra vez. ¿Cómo recuperar el deseo sexual? Este libro está

dirigido a todas las parejas que quieren recobrar esa «chispa» que estalló cuando se sedujeron el uno al otro.

[Sex Confidential](#). Libro de testimonios y manual que recopila fantasías eróticas y otros secretos de nuestra vida sexual.

[Él está divorciado](#). Si como le sucede a la autora, te has emparejado con un hombre separado, en este manual encontrarás respuesta a muchas de tus inquietudes y obsesiones, te ayudará a tratar con niños y exesposas hostiles, te enseñará a detectar conflictos y a enfrentarte a ellos. Los consejos de los terapeutas y la experiencia de sus protagonistas te mostrarán el camino para alcanzar la dicha en esta nueva oportunidad.

[La aventura de ser una single](#). Como *Sex & the City*, pero en Barcelona, este libro combina la guía sobre el difícil mundo de las relaciones sentimentales con la historia de cuatro treintañeras que no tienen pareja.

[Soy madre, trabajo y me siento culpable](#). A través de las experiencias de diferentes mujeres de todos los ámbitos profesionales, este manual ofrece un enfoque práctico sobre la problemática de las madres en el mundo laboral: sus preocupaciones, los obstáculos que aparecen en su camino y las soluciones que han encontrado.

Muchas gracias por leer.

[1] En la época en la que ocurrieron los hechos narrados, todavía se permitía fumar en los aviones.